

3 1761 09546098 6

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

BLINDING LIST AUG 1 1922

APRIL MELANCOLICO

OBRAS DE G. MARTINEZ SIERRA

1.50	EL PODER DEL TRABAJO. DISEÑOS FANTÁSTICOS. P.B.
2.50	RES DE ESCARCHA.—Segunda edición
3.50	EL DE LA TARDOR.—Novelas.—Tercera edición
3.50	LA CASA DE LA FARMACIA.—Ficcion.—Segunda ed.
3.50	TU SER LA VIDA.—Novelas.—Tercera edición
2.50	LA VIDA INQUIETA.—Ficcion espiritual
2.00	LA HUIDA VERDADA.—Novelas.—Segunda edición
2.50	ABRIL MELANCOLICO.—Novelas
2.50	EL DIABLO SE AL.—Novelas

TEATRO

2.50	TEATRO DE ERVENO. (Cancion de amor)
2.50	LA SOFRA DEL VAPOR EL AMO DE LA CASA HECHIZO
2.50	DE AMOR
2.50	CANCION DE CLARA TRAVASA EN OTRO MUNDO DE
2.50	ISABELTA. LIRIO ENTRE ESTERAS.—Cancion edición
2.50	MADAME PRITA
2.50	MARIA, EL ENFORCADO
2.50	MADRIDAL
2.50	LOS VASTOS. JUVENTUD, DIVULG. FOLIO. SOLO PARA
2.50	MUJERES
2.50	LA MUJER DEL HUEL LA BARRA
2.50	MANTINI
2.50	LA PASION LOS ROMANTICOS
2.50	AMARGEN, LAS GOLONDRINAS
1.00	EL SACRIFICIO TRISTE

ABRIL MELANCOLICO

OBRAS DE MAURICE MAETERLINCK

2.50	I.—LA PRINCESA MALIVA. LA INTUICION. LOS CEROS
2.50	II.—SILENS Y MELANCOLIA. ARADIA Y PALOMIDES. IN-
2.50	TRONCO LA MURTA DE CANTON
2.50	III.—AGLAVINA Y BELMATA. ANANA Y BARRAZAL. SOLO
2.50	BEATRIK
2.50	IV.—LA BARRUNA Y EL DESTINO
2.50	V.—EL TORNILLO SEPULTADO

OBRAS DE G. MARTÍNEZ SIERRA

EL POEMA DEL TRABAJO. DIÁLOGOS FANTÁSTICOS. FLORES DE ESCARCHA.— <i>Segunda edición</i>	3,50
SCL DE LA TARDE.—Novelas.— <i>Tercera edición</i>	3,50
LA CASA DE LA PRIMAVERA.—Poesías.— <i>Segunda edición</i>	3,50
TÚ ERES LA PAZ.—Novela.— <i>Tercera edición</i>	3,50
LA VIDA INQUIETA.—Glosario espiritual.....	3,50
LA HUMILDE VERDAD...—Novela.— <i>Segunda edición</i> ...	3,00
ABRIL MELANCÓLICO.—Novelas.....	3,50
EL DIABLO SE RÍE.—Novelas.....	3,50

TEATRO

TEATRO DE ENSUEÑO.— <i>Cuarta edición</i>	3,50
LA SOMBRA DEL PADRE. EL AMA DE LA CASA. HECHIZO DE AMOR.— <i>Segunda edición</i>	3,50
CANCIÓN DE CUNA. PRIMAVERA EN OTOÑO. LA SUERTE DE ISABELITA. LIRIO ENTRE ESPINAS.— <i>Cuarta edición</i> ...	3,50
MADAME PEPITA.....	3,50
MAMÁ. EL ENAMORADO.....	3,50
MADRIGAL.....	3,50
LOS PASTORES. JUVENTUD, DIVINO TESORO. SÓLO PARA MUJERES.....	3,50
LA MUJER DEL HÉROE. LA TIRANA.....	3,50
MARGOT.....	2,50
LA PASIÓN. LOS ROMÁNTICOS.....	3,50
AMANECER. LAS GOLONDRINAS.....	3,50
EL PALACIO TRISTE.....	1,00

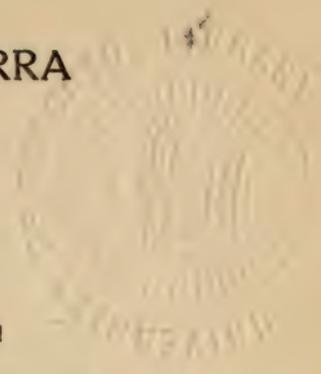
OBRAS DE MAURICE MAETERLINCK

TRADUCIDAS POR G. MARTÍNEZ SIERRA

I.—LA PRINCESA MALENA. LA INTRUSA. LOS CIEGOS..	3,50
II.—PELEAS Y MELISANDRA. ALADINA Y PALOMIDES. INTERIOR. LA MUERTE DE TINTAGILES.....	3,50
III.—AGLAVENA Y SELISETA. ARIANA Y BARBA-AZUL. SOR BEATRIZ.....	3,50
IV.—LA SABIDURÍA Y EL DESTINO.....	3,50
V.—EL TEMPLO SEPULTADO.....	3,50

LS
M3271a

G. MARTINEZ SIERRA



ABRIL MELANCÓLICO

(NOVELAS)



164291
23/8/21

RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1916



LIBRERIA

MEL. VARGAS

ES PROPIEDAD

12/2/22
12/2/22

PASCUA FLORIDA

A FRANCISCO ACEBAL

EXCELENTE NOVELISTA, CABALLERO ANDANTE
DE TODA RANCIA Y HERMOSA DICCIÓN, Y MAES-
TRO EN EL DIFÍCIL ARTE DEL COMPAÑERISMO.

EN TESTIMONIO DE ADMIRACIÓN Y CARIÑO,

G. MARTÍNEZ SIERRA

I

Tres días seguidos llevaban viendo nevar los vecinos de Fuenclara, pueblecillo enclavado en las mismas raíces de la serranía, y llevaba también el cielo trazas de continuar echando nieve sobre la tierra otros diez cuando menos; tantas eran las nubes, y tan frío el aire que entraba por los poros de la piel saetas de hielo.

Todo era gris ó blanco: gris lo alto del aire; grises las paredes de las casas y las tapias de los huertos, construídas á estilo ciclópeo, con piedras apenas desbastadas; blancas las cumbres y faldas de la sierra; blanco el nido de las cigüeñas, que campaba en la torre, blancas las zarzas de los setos, que parecían por lo desmelenadas, cabelleras encanecidas en un acceso de locura; blancos los tejados, que mostraban las líneas de sus vertientes suavizadas y como rendidas bajo la pesadumbre de la nieve; hasta de las veletas pendían copos, ensartados unos á otros en incomprendible equilibrio. Bien es verdad, que si el aire era frío se estaba quieto, y en todo Fuenclara no se advertía más

ruido ni otro movimiento que el acompasado de aquella infinidad de estrellas blancas, que caían con aleteo de cosa viva, y con majestad de cosa santa.

No pasaba nadie por las calles; pero de pronto rompió el silencio en una de ellas el vocerío de cien criaturas, que, como pájaros prisioneros que han roto la jaula, salían de la escuela corriendo á más no poder.

—¡Á casa, enemigos, á casa!...—gritaba el maestro, anciano vigoroso, de cuerpo enjuto y rostro noble, que, en pie junto al umbral de la escuela, exponía, con serena despreocupación á la intemperie, su cabeza erguida como las cumbres de la sierra, también como las cumbres coronada de nieve... la nieve de la vida.

—¡Á casa!

Adelantaban los chiquillos unos cuantos pasos, sugestionados por la costumbre de obedecer á la voz del maestro; pero poco después se trababa entre ellos una batalla de bolas de nieve, y luego un concurso de resbalones, y más tarde iniciábase la pasión de una estatuaria primitiva; y el camino desde la escuela á las casas respectivas corría peligro de ser, por aquella vez, interminable. Al fin desaparecieron todos, como tragados por la negra boca del *Arco*, especie de túnel ó bóveda, construída para servir de soporte á un pasadizo alto, que en tiempos fué comunicación de la iglesia con un castillo, ya derruído, y del cual no se conserva más que la torre, cuadrangular y recia. *El*

Arco une y separa á un tiempo la villa, parte antigua de la población, cuyas casas viejísimas se agrupan en torno á la iglesia y al castillo, y el pueblo propiamente dicho, el caserío nuevo desparramado á los lados de la carretera, junto á las cuestas pedregosas que forman lecho hondísimo á un río alegre y saltarín; más que río, arroyo pedregoso, que arrastra entre guijas su escaso caudal, disimulando su pobreza con arrogancias de espuma y armonías de lira, que arranca el agua á los pedruscos al chocar contra ellos... riachuelo poeta, que se consuela de su indigencia vistiéndola de gala y haciendo ruido.

Nada se veía en la calle, de nuevo solitaria y silenciosa, que pudiese llamar la atención del maestro, y, sin embargo, permanecía en pie, mirando caer la nieve, sin verla, al parecer absorto en contemplación de cosas harto lejanas á aquel lugar.

Una voz juvenil y simpática vino á sacarle de su abstracción.

—¡Ay, don Antonio!, ¡qué tiempo éste para los pobrecitos viajeros!...

Estremeciósese el viejo como si aquellas palabras hubiesen sido eco de su pensamiento, y se volvió para mirar á quien así hablaba. Era una muchacha, al parecer muy joven, que se asomaba al portalón de la casa contigua. Vestía modestamente, pero de señorita, y llevaba ceñido al talle un pañolón de estambre color celeste; tenía el pelo claro, la tez blanca, los ojos gri-

ses con un ribete negro, y en todo su aspecto había tal expresión de paz, que casi rayaba en gozo.

—¡Buenas tardes, Lucita!—dijo el anciano, y añadió con cariño:—Los dos de espera...

—Sí; también Lorenzo anda por esos caminos.

—¡Con ese tiempo!...

—Ya sabe usted que para los médicos todos los tiempos son iguales. Tuvo que subir al Collado, que hay una enferma; pero vendrá en seguida. ¡Qué modo de nevar!

—Dicen que el puerto está cerrado.

—Pero los coches llegan hasta la misma sierra y desde el pueblo para abajo el camino está limpio. Ya verá usted cómo la diligencia llega sin tropiezo.

Don Antonio pagó la seguridad de la niña con una sonrisa agradecida.

—Dios lo quiera—dijo casi suspirando.

Se alzó un poco de viento, y los copos de nieve se arremolinaron, estrechándose unos con otros en las locas revueltas de un vals fantástico. Dos ó tres gorriones, que picoteaban en la calle, audaces á fuerza de hambre, levantaron el vuelo y fueron á perderse en las alturas, allí donde los cielos se desgajaban en borrasca deshecha. Vistos desde abajo, únicos puntos negros entre aquel aluvión de blancura, subiendo ellos de la tierra al cielo, mientras la nieve bajaba del cielo á la tierra, parecían mariposas fatídicas, encarnación de un dolor ó una queja, perdidas entre legión de mariposas

de luz, mensajeras de una promesa de paz ó de una esperanza de dicha. Sacudieron los árboles, y dejaron caer los tejados parte de su carga, que antes de dar en tierra vino á azotar los rostros del anciano y de la joven.

La noche se venía encima á toda prisa, y únicamente conservaba el crepúsculo apariencias de día por la refracción intensa del blanco, que se extendía en todos sentidos hasta el límite del horizonte.

Lucita, al sentir el frío en la cara, retrocedió por instinto y fué á refugiarse en el portalón de su casa. Don Antonio permaneció impasible en medio del arroyo. Peregrina debía de andar su alma por aquellos caminos de Dios, que habían de dejar venir hasta él lo que con tales ansias esperaba; y en tanto que el alma peregrinaba, el cuerpo, abandonado, desafiaba, sin darse cuenta de ello, cierzos y escarchas.

—¡Pero, señor maestro—gritó Lucita—, que va usted á coger una pulmonía!... Entre usted en casa; ¿usted sabe lo que le está cayendo encima?

Don Antonio, vuelto á la realidad por el amistoso reproche de la vecinita, vino á refugiarse junto á ella en el portalón. Lucita le sacudió la nieve, mientras le reprendía con autoridad mimosa.

—Gracias, hija... Dios te lo pague.

—¡Qué ocurrencia! Quedarse así en la calle... ¡Si está usted más blanco que el nido de la cigüeña!

—¡Qué quieres, hija!... ¡chocheces! Hoy no sé dónde la cabeza.

—Yo sí; se ha ido muy pegadita al corazón, carretera adelante, para ver quién viene de la corte. ¿Quiere usted entrar en la cocina? ¡Tengo una lumbre!...

—No, no.

El maestro no podía alejarse de la puerta: quería estar allí, mirando á lo alto, viendo llegar las sombras, templando el ritmo desordenado é impaciente de su corazón con el ritmo lento de la nevada, con el frío del aire. Lucita, empeñada en hacerle compañía, se sentó en el ángulo más escondido del portal, rebujándose entre los pliegues de su pañolón, como pajariillo friolero que se acurruca entre el plumón del nido.

Permanecieron así, en silencio, largo rato.

—¡Pobre hija mía!—dijo al fin el maestro, continuando una larga conversación, que, sin duda, sostenía consigo mismo.

—Ya la consolaremos por aquí—afirmó Lucita, como si le hubiera seguido idea por idea los pensamientos.

Reinó el silencio. Rompíanle de vez en cuando, por una y otra parte, palabras y frases al parecer incoherentes, en realidad de perfecto sentido; y es que aquellas dos almas, aunque separadas por un abismo de años, unidas por el lazo inefable de la bondad, sostenían callando interminable y amistoso diálogo.

—Me parece que ya viene tu hermano.

Lucita, de un salto, se puso en medio del arroyo.

—Ya se acabó tu espera...—dijo el maestro melancólicamente.

—¡Como si yo no estuviera esperando lo mismo que usted!...

—Diga usted que ahora somos tres á esperar.

Pronunciando las últimas palabras, se apeó el médico de un caballejo melenudo, y entró en el portal llevándole por la rienda. Un zagalón, tan melenudo como el caballo, salió del interior de la casa y se apresuró á cumplir sus deberes de mozo de cuadra.

Lucita revoloteaba alrededor de su hermano, quitándole el capote, las polainas, envolviéndole en la caricia de su actividad continua y discreta. Parecía como si por la casa flotase en el espacio su cariño hecho aire. Había que vivir de él por fuerza.

II

Entraron los tres juntos en la cocina, que animada por el espíritu primoroso de Lucita, tenía á un tiempo aspecto de hogar y de salón.

En la lumbre, puesta casi en el suelo, según costumbre de los pueblos serranos, daban su calor sólido y práctico los troncos de encina que se quemaban lenta y solemnemente, convencidos de su importancia, y daban alegría las llamaradas locas de jaras y retamas, que, también poseídas de su papel, alzaban al quemarse bullicioso chisporroteo.

Dormitaban los escaños, relucientes de limpios, junto á la lumbre, y los cobres de la espetera multiplicaban hasta lo infinito las chispas locas de la leña menuda y formaban, al recogerlas y reflejarlas, un repiqueteo de luces, que con notas sólo por el alma encendidas, estaban tocando á gloria á más y mejor.

La campana de la chimenea tenía en su amplitud aires de protección maternal, y las llares que salían de su ámbito tenebroso parecían sostener, en la caldera

reluciente, la piñata en que algún hada benéfica hubiese encerrado la dicha del hogar.

Había un sillón entre los escaños, una mesa escritorio y una estantería con libros en un rincón cerca de la ventana. Un jarrón con ramas de tomillo y romero, única gala del invierno, sobre la mesa, y un cesto de costura junto á ella.

Había también un gato gordiflón, que rezongaba, no se sabe si durmiendo ó velando, junto á la lumbre, y tras el médico entró un perro, que fué inmediatamente á hacerle compañía. Eran aquellos bichos, además del mozo, toda la servidumbre de la casa. No estaba el médico tan sobrado de hacienda que pudiera permitirse gran lujo de sirvientes, y, además, Lucita tenía en el cariño hacia su hermano exclusivismos de enamorada y no consentía que nadie trabajase para él; ella cosía la ropa y cocinaba los modestos manjares, porque — afirmaba con seguridad imperturbable — los garbanzos son cosa de suyo indigesta, y sólo pueden sentar bien cuando, al aderezarlos, se echa en la olla, junto con el puñadito de sal, una arroba lo menos de cariño.

—Tocan á la oración—dijo Lucita, santiguándose.

—Aún falta lo menos hora y media para que llegue el coche; por supuesto que ustedes vendrán conmigo.

—Si usted lo desea...—comenzó Lorenzo.

—No, señor—interrumpió la niña, adivinando con su buen sentido de mujer algo que los dos hombres,

sólo por serlo, no podían entender.—Nosotros nos quedamos en casita.

El maestro hizo un gesto de asombro.

—No—insistió ella con dulzura.—Su nieta de usted no nos conoce, y no puede saber todo lo que la queremos sin conocerla. Viene triste; sería crueldad por nuestra parte obligarla á ocultar su tristeza,

—¿Quién habla de ocultarla?

—Es que sería impertinencia pretender que así, de golpe y porrazo, nos diera derecho á participar de ella.

—¡Miren el filósofo con faldas!—sonrió el maestro.

El médico asintió, como siempre, á la opinión de su hermana; había adquirido la costumbre de dejarse guiar en la vida interior por aquel corazón fidelísimo, que nunca equivocaba el camino del bien, y solía afirmar, riendo, que Lucita tenía en aquella casa «pleno dominio de almas».

—Yo no necesito—decía—ocuparme más que de vivir; mi hermana se encarga de que los dos «vivamos bien».

Y lo más peregrino del caso es que aquel dominio de la niña había ido ensanchando poco á poco sus límites, y se había colado de rondón en casa del maestro. Cuando tres años antes Lorenzo vino de médico á Fuenclara, y se instaló con su hermana en la casa inmediata á la escuela, el maestro estaba completamente solo.

Josefina, su nieta, huérfana desde niña de padre y madre, acababa de abandonar la casa donde había pasado la vida entera, á raíz de su boda con un extranjero, al parecer rico, en realidad buen mozo, que en dos ó tres viajes hechos al pueblo con motivo de empresas industriales, logró deslumbrar con el señuelo de su amor, un tanto exótico, y con no pocas apariencias de novelesco, el espíritu, más que el corazón, de aquella inocente, á quien el abuelo ponía en parangón con las alondras, que no tienen más ciencia que la de cantar.

Lucita comprendió bien pronto que allí había una pena, necesitando alivio, y con la indiscreción graciosa de la bondad, puso inmediatamente manos á la obra. Sola casi siempre, pues la profesión de su hermano le tenía las más de las horas fuera de casa, tomó la costumbre de hacer largas visitas al maestro, después de haber trabado conocimiento con él á través de la cerca que separaba los huertos de las dos casas.

Tomaba en un principio para aquellas visitas pretextos nimios; pero como el resultado no se hizo esperar, y bien pronto en el corazón del viejo encontró su solicitud calor, más que de agradecimiento, de cariño, prescindió de supercherías y llegó á vivir á medias en el hogar de don Antonio.

No puso el médico obstáculo alguno á aquel estado de cosas; por el contrario, complaciale en extremo dejar á su hermana, durante sus inevitables excursio-

nes por los pueblos vecinos, al amparo de aquella noble ancianidad, amén de que él mismo estimaba en mucho al maestro, como único amigo un tanto intelectual que había podido encontrar en el pueblo.

Poco tiempo llevaba de existencia aquella intimidad amable, cuando Lucita, siempre al acecho, advirtió que la pena de su reciente amigo cambiaba de color, ó por mejor decir, de tono. Ya no era la tristeza, si cruel en un principio, mansa después, y hasta serena, de la ausencia; era pena amarga, tristeza intranquila y aguda, como punzada de dolor oculto ó inquietud de fiebre. Las cartas de la nieta, que en un principio marcaban eras de luz en la vida del viejo, parecían ahora suscitar en las sombras de su alma una negrura más. Nunca dijo nada el abuelo á propósito de aquellas cartas, limitándose á informar á sus vecinos de que *la niña* estaba buena; pero Lucita comprendió que *la niña* no era feliz.

No tardó en llegar la noticia al pueblo, Dios sabe por dónde; no la trajo el correo ni el telégrafo; vino, sin duda, por esos hilos invisibles que el aire sostiene, hilos encargados de traer y llevar el eco de los males, y que tienen estación de llegada en todos los cerebros donde hay amor ó donde hay malicia. Las comadres de Fuenclara comentaron el suceso. El marido de Josefina era *un desdichado* — en los pueblos, no sé por qué extraña caridad del lenguaje, dicen desdichado por decir perdido. — Arrastraba á su mujer por el

mundo, y la infeliz nunca pudo descansar á la sombra de una acción honrada. Era el extranjero jugador y trapisondista, y llevaba el vicio tan arraigado en el alma, que después de jugar el caudal, tenía pendiente la vida de un eterno juego de azar, y con su vida la de Josefina.

Claro es que ella, en sus cartas, jamás descubrió los vergonzosos secretos de aquella existencia, que por su desdicha compartía; pero don Antonio, bien al corriente de ellos por las cien trompetas de la fama, que cada día venían á publicarlos á su puerta, con voz más ó menos plañidera, sufría tanto ó más que si Josefina se hubiese quejado, porque el silencio de ella ni aun para intentar consolarla le daba derecho.

Por idéntica razón, tampoco Lucita podía emplear medios directos de consuelo; pero el ingenio de su compasión rompía vallas y allanaba obstáculos. Y así, poco á poco, por arte de amor, llegó á ser también reina de aquel corazón atribulado, y don Antonio, lo mismo que Lorenzo, entregó en manos de la niña el dominio de su alma.

—Mientras ustedes charlan — dijo Lucita, viendo á su hermano y al maestro acercarse á la lumbre —, voy á dar una vueltecita por la otra casa.—Llamaba *la otra casa* á la de su amigo.—De seguro—añadió—que con las alegrías ha olvidado usted la mitad de las cosas necesarias para recibir á la viajera.

Y salió corriendo,

III

Don Antonio se sentó en un sillón con aire resignado. Por pudor de espíritu no volvía á la puerta, pero su impaciencia le estaba empujando hacia la calle. Lorenzo se sentó también, y le miró atentamente, respetando el silencio.

El viento introducía sus remolinos en la chimenea y doblaba las llamas, resonando con estruendo lúgubre, que parecía anuncio de tremendas catástrofes; pero apenas pasado el remolino, se alzaban las llamas de nuevo, y al mezclarse con las lenguas rojas otras lengüecillas azules, silbaba el vapor escapado de la leña, remedando con sorna su voz aguda la voz temerosa de aquel ronco profeta de desgracias.

Poco á poco fueron los pensamientos encapotando la frente del maestro con sombras tan negras, que Lorenzo creyó deber de humanidad interrumpir sus cavilaciones.

¡Ánimo, don Antonio!...

—¡Si usted supiera cómo me angustia la desgracia de esa pobre criatura!

— Ya pasó lo peor, que era tenerla lejos.

— ¿Y tenerla al lado viéndola llorar, yo que en veinte años no he hecho otra cosa que verla reír? Por no verla llorar dejé que aquel bribón se la llevase.

— Paz á los muertos—dijo Lorenzo.

Las llamas seguían inclinándose y volvían á erguirse, como protestando contra la pasajera humillación, y Lorenzo, mirándolas caer y levantarse, se preguntaba si también las almas sabrían rehacerse, una vez abatidas y humilladas por vendavales de amargura.

Era el médico excelente persona, rectísimo de voluntad, y aunque joven, austero de costumbres; la reflexión era la nota característica de su temperamento. La lucha por la vida, en los comienzos harto dura para él, le había obligado á reprimir ardimientos juveniles, de tal modo, que casi todas sus energías habían llegado á reconcentrarse en el intelecto. El ejercicio de una profesión que le ponía inevitablemente en presencia de espectáculos harto dolorosos, y en contacto con los más tristes problemas del vivir, había contribuído no poco á aumentar su natural tendencia á la meditación, dando por resultado una especie de ascetismo laico, de iguales efectos, en cuanto á la práctica, que el misticismo religioso. En fuerza de reprimir, por obligación, sus propias impresiones, había llegado á prescindir casi en absoluto de ellas, y en la mayoría de los casos era, ó, por mejor decir, creía serlo, mero espectador de la vida, que le interesaba á modo de come-

dia bien dispuesta, y que llegaba en casiones á con-moverle, pero nada más. Hasta entonces, en realidad, el mundo había sido para él, si abundante en obs-táculos materiales, parco en seducciones; la vida había puesto á prueba su dureza, pero no su tenacidad, y he aquí que, vencedor en unas luchas, se juzgaba, no por vanidad, sino por inexperiencia, invencible en otras, y contaba como victorias conseguidas todas las ocasio-nes no llegadas. Por eso, creyéndose invulnerable á la emoción—que nunca había llamado á su puerta—, estudiaba con serenidad de disector las emociones ajenas, y quitaba y ponía sumandos para llegar por ló-gica á calcular los aleteos de la pasión; por eso—al menos él así se explicaba el asunto —, le inspiraba in-terés la historia de aquella chiquilla serrana, de aque-lla alondra saltarina, que, arrancada por un truhán de su campo de trigo soleado y alegre, volvía á él, des-pués de tres años de andar por el mundo, con el alma triste y el corazón herido; y por eso, contemplando la la lumbre, volvía y revolvía en la mente el *intrigador* problema... ¿Volverán las almas á erguirse, como las llamas del hogar, después de haber pasado sobre ellas tormentas de amargura? Y las lenguas rojas, y las len-güecillas azules, silbando y retorciéndose, ponían en solfa, con su incesante movimiento, la cándida inte-gración del doctor de Fuenclara, el que creía saber la vida porque la había visto pasar á su lado...

—Paz á los muertos...—repitió don Antonio como

un eco lejano, transcurrido buen espacio de tiempo—. ¿Usted cree que esos muertos pueden alcanzar paz? ¿Usted sabe lo que ha sido ese hombre?

Hablaba el maestro con exaltación, como si estuviera muy lejos del mundo. Lorenzo, queriendo á toda costa traerle á la realidad, preguntó:

—¿Y de qué ha muerto?

—No le sé... Josefina en su carta habla de modo que me hace sospechar que hasta la muerte ha tenido desquiciada ese infeliz.

—¿Usted cree?...

—Que él mismo se ha quitado de en medio... Es muy posible; él ó cualquier bandido de su ralea.

Decididamente, en aquella hora todas las leyes de misericordia eran letra muerta para el maestro. Hasta por los ojos le brotaba en chispas la indignación, al traer á la memoria el recuerdo de aquél que fué marido de su nieta.

—Sólo sé que ha dejado un verdadero mar de trampas y embrollos, y que la niña se queda sin más amparo que el de Dios y el mio.

Al parecer amarga, aquella seguridad del desamparo de su nieta, trajo, sin embargo, al rostro del abuelo una expresión de íntimo contento. ¡Amparar á la niña! ¡La niña devuelta á su tutela, por lo entrañable, casi maternal! Al pensar en ello, volvía á ver á la nietecilla entrar en su casa otra noche de invierno, dos después de la muerte de su padre, envuelta de pies á cabeza en

un mantón de luto, pero asomando entre los pliegues negros sus ojazos azules, que, en medio de las tristezas de la orfandad, reían de inocentes, porque aún ignoraban cómo son las tristezas. Y recordaba cómo él, el abuelo, tomando en brazos á la nena, y sorbiéndose las lágrimas por miedo á marchitar con ellas aquella carita de rosa, se prometió á sí mismo, con promesa solemne, que su muñeca, su alhajita, su rayo de sol, seguiría ignorando siempre cómo se sufre. Y sonreía al recordar cómo lo había conseguido, cómo había logrado que todos los huracanes fueran para la niña brisas cariciosas, y todas las tormentas lluvias de primavera; cómo su cariño, hecho baluarte, sólo había dejado pasar hasta la flor prendida sobre el tronco viejo las palabras que sonaban á dicha y las horas que traían luz... Y le parecía escuchar aquellas carcajadas con que Josefina alegraba la escuela y la casa, la calle y el huerto, siempre y á todas horas... siempre... hasta que el amor, *fuerte coma la muerte*, entró en el cercado, hizo callar los trinos de la alondra y arrancó á sus ojos la primera lágrima.

—¿Querrá usted creer que el primer día que lloró por ese hombre tuvo el valor de decirme que hasta entonces no había sabido lo que es ser feliz?

En el hogar aumentaba el estrépito: el viento y las llamas hablaban á un tiempo y decían... ¡quién sabe? Acaso daban la razón á la inexperiencia de la niña sobre la sabiduría del viejo, y cantaban la canción de

la dicha, canción compuesta á medias por letra de risas y música de lágrimas.

Y don Antonio continuaba, dirigiéndose en apariencia al médico, pero en realidad hablando consigo mismo:

—¡Si usted la hubiese conocido... antes! Era... ¿qué le diré yo á usted?... Un rayo de sol con música dentro.

¿Dónde se habían ido iras y rencores? Apenas evocada en la mente del viejo la imagen de la nieta, tal y como fué en sus tiempos felices, huyeron, arrojadas por ella, todas las amarguras de la hora presente, y el corazón, escapando por un momento á su cárcel de penas, espacióse en el goce sereno de recordar dichas.

—¡Era tan alegre y tan criatura! Como que ni aun ya siendo mayor podía dejarla entrar en la escuela, porque me ponía en revolución á todos los chiquillos. Mire usted, recuerdo que un día —tendría quince años—se me presentó en clase con un cascabel colgado en cada rizo... Ya ha visto usted sus retratos... Siempre llevó el pelo corto, como un muchacho, porque tenía la cabeza llena de sortijillas negras y relucientes, y la gustaba verse tan bonita...

¡Pícaros rizos! La frente del anciano volvió á nublar-se, recordando que aquellas sortijillas fueron la red que aprisionó, en hora infausta, al extranjero, de aborrecida memoria.

—¡Ese mal hombre!—dijo con ira.

Y como Lorenzo pronunciase alguna palabra de conciliación:

—¡Sí, mal hombre, bandido!... ¡más que si hubiera robado por los caminos y asesinado gentes, más que si hubiera maltratado de obra á su mujer!; porque el crimen más negro que pueda cometer un hombre es arrancar la paz á una criatura de Dios, que de paz vive, y llevarla arrastrando á su lado, sin cuidarse de ella, después de haberle quitado el derecho á vivir y á ser dichosa... Dice mi Josefina que siempre ha tenido de todo en abundancia; pero, ya ve usted, si tuvo riqueza, tuvo infamia, y ya que no le faltó el pan, le faltó cariño, y alegría, y aire honrado que respirar.

Casi lloraba el viejo al terminar su lamentación; intentó Lorenzo decir algo á modo de consuelo, pero sintiéndose falto de autoridad ante dolor tan hondo, calló. Don Antonio, después de un rato de silencio, prosiguió, encarándose con el médico:

—Tengo miedo de que nos venga enferma; de roble habría que ser para resistir tres años de camino con esa cruz á cuestas.

—Ella era fuerte, según usted dice.

—De cuerpo, si... ó parecía serlo; pero tenía el alma cobarde, co razoncillo de pájaro alegre y medroso. Quiera Dios que al menos traiga salud; usted me ayudará.

Lorenzo se inclinó, asintiendo. No le disgustaba seguramente ser de los llamados á intentar la resurrección de una vida... y sobre todo, vida de mujer.

—Usted, y Lucita.

—Sí—dijo el médico con cierto orgullo.—Lucita es buena y, además, valiente.

—Y, sobre todo, parece que Dios le ha concedido don de consuelo.

Dibujóse ante la vista de Lorenzo la figura de su hermana; pero impresionado por las palabras del maestro, sólo conservó de aquella visión rápida la imagen de sus manos pequeñas y suaves, que, en efecto, parecían hechas únicamente para acariciar dolores y mitigarlos todos.

Amparado por la evocación de la consoladora, sentóse de nuevo el silencio en un rincón del hogar y habló solamente la voz del fuego.

IV

—Ya está todo en regla—dijo alegremente Lucita entrando en la cocina como aluvión de felicidad.

Lorenzo y don Antonio, que en aquel momento tenían á la niña presente en el espíritu, la contemplaron con asombro, como á cosa del otro mundo.

—¡Jesús qué caras! ¿Por qué me miran ustedes así? La voz de la niña rompió el encanto.

—Perdona, hijita — dijo el maestro —. Estábamos contigo y por lo mismo nos sorprendió verte entrar.

—Lo cual quiere decir, en buenas palabras, que aquí no hago falta ninguna. Yo, sin embargo, me permito opinar en contra, y me quedo.

Iba á sentarse; pero el reloj del castillo, único resto vivo en aquella ruina de grandezas, atronó la villa con su voz de bronce, lanzando al espacio, con pausa verdaderamente señorial, ocho campanadas.

Saltó don Antonio de su asiento; púsose Lorenzo también en pie, y Lucita se apresuró á ofrecer á su

amigo la capa y el sombrero, que había traído de la otra casa en previsión del suceso.

El maestro, poco antes tan impaciente por salir á la calle, no acertaba ahora á marcharse de la cocina. Su espíritu, fuerte contra el dolor, parecía buscar ayuda para soportar la proximidad del consuelo. Iba del hogar á la puerta, volvía á aproximarse á la lumbre, se dirigía de nuevo hacia el portal; por fin, en una de tantas idas y venidas, se acercó á Lorenzo, y, vencido por el exceso de la emoción, cayó en sus brazos sollozando como una criatura.

—Vamos, don Antonio... por Dios, señor maestro — balbuceaba el médico, apuradísimo.

Como siempre, Lucita calmó la tormenta encontrando la idea oportuna y la palabra eficaz.

—Si usted se aflige así, ¿quién va á consolar á Josefina?

El anciano se irguió y salió á la calle con aire resuelto.

Había dejado de nevar, y el viento, barriendo en parte las nubes, puso al descubierto un pedazo de cielo, precisamente aquel en que la luna caminaba muy despacio, tendiendo su luz en rayos tenues, que, después de cruzarse en el aire, parecían caer sobre Fuenclara convertidos en hielo.

La nieve reflejaba, aumentándola, aquella claridad y daba á la noche apariencias de día, pero de día condenado á ser eterno por haberse muerto al empezar á

nacer. Todo estaba inmóvil, y cuando el viento cesaba un instante, quedaba el ambiente de tal manera silencioso, que sonaba á ruido hasta el rumor de los copos de nieve que se desprendían de los árboles. Las ramas, á trechos negras y á trechos blancas, pintaban en la nieve tracerías azuladas, y la sombra de los edificios manchaba la blancura del suelo con el gris de una ideal tela de araña.

Iba calle abajo el anciano maestro; su sombra desmesurada caminaba delante de él, alargándose como si fuese símbolo de su anhelo ó encarnación de su espíritu impaciente, que se apresurase por llegar antes que el cuerpo allí donde el deseo le llamaba.

Lorenzo y su hermana le miraban alejarse. Callaban los dos; pero cuando la sombra del maestro se confundió con la sombra del Arco, Lucita suspiró. Sorprendido Lorenzo, se acercó á ella, y vió que tenía los ojos cuajados de lágrimas.

—¡Tú llorando! ¿Qué es esto?

—Nada.

—¿Qué le sucede á mi mujercita formal, á mi niña sabia?

—No me digas cariños: cuando estoy triste, en vez de consolarme, me hacen llorar... y no quiero llorar por tonterías.

Eran de ver los deliciosos mohines de Lucita, luchando por vencer su enternecimiento y reprimir el llanto.

—¡Cuando estás triste!... ¿Por qué lo estás ahora?

—¡Qué sé yo! Á fuerza de consolar al pobre don Antonio, le he tomado un cariño... No te rías... como de madre. Me parecía su pena un niño pequeñito á quien hay que arrullar; él también me quería, y ahora...

—Te querrá siempre.

—Ya no es lo mismo: ahora tiene á su nieta... ¿qué falta le hago yo? En fin, soy mala; pero también las madres lloran cuando se les van los hijos de casa para ser felices.

—¿No te quedo yo?

—Tú también te me irás... y entonces me quedaré sola.

—¡Tonta, tontita mía!—dijo el médico, casi contagiado por la emoción de su hermana—. Antes te has de ir tú.

—¡Yo!...

Tal extraño timbre de amargura había en la protesta de Lucita, que su hermano le preguntó con inquietud:

—¿Por qué dices eso?

Y al mismo tiempo la miraba á la cara con fijeza, queriendo sorprender, si acaso existía, el secreto de aquellos ojos grises. Pero ya los ojos grises estaban serenos, y Lucita respondió, con su risueño acento de costumbre:

—¡Qué sé yo! Porque siempre que pienso en el por-

venir me veo viejecita y solterona..., adorando á un perrito de lanas. Los hombres me dais miedo.

Y la carcajada fresca con que puso punto final á la conversación, fué sembrando de arpegios todas las callejuelas de la villa.

V

Había transcurrido largo rato desde que don Antonio atravesó el Arco. La diligencia, detenida sin duda por el mal estado del camino, no acababa de llegar.

Entretanto, frente á la puerta de la escuela se notaba cierto movimiento. Algunos vecinos, enterados de *la novedad*, salían de sus casas, prestándoles el afán de curiosear valor suficiente para arrostrar contentos las crudezas de aquella noche, una de las primeras de Noviembre, que parecía, por lo áspera, arrancada del corazón de Enero. En la sierra, el invierno es largo y comienza pronto.

Iban los hombres liado el cuello y parte de la cara en las vueltas y revueltas de las bufandas; las mujeres llevaban los mantones de estambre echados por encima de la cabeza.

Detrás de todas las puertas se adivinaban ojos avizores y oídos curiosos, de los vecinos prudentes, que aunque temiendo el frío, no querían perder el espec-

táculo. ¡Ahí es nada! Una señorita que salió del pueblo casada, rica, alegre, y que vuelve á él viuda, arruinada y triste. El agridulce espectáculo—por agridulce siempre bien acogido—de la desgracia ajena, trocaba para aquellas mujeres, amigas de chismes y cuentos, y aquellos hombretones ingenuamente curiosos, como hijos de la más primitiva Naturaleza, la escarcha del suelo en tapiz mullido y el hielo del aire en calor de estufa.

Poco á poco, los más audaces se fueron acercando á la puerta del médico, é intentaron trabar conversación con los dos hermanos:

—¡Ha visto usted qué desgracia, señorita Luz!

—Dicen que viene muy malita; ¿usted lo sabe, don Lorenzo? ¡Claro, con la vida que creo que le daba ese pícaro de hombre!...

—Si al nacer una mujer debían ahogarla—murmuró una vieja plañidera, que se encontraba muy á gusto de ser mujer, y sobre todo de vivir.

—Y diga usted, señorita, ¿será verdad que está tan pobre como aseguran?

—Algo habrá guardado—interrumpió la vieja de marras—. Dice el tío Melis que todas las semanas recogía él dos cartas para el maestro, con sellos dobles... y ya ve usted, que todo no iba á ser papel escrito.

—Y el abuelo, sin que sea ofenderle, buena ropa va echando.

—¡Pobre señor! Tenía *cegedaz* por la nieta. Ver-

dad que ella todo se lo merece, sin agraviar á nadie.

—¡Sí que es guapa!—dijo una mocetona rolliza de carnes y arrebatada de color—. ¡Es *así* de alta, como yo, y también tiene el pelo negro!...

—No compares—interrumpió un zagalón, á la cuenta su novio—. ¡Era ella un alfeñique y tenía la cara *demasiado* de blanca!

—Lo que es la cara, no digas—suspiró melifluamente la vieja marrullera—, porque era propiamente una imagen. ¡Pobrecica mía, tan preciosa y tan desdichada!...

—Eso *pa* que os fiéis de los forasteros...—dijo un mozo, con sus ribetes de regionalista.

—La suerte de la fea...—refunfuñó filosóficamente una especie de maniquí con zagalejo, que había callado hasta entonces.

Todos hablaban en voz baja, gozándose inconscientemente en dar á aquella conversación vulgar aspecto de fruta prohibida, envolviéndola en inútiles misterios. Lucita, aunque por exceso de bondad y dulzura de ánimo trataba familiarmente á todas aquellas pobres mujeres, estaba muy lejos de complacerse en su zalamería chismográfica, y permanecía silenciosa, retirándose, cuanto su propia impaciencia lo permitía, al interior del portal. Lorenzo paseaba, entrando y saliendo en la cocina.

Hubo un instante de silencio. Del lado de la carretera vino un rumor lejano, que se fué aclarando poco

á poco, hasta resolverse en animado repiqueteo de cascabeles y campanillas.

—¡Ya está ahí la diligencia!

Cesó después el ruido, pero la conversación no volvió á reanudarse. Únicamente la vieja plañidera dijo, tras un aparatoso suspiro:

—¡Ay, pobrecita mía, y cómo se va á alegrar de volver á verme!

La diligencia se detenía en la plaza del pueblo, más allá del Arco. Allí habría bajado la viajera, pero estaba cerca, ya no podía tardar. En efecto, pronto apareció en la boca del Arco la figura del maestro, trayendo al lado otra figura, la de una mujer alta y enlutada, que caminaba á toda prisa, como con ansias de llegar.

Suscitóse en el grupo un rumor sordo, que saludaba el aparecer de la protagonista de aquel drama, á medias, adivinado, con el murmullo, medio intrigado, medio satisfecho, del público que ve alzarse el telón. Lucita salió de su casa y se adelantó discretamente, sin acercarse demasiado. Lorenzo se quedó confundido entre el grupo de vecinos curiosos. Las mujeres se abalanzaron á saludar á Josefina; pero ella, esquivándolas, pasó rápidamente el umbral y desapareció en la casa, seguida del maestro, que dijo apuradísimo, dirigiéndose á Lucita:

—¡Hasta mañana, nena, hasta mañana!

Cerróse la puerta; nadie había alcanzado á ver el

rostro de la viajera; pero una mujer, echándose las de lince, exclamó, al parecer condolidísima:

—¡Hija de mi alma! ¡Con qué desconsuelo lloraba la infeliz!

El grupo se deshizo lentamente. Lucita y Lorenzo entraron en su casa. Sintióse durante algún tiempo golpeteo de puertas y rechinar de cerrojos.

Apenas quedó la calle silenciosa, como si terminase una tregua concedida por el cielo á los habitantes de Fuenclara, para que pudieran cómodamente satisfacer su curiosidad, se escondió la luna entre las nubes y empezó de nuevo á caer la nieve.

VI

Entretanto, el maestro y su nieta habían atravesado el portal y entrado en la cocina, que ofrecía también aspecto hospitalario gracias á los cuidados de Lucita; porque la vieja fámula que servía de asistenta á don Antonio, no tenía maña para ocuparse en semejantes primores ni seguramente voluntad de ello.

Josefina no había pronunciado más palabras, desde que llegó al pueblo, que las necesarias para decir á su abuelo que quería estar sola, sola, sola; que no quería ver á nadie.

Había venido casi corriendo por las calles, venciendo su cansancio, como pájaro herido que va arrastrando las alas rotas en busca de refugio. Traía los ojos secos y las facciones todas contraídas con rigidez, más de terror que de pena. Se conocía que desde mucho tiempo atrás no había logrado el consuelo de llorar.

Pero al entrar en la inmensa cocina y sentir la caricia tibia del ambiente, impregnado de olores bien co-

nocidos por ella, que la envolvía en calor de nido; al entrarle por los sentidos las impresiones todas que en otro tiempo le fueron familiares, sensaciones de color, de luz, de forma: el arca del pan, el velón reluciente, el ramo de laurel colgado de las vigas del techo, parecióle como que todos aquellos objetos eran amigos humildes, que tenían un alma para angustiarse con su angustia, y humanizándose su dolor al contacto de aquella simpatía de las cosas, rompió á sollozar, apoyando el rostro en la pared, encendida en cariño filial hacia la casa vieja, defensora de la paz de su infancia, que en mal hora había abandonado. Don Antonio la dejaba llorar, y aun cuando, conmovido por los sollozos de ella, sollozaba también, por dentro el alma se le estaba riendo. Harto sabía él que en aquella explosión arrebatada la niña dejaba desbordar las heces amargas de su dolor: luego quedaría la tristeza, pero ésa corría de su cuenta. No intentaba hacerla callar, y Josefina seguía llorando. Por fin cayó rendida sobre un escaño, y el anciano, acercándose á ella, empezó á jugar en silencio con los ricitos negros y relucientes, porque la nieta llevaba, como en otro tiempo, el pelo corto y ensortijado.

Buscando ella instintivamente el halago de las caricias, dejó caer la cabeza sobre el pecho de quien tanto la amaba, y como si el ritmo del corazón del viejo hubiera poseído virtud aplacadora, los sollozos se fueron apagando y el llanto de la nieta se hizo sereno.

—Llora, llora tú. ¡Qué bueno es llorar, ¿verdad, niña?, con quien nos quiere mucho!

—¡Abuelo, abuelo, qué pena tan grande!

—¡Sí, nena; llora, llora! Mira; aquí todos vamos á llorar contigo, y luego... luego verás cómo tú te ríes viéndonos llorar.

—Yo no quiero que llores...

—¡Tontina!

—Yo no quiero que tengas pena.

—¡Cualquier cosa! ¿Pena? ¡Si lloro de gusto, de alegre que estoy por tenerte aquí al lado, muy cerquita de mí, para siempre, ¿verdad?, para siempre!

Josefina sentía de vez en cuando recrudescimientos de amargura.

—¡Abuelo, abuelo, qué pena tan grande es vivir! Yo no quiero vivir.

—No digas blasfemias. ¿Quieres dejar al pobrecito viejo otra vez solo, para que se muera de frío?

—¡Abuelo, abuelo!

—¡Vamos, Josefina!

Después la niña viuda se estremecía, recordando su largo abandono.

—Tú me quieres, ¿verdad que me quieres? ¡Mucho, á mí sola!

—Sí, nena, sí: solita.

—¡No me quería nadie, nadie!...

—¡Cabecita 'oca!

Y arrullando el anciano á su nieta con las sublimes

incoherencias que sólo el carriñón sabe inventar, trataba de adormecer su dolor, como madre que duerme al pequeñuelo cantándole una canción sin sentido..., y así, entre llantos y sonrisas, pasó la primera hora de aquella ansiada reunión. Por fin, los dos callaron; ella le echó los brazos al cuello, posó la cabecita en su hombro y se estrechó fuertemente con él, como buscando amparo y defensa contra el mundo entero.

Nunca hubiera podido emplearse con mayor propiedad el símil, si harto viejo, siempre hermoso, del tronco y la vida.

Tenía Josefina, más que gran belleza, belleza original. Era alta y bien formada, muy blanca de rostro y con ojos azules. Tenía la boca muy pequeña, de labios rojos y gruesos; las líneas inferiores del rostro un tanto indecisas, y la nariz más atrevida que perfecta. Esto, unido al desaliño artístico de su peinado, producía tal impresión de juventud, casi de infancia, que era imposible considerarla á primera vista como una mujer. En todos los detalles de su cuerpo admirable y de su cara fresca había como una protesta de la vida, ansiosa de triunfo, contra el influjo de la desgracia. Parecía la tribulación anacronismo en aquella página espléndida de humana lozanía, y las lágrimas, que en todo rostro de mujer son como consagración de dignidad, eran en el de Josefina como profanación de su más íntima esencia.

El misterio que esconden todos los corazones feme-

unos, misterio de dolor en unos, de abnegación en otros, era en el suyo misterio de gozo. El abuelo lo había adivinado, y estaba en lo cierto asegurando que su rayo de sol con música dentro no tenía más ciencia que la de cantar.

Y era verdad que jamás existió espíritu menos formado para el dolor: por eso á sus golpes parecían destrozados y rotos para siempre el cuerpo y el alma de la niña alegre; por eso ella, de minuto en minuto, siempre que su desgracia le venía á las mentes, repetía con desesperación, al parecer irremediable:

—¡No quiero, abuelo, no quiero vivir!

—Vamos, nena, vamos... Es preciso que te acuestes, que descanses... Ven á tu cuarto.

Josefina, obedeciendo sin darse cuenta de lo que hacía, se puso en pie y siguió al maestro.

—¿Lo ves, muñeca? Todo está igual, igual que siempre.

Igual, sí: la camita de hierro con colcha blanca, la cómoda inmensa, cubierta por verdadera legión de muñequillos de porcelana; igual la pila de china, y el ramo de romero bendito, el perrito de lanas, y el marcador bordado en sedas, con la casita azul, y el ferrocarril verde, y el «lo hizo», sin hache, seguido del nombre de la autora de aquellos primores, conservados como joyas por el abuelo y puestos detrás de un cristal, con su correspondiente marco dorado. Hasta sobre la cómoda, la muñeca vestida de monja, guardada bajo

fanal, y colgando en la reja una jaula vacía, la jaula del canario de la niña, que se murió, ¿quién sabe si de pena?, en cuanto ella se fué...

Josefina cayó de bruces sobre la cama y escondió la cabeza entre sus ropas.

—¡Mi cama, mi camita! - decía llorando.

Y de la cama pasó á la cómoda, y besó los juguetes, y abrazó á la muñeca, y descolgó la jaula, y habló con el canario muerto como si allí estuviera y pudiera oirla...

—¡Aquí me tienes, bonito, aquí está tu ama, que viene muy triste, muy tristel!...

—Vamos, muñeca, vamos... ¿por qué no te acuestas?... ¿por qué no descansas?

Pero Josefina no quería acostarse ni descansar. Y después de contar sus males, uno por uno, á todos los rincones de su alcoba, salió por los pasillos, y entró en la escuela, y volvió á la cocina, y á pesar de la oposición formal del anciano, abrió el portón y entró en el huerto: y se dió el placer triste de hablar en la obscuridad con sus árboles, y de contar á las matas, cubiertas de nieve, su inmenso desconsuelo.

Don Antonio la seguía, sin acertar á verla. Al fin volvió la peregrina á entrar en la casa, y el abuelo sonrió al mirarla, y le pareció ver resucitar en el presente amargo, el pasado feliz, porque en cada ricitito del cabello traía Josefina prendido un copo de nieve.

VII

Hace tres días que el sol se digna visitar las alturas de Fuenclara. En el primero—sin duda un tanto acalorado por la prolongada encerrona —, derritió la nieve, y transformó la blanca llanura en mar de fango. Perdió ya en el segundo los deseos de trabajar, y decidiéndose sólo á servir de adorno, dejó hacer de las suyas á un frío serrano, que convirtió los charcos en hielo. Aumentó en el tercero su pereza, y se levantó tarde; á cada paso corría á refugiarse entre un dosel de nubes. Únicamente alguno de sus rayos—y era ya mediodía—llegaba á la tierra tiritando, tanto que el hielo, en lugar de fundirse, se hizo polvo, y el suelo estaba duro, de color indeciso, como sembrado de sal y pimienta. El barro de los baches se había hecho de roca. Todo esto al sol, porque á la sombra campaba la escarcha, cubriendo el terreno de extensas manchas blancas y brillantes, que se daban la orgullosa satisfacción de parodiar la nieve.

En el huerto de Lucita, separado por el de don

Antonio por una cerca baja, coronada de zarzas, había, lo mismo que en la calle, barro endurecido allí donde llegaban los rayos del sol, y escarcha á la sombra, sobre las matas de lirios, y sobre el plantel de violetas, que, abrumadas bajo el peso del hielo, apenas asomaban entre sus estrellitas relucientes tal cual fragmento tímido de hoja ó de tallo.

Brillaban algunas gotas sobre los verdores del toronjil y de la ruda, y entre la ramazón áspera de una mata de romero. Los cuadros estaban desiertos, guardando el tesoro de la semilla bajo los terrones ateridos. En la noria, las gotas caídas de los cangilones se habían helado, y sus cristales informes y turbios se divertían sacando de los rayos del sol irisaciones mortecinas. En el estanque flotaban sobre el agua los fragmentos de hielo, como diminutos continentes de cristal. Extendían los árboles sus ramas negras, como viejos que se desperezasen al sol, y la parra se alargaba por el muro posterior de la casa, retorciendo troncos y sarmientos, abrazando las paredes en un espasmo de desesperación.

Lorenzo paseaba por el huerto. Terminada su visita matutina, había vuelto á casa, y esperaba á su hermana para comer. Algo impaciente en un principio por la inusitada tardanza de la niña, fué poco á poco sumiéndose en sus meditaciones acostumbradas y andaba á grandes pasos, asustando á las pacíficas gallinas, que en un rincón se daban aires de muy ocupadas,

para disimular su rematada holgazanería, y atrayéndose miradas fulgurantes de un gallo, que en su orgullo sultanesco creía ser el único viviente digno de gozar el derecho á recorrer aquellos andurriales con empaque de dueño y señor.

Lucita apareció en la puerta de entrada; venía muy de prisa:

—¿Te he hecho esperar?

—Un poco... ¿De dónde vienes?

Ella sonrió sin responder.

—De ver á los vecinos, seguramente... Eres incorregible—añadió Lorenzo con dulce reproche.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Voy á dejarlos solos?

—Ya sabes que *la niña* es lo primero que pidió: soledad, y soledad. No quiero ver á nadie; por mi parte, le alabo el gusto... y le respeto.

—¡Qué rencoroso eres!—replicó Lucita.—Verdad es que Josefina dijo que quería estar sola, pero los afligidos son como los niños: no saben lo que quieren...

—Pues debiste dejar que lo aprendiese por sí misma.

—¡Pudiendo enseñárselo yo!... ¡Qué cosas tienes! Además, don Antonio—agregó satisfecha en su orgullo de amiga y consoladora—, se habría muerto de pena si yo no hubiese vuelto. ¿Tú sabes?... Si son como dos criaturas... Se sientan á comer uno enfrente de otro, se miran rompen á llorar, y ¡adiós comida!

Salen á paseo, y lo mismo. Se quedan en casa á pasar la velada, y vuelta á la misma canción. Josefina se cree el ser más desgraciado de la tierra, y el abuelo, porque ella así lo piensa, no sabe pensar otra cosa. Siquiera, cuando yo estoy allí, hablo tanto, que no les queda tiempo para llorar... y descansan.

Lorenzo sonreía.

—Sí; cada uno tiene su vocación en este mundo, y tú has nacido para paño de lágrimas...

Mira, yo creo que don Antonio, si no fuera por respetos humanos, se reiría ya de vez en cuando. ¿Por qué no vas á verle? Hace lo menos ocho días que no pones allí los pies...

—Porque no quiero encontrarme con la niña.

—Todos los días me preguntan por ti.

—Lo creo; pero...

—Pero, ¿qué?

—Ya sabes que el día siguiente á la llegada fui, cediendo á tus ruegos, á hacer mi visita de bienvenida, y sabes también que Josefina no tuvo por conveniente enterarse de que yo estaba allí.

—¡Ah, rencoroso, rencoroso! ¿Ves como tengo razón?

—Además, no me gusta.

—¡Josefina!

—Sí; no te escandalices. Es una niña mimada, una caña que se deja doblar por todos los vientos, y humillar por todos los aguaceros. Á mí me gustan las mu-

jeros valientes, fuertes ante el dolor, como tú lo serías en su lugar, estoy seguro de ello.

—La fe te salve... Vamos á comer.

Entraron. Lucita sirvió la mesa, y se sentó frente á Lorenzo. Empezó la comida sin pronunciar palabra; él, sorprendido por aquel desacostumbrado silencio, preguntó con cariño:

—¿Te has enfadado?

—¿Yo?

—¡Como no dices nada!

—Estaba pensando.

—¿Puede saberse en qué?

—¡Ya lo creo! Precisamente es cosa tuya. Josefina ha notado eso que me has dicho antes.

—¿Eso?...

—Que no te gusta. Ayer, sin ir más lejos, me habló de ello. Paseábamos juntas por su huerto, y me dijo de pronto:—¿Cómo es que tu hermano no viene nunca por aquí? Yo creí que abuelo y él eran muy amigos...

—Por lo visto—sonrió Lorenzo— las relaciones van muy adelantadas.

—¿Lo dices porque nos hablamos de *tú*? Lo propuso ella, y no es tan pronto: hace ya veinte días que nos conocemos...

—¡Una eternidad!

—Pues bien, cuando me preguntó por qué no ibas, yo le respondí:—¡Está el pobre tan atareado!,..—No

es eso—replicó ella—; es que le soy muy antipática. —Y para que en todo coincidiese contigo, añadió una cosa que callo... por modestia.

—No, no; hay que decirlo todo.

—¡Qué exigente eres! Añadió... que no le asombra no gustarte, porque como tienes siempre á la vista esta perfección mía...

Y Lucita, al repetir su propio elogio, lanzó una carcajada.

—Vamos—dijo Lorenzo, también alegremente —, al menos sabe apreciar lo bueno.

—¿Ya te va siendo más simpática?

—Así, así...

—¿Qué más quieres que haga la pobre criatura? Me admira, lamenta tu ausencia...

—¡Alto ahí! Esa última parte está muy lejos de parecerme buena señal.

Y como Lucita dibujase un mohín de cómico asombro:

—Josefina lamenta mi ausencia porque soy el único que no hace la corte á su dolor. Ese corazoncillo, créelo, no sólo es cobarde para sufrir, es también egoísta, tirano, y quisiera que el mundo entero sufriese con él. Por eso te admira, porque encuentra en ti un eco complaciente; por eso quisiera tenerme también al lado, haciendo pucheros en honor de su desgracia.

—¡Ay, señor disector; se ha equivocado usted de medio á medio! Has de saber que Josefina, no sólo no

desea tenerte á su lado, sino que le das muchísimo miedo. Te ha adivinado el microscopio, y como conoce sus defectos, no quiere ponerse dentro de foco. Ya ves; ni un solo día he conseguido hacerla venir á casa, y á pesar de lo mucho que le gusta estar conmigo, se pasa las grandes soledades mientras don Antonio está en la escuela. Todo por temor de encontrarte.

Terminó la comida. Salió de nuevo Lorenzo á sus visitas. Llegó la noche, y con ella la cena al amor de la lumbre; y una vez levantados los manteles, cuando Lucita, cogiendo su canastilla de labor, se disponía á instalarse junto al hogar, Lorenzo dijo:

—Vamos.

—¿Dónde?

—Á ver á los vecinos.

Y como Lucita se asombrase un tanto:

—Mujer—dijo el médico—, no me gusta estar representando el papel de ogro.

Lucita aplaudió la resolución, abrazando á su hermano.

VIII

Salieron de casa. El río, cuya corriente había aumentado un tanto, merced al pasado temporal, armaba tal estrépito en su lecho de piedra, removiendo guijarros y levantando espumas, que el rumor de sus aguas llegaba hasta los altos de la villa. Era noche de luna.

—¡Qué hermoso debe estar el río!—dijo Lucita.

—Si quieres, iremos á verle desde las peñas.

Y allá se fueron muy cogidos del brazo, como una pareja de enamorados.

Era el médico, como inteligente y soñador, poeta á su modo, y Lucita, por efecto sin duda de su bondad inagotable, tenía, á falta de gran penetración artística, amor *franciscano* á la naturaleza. El «hermano lobo» parecía hecho expresamente para salir de sus labios. Por eso se entendían á las mil maravillas Lorenzo y ella, siempre que de admirar bellezas naturales se trataba; y por eso Lucita aquella noche, á pesar de su afán por visitar á sus amigos, no vaciló en apartarse

un poco del camino derecho para ir á ver el río. Y por cierto que el espectáculo valía la pena.

Era el cauce pedregoso y hondo: las márgenes, cortadas casi á pico, se redondeaban en lo alto, y estaban cubiertas á trechos por tapices de musgo. Amontonábanse las peñas en equilibrios fantásticos, elevadas las unas, hundidas las otras: dos de ellas se adelantaban sobre el río, como curioseando el paso de las aguas, que carcomiéndolas por la base, habían formado en lo hondo playas diminutas, cubiertas de limpísima arena. En los huecos entre roca y roca, en las hendiduras, en las pendientes suaves, refugio de la tierra vegetal, crecían zarzas, endrinos, saúcos y rosales silvestres: todos despojados por el invierno, parecían encoger sus ramas desnudas, puestas en evidencia por la claridad implacable de la luna, y sembraban el suelo de sombras inmóviles.

Junto á las aguas, algunos huertos; la tierra brillante, las plantas oscuras; en lo alto una línea de chopos; las cortaduras de la roca viva color de ocre; en la llanura el pueblo, diseminado sobre inmenso arenal: todo somnolento, callado, como adormecido por aquella luz fría, casi tangible, que bajaba del cielo y se desparramaba por las rocas en silenciosas cataratas... Y como contraste, en la hondura del cauce, en la profundidad de aquella herida abierta en la corteza de la tierra, el estruendo del río, el chocar de los cantos rodados, el hervir incesante del agua turbia, el remover-

se de la espuma, el resonar de los ecos en las peñas cóncavas...

—¿No parece—dijo Lorenzo, mirando al río—un alma atormentada, oculta tras un rostro que finge paz?

Lucita callaba.

—¿No dices nada? ¿Qué piensas?

—También parece—respondió ella—un alma feliz, que hace mucho ruido por cuatro penillas de poco más ó menos, para darse el gusto de que parezcan grandes.

Lorenzo se echó á reír.

—¿Por qué te ríes?

—Porque, sin saberlo, has hecho el fiel retrato de tu amiga.

Y de vuelta, mientras llegaban á casa del maestro, iba Lorenzo desarrollando, para edificación de Lucita, una serie de teorías filosóficas, aplicables, según él, al caso de Josefina.

—La viudita es dichosa, perfectamente dichosa—decía.—¿Qué ha perdido en el mundo? Un marido que la atormentaba y que nunca llegó á interesar su corazón. Es muy joven, es bonita, tiene el cariño del abuelo, único que ha tenido siempre, el alma de par en par para todos los que vengan de aquí en adelante... ¿qué más quiere?

—Pero si ella sufre por penas imaginarias, ¿no es tan digna de lástima como si las tuviese verdaderas? ¿No es natural compadecerla?

—Es preciso desengañarla, quitarle la ilusión de sus tristezas, no aumentarlas con ese mimo de compasión. Tú y su abuelo, creyendo hacer una obra de misericordia, estáis cometiendo un crimen de lesa humanidad.

—¡Si es tan criatura... y da tanta lástima! ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Lo que haré en el mío; ya lo verás. ¡Lucida está la niña si espera de mí lamentaciones á dúo.

IX

Con tales proyectos de severidad entró Lorenzo en casa de don Antonio, después de su excursión por las cuevas del río. Sentado estaba el anciano junto á su nieta, y recibió la visita con no disimulado contento.

—¡Ingratón, cuánto tiempo sin verle! ¿Es que la mitad del valle está en peligro de muerte?

Josefina se colgó al cuello de Lucita, y, un tanto confusa por la inesperada presencia de Lorenzo, en quien adivinaba cierta hostilidad, se excedía en mimar á su hermana, retrasando con aquel ardid casi infantil el momento de saludarle.

El resultado de la maniobra fué poco feliz. Lorenzo, prevenido por sus cavilaciones en contra de la viudita, atribuyó aquella confusión á falta de simpatía, y no queriendo invadir campos cerrados, limitó su saludo á una inclinación rígida, seguida de un «¡Señora!...», más rígido, si cabe, que la inclinación misma.

Josefina, harto inexperta para distinguir de matices, no percibió de todo aquel proceso más que la frialdad.

Su espíritu, hambriento de benevolencia, se estrelló contra la rigidez del médico, y casi se le saltaron las lágrimas, mientras iba á sentarse junto á su amiga, lo más lejos posible de Lorenzo.

—¡Este hermano mío!—suspiró Lucita, viendo venir á tierra su obra de diplomacia.

Y trató de hilvanar una de sus habituales charlas con Josefina, pero fué trabajo perdido. La nieta del maestro se dió á cavilar y á echarse la culpa de aquello que estaba pasando. Á veces, una torpeza cometida causa mayor desasosiego que un crimen, y eso le sucedía á ella. El médico le era del todo indiferente; estaba segura. También sabía, con la misma seguridad, que ella le era antipática; por eso mismo, únicamente por eso, le dolía haber estado descortés... Ahora él ya tenía una razón *fundada* para juzgarla mal.

Lorenzo, mientras tanto, charlaba con el maestro, no tan indiferente en realidad como al parecer á cuanto ocurría del otro lado de la chimenea. También él andaba preocupado con la cuestión del saludo. Apenas consumada su *heroicidad*, le pareció una qui-jotada imperdonable, y, sobre todo, fuera de lugar. Pero ¿cómo desdecirse, cómo demostrar siquiera que había caído en la cuenta de aquella frialdad inoportuna? Eso equivaldría á confesarse en pleno delito de ridiculez, y jamás un orgullo masculino se humilló á tanto.

Lucita miraba alternativamente á su amiga y á su

hermano; pensaba primero, sonreía después; fruncía luego el entrecejo, y volvía á pensar y á sonreír.

Don Antonio, alma feliz, no se daba cuenta de nada. Á las agitaciones causadas por la llegada de Josefina, habría sucedido la paz más completa para su espíritu, á no haber venido á estorbarlo la tristeza de la niña. Habíase, desde el primer momento, sumergido en ella, como náufrago que se tira al agua abrazado con su tesoro; pero el propio contento, la felicidad inmensa que le llenaba el alma, protestaban interiormente contra las amarguras de la nieta, y estaban deseando abrirse paso á través de ellas. Compadecer á su niña... ¡ya lo creol... de todo corazón, á todas horas; ya lo había dicho Lucita; en cuanto estaban solos, á llorar juntos; pero, ¿no sería mucho mejor que la niña se consolase? En eso coincidía con Lorenzo; era preciso consolarla, era preciso; pero ¿quién la iba á consolar, y cómo conseguirlo? Más valía no pensar en ello... seguir llorando cuando estaban solos, y descargar, en parte, sobre el alma varonil de Lucita el peso de aquella su tarea.

¡Lucita! Á las manos piadosas de la gentil vecina fiaba el anciano la tarea, ardua para las suyas temblorosas, de vendar las heridas abiertas por el infortunio en el corazón de su nieta.

Aquella noche, como siempre que la consoladora estaba presente, era feliz por completo, se creía en el mejor de los mundos, y no estaba para reparar en su-

tilezas de matiz ni en quintas esencias de psicología.

—¿Ha visto usted qué buena se nos va poniendo la huéspedada?

—Sí—decía Lorenzo con cierta amabilidad sospechosa.

—El aire serrano le saca los colores á la cara. ¿No da gusto mirarla?

—Sí—volvía á afirmar el médico.

Y obligado á mirar por insinuación del abuelo, se encontraba con que, en efecto, *daba gusto ver* á la nieta. Entonces sonreía, sin darse cuenta de ello, y Josefina sonreía también.

Seguía un nuevo y alarmante silencio; don Antonio intentaba otra vez reanudar la conversación:

—¿Has visto este ingratisimo?; ¡cerca de dos semanas sin entrar á vernos!

—Sí—le tocaba entonces responder á la nieta.

—¿Por qué no le regañas? ¿Por qué no le dices que esos son procederes de mal amigo?

Y Josefina, obligada á reprender al culpable, decía, sonriendo al espectáculo de su propia farsa:

—Ya lo oye usted... de mal amigo.

Lorenzo, escuchándola, volvía á sonreír. Y á cada silencio, nueva acometida. La serena placidez del viejo iba, como araña incansable, tendiendo á través de la cocina hilos de bondad, que enlazaban las almas, separadas, y, al parecer, hostiles; y como aquellas almas eran también muy buenas, respetaron los hilos de

araña, y temiendo romperlos, fueron acortando distancias.

De este modo, merced á la inconsciente habilidad del viejo, después de media hora de vacilaciones por una y otra parte, la conversación se hizo general, y se pactó tácitamente una tregua entre Lorenzo y Josefina.

—Tregua y sólo tregua—se decía á sí mismo el médico, con peregrino derroche de energía interior. No quería ser cómplice en aquel delito contra naturaleza, si el abatimiento de la viuda era real; en aquella comedia poco digna, si como sospechaba en ocasiones, era tan sólo ardid de niña caprichosa, que pretendía tener al mundo entero ocupado en darle mimo. «¡Tregua, sólo tregua!» Pero es el caso que las medias tintas eran muy difíciles de sostener frente á la candidez incomprensible de aquella criatura, que había conservado, á través de los azares de su matrimonio, toda la frescura de alma, toda la ingenuidad de impresiones que otras mujeres pierden al primer aletazo que les da el mal en el rostro, aunque sea pasando, y muy de prisa.

No era Josefina, seguramente, un lince; tal vez tuviese falta real de esa viveza de penetración que substituye y hace innecesaria la sabiduría en las inteligencias femeninas. Su pecho, como pico de pájaro recién nacido, siempre abierto en espera del grano de trigo, estaba siempre en espera del cariño ajeno; incapaz de fingir, no comprendía el fingimiento; el mal, que tanto

le amargara la vida, había llegado siempre hasta ella sin disfraz ni rebozo; así es que tomó el cambio de actitud del médico por moneda de buena ley, y dejándose llevar de su natural generoso, dióse á agradecer el favor aun antes de haberlo recibido. De sus ojazos húmedos se escapaban tales efluvios de gratitud, que Lorenzo estaba materialmente desconcertado.

Hablaba de sí misma con egoísmo, por lo ingenuo, simpático, de sus impresiones al volver al pueblo, confesando su cobardía, sus ansias de hallar consuelo.

—Todo me daba pena: el ver nevar, el mirar llover... y el primer rayo de sol que entró en mi cuarto... Es decir, ése no me dió pena, me dió enfado... no sé por qué.

—¿Usted hubiera querido que hasta el cielo llorase porque usted lloraba—dijo Lorenzo.

—No sé lo que quisiera. ¿Sabe usted ahora mismo lo que más me consuela? El calor de la lumbre.

—¡Gracias!—interrumpió Lucita, fingiendo enojo.

—Ya sabes que tú eres la primera—repuso Josefina apurada—; tú y el abuelo. ¡Si no fuera por vosotros!...

—Sí, sí; ya te entiendo, buena pieza.

—No me entiendes: tu hermano, sí; mira...—añadió, viendo sonreír á Lorenzo.—Quiero decir que el calor de la lumbre me parece una caricia, un mimo, como una mano suavcita que me fuera secando las lágrimas. Me hace llorar más, pero me consuela. Lo menos ocho

días me pasé acurrucada junto al hogar, llorando, ¿verdad, abuelo?

Lorenzo callaba. ¡Cualquiera le iba con severidades á aquella sensitiva!... ¡Si tenía el alma en la cara, si era un pedazo de pan con ojos!... ¿Dónde había él tenido la cabeza para imaginar, ni por un instante, la posibilidad de fingimiento en aquella alma de Dios?

La reflexión, su amiga siempre fiel, vino en ayuda del médico, gritándole: «¡Peligro, peligro!» Ya lo creo, y grande. Si estaba allí cinco minutos más, sería como todos, como todos, como Lucita, como el abuelo, cómplice en la obra del dolor, contra aquella criatura nacida para ser feliz... Y lo sería... ¡de seguro!, en cuanto la viudita vertiese cuatro lágrimas delante de él. ¡Si sólo de verla clavar en su cara aquellos ojos, tristes y agradecidos, ya tenía el alma en un puño! Nada, nada; que la niña era de cuidado, pero mucho.

El caso es que no tenía un encanto penetrante, sino envolvente. Parecía que su tristeza mansa iba cayendo como niebla sobre los corazones, y los iba dejando fríos, llenos de lágrimas, dispuestos á llorar eternamente... ¡válganos Dios! Y lo peor de todo es que venido así, por sorpresa, poquito á poco, con aquella blandura, parecía el llorar la única felicidad verdadera del mundo... ¡No podía ser!

Y con ademán fiero, rompiendo bruscamente el encanto, el médico se puso en pie. Miráronle con cierta

sorpreza los ojos tristes, y él, ¡desagradecido!, se enfadó contra ellos y les guardó rencor.

—¿Tan pronto?

¡Tan pronto! ¡Qué se había figurado ella!; ¿que ya estaba preso, irremisiblemente preso; que ya contaba una voz más su coro de plañideras; que iba á llorar con ella al marido muerto?

Y la figura del marido, viniendo como por arte de magia á interponerse entre la niña y el médico, calmó instantáneamente los enojos de él y ahogó sus ansias de tristeza: fué como un latigazo con que la realidad arrojó de su espíritu fantasmas y visiones.

Despidióse con calma. En poco estuvo que el «¡Señora!» de marras no volviera á caer de sus labios: substituyóle, sin embargo, muy á tiempo, un silencio, ya que no elocuente, cortés. Pudo hablar el alma, si quiso: no sé si habló; tampoco sé si hablaron los ojos tristes, ni qué cosas dijeron, caso de que lo hiciesen.

Don Antonio, en cambio, habló por todos, y aun cuando no dijo grandes cosas, cuantas salieron de sus labios habían antes pasado por su corazón.

En el cielo, la luna seguía su camino, silenciosa; seguía oyendo el rumor de las aguas, que en el río removían guijarros y levantaban espumas... Parecía caer paz á torrentes sobre la tierra, envuelta en los torrentes de luz nacarada.

—¿Qué vas pensando?—preguntó Lucita á Lorenzo, ya en la calle.

—Que decías bien; tiene un sortilegio; en estando á su lado, hay que entristecerse con ella.

—¡Lo ves!...

—Por eso yo estaré lo menos posible. Si; soy como tú. No me gusta llorar por tonterías.

—¡Llorar!—dijo Lucita, echándose á reir.—No es para tanto.

—¡Llorar!—preguntó Lorenzo, un tanto confuso.—¿He dicho llorar?

—Llorar has dicho.

Hubo una pausa: siguieron andando; después Lorenzo, con acento de calma, que él creyó sincerísimo, dijo, riendo también:

—Tienes razón: no es para tanto.

Y entraron en casa.

X

Reinaba varios días después grandísima animación en la escuela, producida por la llegada de las Pascuas. El nacimiento del Niño de Belén traía revueltos á todos los rapaces de Fuenclara, que desde ocho días antes manifestaban su júbilo atronando las calles con el ingrato resonar de latas y zambombas.

Don Antonio, en el salón de clase, trataba inútilmente de imponer silencio á unas dos docenas de criaturas que, pretendiendo auxiliarle en su tarea de *poner el Nacimiento*, hormigueaban en torno al taburete, sobre el cual el buen viejo se encaramaba para dar una mano de cola á las montañas de Judea.

—¿Os queréis estar quietos? ¿Vais á callar? ¿Tendréis la bondad de no mover el taburete?

—Sí, sí; señor maestro.

Pero continuaban alborotando á más y mejor, comprometiendo en su entusiasmo el no muy estable equilibrio del taburete y del maestro.

Las entradas y salidas de los muchachos se suceden

sin interrupción: todos, como los pastorcillos del Nacimiento, vienen con su ofrenda para el Niño Dios; el uno trae madejas de afelpado musgo con que entapizar valles y praderas; el otro, relucientes fragmentos de cristal de yeso, destinados á imitar las aguas del arroyo; no falta chiquilla previsora que, sintiéndose madre y compasiva, ofrece medio ajuar de su muñeca para arropar al niño; y saliendo unos, y entrando otros, todos charlan á la vez y rien, admirando por adelantado lo *muy propio* que va á estar el peñasco y luciendo á porfía sus conocimientos de Historia Sagrada. De pronto vibran tímidamente las sonajas de una pandereta, introducida *de occultis* en la escuela antes de la hora reglamentaria por una rapaza filarmónica. Gran pánico al oír el sonido delator.

—¡Calla, chica!

—Si te oye el señor maestro...

—Ya sabes que no quiere música hasta la noche... y que se enfada si tocan.

Poco á poco se van calmando los ánimos. El *señor maestro* no ha oído nada. Pero la pandereta, apenas entrevista, ha despertado la admiración de toda la gente menuda, y bien pronto se forma un grupo adulador en torno á su feliz poseedora:

—¿Me la dejas?

—No la toco; es sólo para verla.

—¡Qué bonital!

¡Y tanto! Como que tiene nada menos que una co-

rrida de toros pintada en la piel... y los toreros llevan trajes de plata.

—Tiene sonajas dobles.

—¡Pero es muy pequeña!—arguye con desdén una envidiosa!

La dueña se siente herida en su vanidad de propietaria.

—No, que iba á ser como la que tú tenías el año pasado, que parecía un pandero de húngaro.

Y graciosamente, volviéndose á su corte, añade, para edificación general:

—Me la ha regalado mi padrino, que vive en Segovia... y que es concejal.

El triunfo es indiscutible; la envidiosa enmudece confundida. Reina por un instante el silencio, precursor de los grandes acontecimientos:

—Oye—propone uno de los *mayores*—; si cantáramos una copla...

—¿Y si se enfada el señor maestro?

—Se la cantamos á él, tonto sugiere un diplomático con faldas.

—Bueno, pues á inventarla.

—Pero bajito, ¿eh?

El poeta incipiente murmura, más que dice:

*Tengo que echar una copla
por encima de un...*

—Oye, tú, ¿qué *pega* con maestro?

—Tiesto.

—Eso es muy feo.

Varias voces proponen, sin lograr ninguna satisfacer completamente al corro.

—Mira tú que es palabra difícil...

—Nada, que no sale.

Una idea salvadora.—¿No se llama el señor maestro don Antonio? Pues buscar una cosa que pegue con don Antonio.

—¡Eso, eso!

—¡Demonio!

—¡Jesús!—grita escandalizada la parte femenina de la concurrencia.

—¡Celedonio!

—Oye, tú—protesta indignadísimo un rapaz, que acierta á llamarse como el consonante—, ¡por encima de mí no echa nadie una copla!

--Tonto—interviene la diplomática—, si es cantando; y además, para el señor maestro.

Se unen las opiniones; intentan unirse también las voces; la pandereta preludia *pianissimo*, y estalla, por último, un coro formidable, que canta á voz en grito, poseído del mayor entusiasmo:

Tengo que echar una copla
por encima e Celedonio,
para que Dios dé *salú*
al señor *de* don Antonio.

Y el señor *de* don Antonio se estremece ante aquella inarmónica armonía; se vuelve furibundo hacia el coro; intenta enfadarse, pero acaba por echarse á reír, murmurando benévolutamente:

—Gracias, hijos, gracias; pero no chilléis tanto.

Todos los años se repetían escenas análogas; aquella costumbre de *poner Nacimiento* tenía origen en los tiempos felices, cuando Josefina era pequeña. Por distraer á la niña oficiaba entonces el abuelo de Criador, y arrancaba cumbres enhiestas, escabrosas vertientes, valles amenos, á la *nada relativa* de unos cuantos pliegos de papel de estraza.

La alegría de aquellos muchachos le recordaba las alegrías locas de su nieta; las voces de ellos, la risa de ella, su antigua risa, la que, cayendo sobre su vida como lluvia de gozo, había hecho brotar en aquel campo, viejo y agostado, tantas flores de primavera.

Alborotaban los niños, y no los oía. ¡Cómo había de oírlos, si estaba su alma á cien leguas de allí!

—También en casa del alcalde hay nacimiento; yo lo he visto—afirmó una chiquilla dándose tono:

—¡Toma—replicó el hijo del sacristán—, y en la iglesia también! ¡Y que es tan grande como el altar mayor!

—Sí; pero el del alcalde tiene fuente con agua, y palacio de Herodes con luces por dentro, y una muñeca que es una reina, y baila sola, que la han traído de Madrid.

—¿Y qué?—dijo el levítico interlocutor, afectando despreciar todas aquellas profanas pompas.—El de la iglesia tiene una Virgen de verdad,

Lo contundente del argumento cortó la discusión.

La creación de las montañas había llegado entretanto á término feliz. Don Antonio suspendió sobre sus cumbres la estrella misteriosa. Y parecía, á juzgar por la cara satisfecha del anciano, que el fulgor de los rayos del luminar celeste iba haciendo brotar para él un recuerdo amable ó una esperanza dichosa en cada repliegue con que el papel fingía una escabrosidad de la sierra santa.

XI

Salía de la habitación inmediata rumor de voces, que atraía de vez en cuando la atención del maestro. Como que eran ellas el eco de todo cuanto el corazón le estaba diciendo, mientras daba remate á su tarea.

Allí estaban Lucita y Josefina, amenizando con amigable charla el tiempo que ocupaban en quitar el polvo á las figuras que habían de poblar el Nacimiento de la escuela. Aquellas figuras eran antiguas amigas de Josefina, regalos del abuelo á la niña mimada. Olvidados tenía ya, de puro conocidos, aquellos pastores y aquellas zagalas, que bailaban en las cercanías del portal de Belén la más española de las jotas, al son de la gaita y el tamboril; y aquellos otros que guisaban migas á la sombra de un árbol, florido en pleno invierno, y las caras bonachonas de los magos, que bajaban pacientemente de no se sabe qué ignoradas alturas, erguidos sobre sus caballos, muy peripuestos de corona y manto, empuñando el reluciente cetro, á estilo de reyes de baraja...

—¿Sabes—decía á Lucita—que me entran ganas de

darle un beso á cada uno? Mira el pobre Melchor, igualito que cuando le dejé; dos dedos le faltaban, y ahora le faltan cuatro; es en lo único que ha cambiado... ¡pobrecillo!

—¿Estás contenta?—dijo Lucita con satisfacción.

—Sí, no sé por qué; ya ves, todas las cosas que me recuerdan el pasado me dan tristeza, y estos muñecos me causan alegría... No; no es alegría... es... ¿cómo te lo diré?... me parece que no he respirado hace mucho tiempo, y que ahora se va llenando el mundo de aire... de un aire nuevo, que si me deja la tristeza, me trae la paz, mi paz de niña. ¿Quisieras tú volver á ser niña?

—No—afirmó Lucita gravemente.

—Yo sí; otra vez criatura, siempre criatura, sin saber nunca nada de la vida, olvidando todo lo que he vivido...

—Yo no quisiera olvidarme de nada.

—¿Ni de lo que has sufrido?

—Ni de eso siquiera: yo soy así, muy rara; el mismo cariño les tomo á las tristezas que á las alegrías; en cuanto una cosa ha sido mía, ya no acierto á separarme de ella.

—Te envidio.

—Y yo á ti.

—¿Por qué?

—Porque tú deseas no acordarte de tus tristezas, y cuando se quiere olvidar es que ya está uno en camino de consolarse... ó por lo menos á la mitad.

—¡Ay!— : uspiró Josefina.—Dios te oiga.

—¿Te quieres consolar?—preguntó Lucita con sorpresa.

—No sé lo que quiero.

Callaron. Josefina parecía meditar, mientras limpiaba concienzudamente reyes y pastores; y su meditación debía de ser harto complicada y varia de matices, porque tan pronto asomaban lágrimas á sus ojos como jugaba la sonrisa en sus labios. Intentó hablar varias veces, pero siempre se volvió atrás, como arrepentida de su intento, y acaso, acaso disgustada porque su amiga no se diese cuenta de sus vacilaciones y viniese en su ayuda, reanudando la conversación con su habilidad acostumbrada y ahorrándole el trabajo de romper el fuego; pero Lucita, absorta en sus meditaciones propias, parecía haber olvidado por completo la presencia de su interlocutora y no paraba mientes en su perplejidad.

¡Qué rara era Lucita! ¡Pues no parecía irse poniendo triste, ahora que ella se iba tranquilizando un poco! ¡Tristel!... pero ¿es posible que Lucita pudiese estarlo? Cavilaciones suyas, que, acostumbrada al sufrimiento, le veía asomar por todas partes.

Esperó un momento: la hermana del médico continuó callando. Entonces Josefina, armándose de valor, preguntóle, dando á sus palabras el tono más indiferente que le fué posible encontrar:

—¿Á qué llama tu hermano ser mujer fuerte?

Josefina conocía ya las famosas teorías de Lorenzo acerca de la fortaleza femenina; porque es de saber que, á pesar de sus propósitos, volvió el médico á casa del maestro, y hasta encontró ocasión de predicarlas, aprovechando momentos en que Josefina estaba de espaldas á él, y le dejaba, por lo tanto, libre de la influencia perniciosa de sus ojos entristecidos. No fueron, como fácilmente se adivina, muchos, ni largos, tales momentos; pero la doctrina del médico debía de ser por todo extremo sugestiva, y preocupó hondamente á la nieta del maestro.

—Mujer fuerte...—respondió Lucita.—Eso es algo difícil de explicar, aunque sea fácil de hacer; yo creo que consiste en olvidarse de sí propia en bien de los demás.

Josefina abrió mucho los ojos, deseando comprender mejor.

—Por ejemplo, tú — añadió Lucita — has sufrido mucho; estás triste, es natural; pero como tu tristeza aflige á tu abuelo, debes vencerla.

—Tienes razón, soy muy egoísta; no debiera llorar más que cuando estoy sola.

—No llorar nunca, si es posible.

—¡Y dices que eso es fácil! No puede ser. Algunas veces quiero pensar que hay gentes más infelices que yo; muchas, sí, muchas; yo tengo al abuelo, te tengo á ti; debo estar contenta... Eso lo pienso á ratos; pero luego... no sé por qué... no te rías, ¿oyes?

—No, mujer; luego, ¿qué?

—Luego me da mucha lástima de mí misma... y me pongo á llorar por mis penas como si fuesen de otro. Está mal hecho, ¿verdad?

—No.

—¡Si te lo estoy viendo en la cara! ¿Muy mal?

—Un poco.

—Oye... ¿quieres ser mi maestra... en eso?

—¿Yo?

—Estoy segura de que tú hubieras sido mujer fuerte, si hubieses tenido penas... ¿verdad que sí?

La frente de Lucita se cubrió de sombras.

—¿No quieres? ¿En qué piensas? ¿Por qué te has puesto seria?

—¿De veras?—preguntó Lucita, con acento solemne, inusitado en ella—; ¿de veras quieres aprender á sufrir sin llorar, como dices que yo lo hubiera hecho?

—De veras, sí—repuso Josefina, un tanto confusa.

—Pues bien, si yo hubiese tenido penas...—empezó Lucita, con voz temblorosa.

Miróla Josefina, y tembló también, como sacudida por vibración magnética. Por primera vez tuvo clarividencia de mujer, y adivinó el dolor allí, á su lado, donde sólo se veían sonrisas. Le vió, pero tuvo miedo, y en un arranque de egoísmo inconsciente se colgó al cuello de su amiga y la dijo, llorando:

—No, no, Lucita, no me lo digas, no me digas que también estás triste... ¡por Dios, por Dios!

—No, nena, no—dijo Lucita, generosa como siempre, intentando sonreír.

Pero, contagiada de abnegación, Josefina se arrepintió del pasado egoísmo, y, abrazándola, lloraba y decía:

—Dímelas; dime tus penas... perdóname, perdóname, hermana, hermanita; he sido mala contigo, mala, egoísta... ¡No lo sabía... perdóname... dime tus penas!

—¡No, no!

—Es que no me quieres; porque no soy buena, porque no soy santa como tú...

—¡Qué criatura! Acabarás por hacerme llorar.

Y de hecho lloraba. Lloraba también Josefina, y aquel llanto, el primero que por ajenos dolores derramaba, fué también el primero que acertó á hermosear su rostro de niña.

XII

La historia de Lucita, que Josefina adivinó en un instante de perspicacia y cuya confidencia obtuvo después entre caricias y lágrimas, era, si muy triste, nada extraordinaria. La historia eterna, la de tantas almas que cuidan y acarician, y levantan por ídolo una sola dicha, que al hacerse pedazos les hiere el alma para siempre, convirtiendo su vida en un solo dolor.

Lucita, como muchas, quiso á un hombre; también, como muchas, fué desdichada en su querer; pero, como muy pocas, siguió alimentando el corazón, una vez disipadas las dichas del amor compartido, con las tristezas de los amores solitarios. Sólo las almas serenas, fuertes y bien templadas, sacan heridas perdurables en estas batallas del sentimiento; no son las más apasionadas en la hora feliz, pero sí las más firmes en la hora de prueba... Las almas débiles se mueren ó se curan; las fuertes se salvan siempre, no se curan jamás.

Cuando Lucita acertó á enamorarse, era muy niña. Vivía en Madrid, sola con Lorenzo, que entonces ter-

minaba la carrera, y aunque el amado de su hermana era su amigo y compañero, no se enteró de nada el estudiante, porque la niña, á un tiempo avara y pudorosa, encerró en el mayor secreto sus dichas inocentes.

Tampoco supo nada cuando vinieron las penas; la ausencia primero, el desengaño después. Fué toda la tragedia silenciosa; pasó junto á él de puntillas, cuidadosamente, y, en efecto, no la sintió pasar. Vió á la hermanilla triste, un poco pálida; mas para los hombres, no muy clarividentes en achaques de psicología femenil, pasan inadvertidas muchas medias tintas.

—Un poco de anemia—pensó—, algo de aburrimiento; ¡esta pícara vida de Madrid... y estas chiquillas!

Recetó un tónico, la llevó cuatro noches al teatro, y se quedó tranquilo.

En realidad, tampoco el proceder de Lucita daba motivo á grandes inquietudes. Si ya se reía pocas veces, sonreía siempre, y el único cambio de matiz que en su cariño pudo notar Lorenzo, fué un recrudescimiento de solicitud y cierta inusitada suavidad en la exteriorización del afecto. Ambas cosas estaban muy lejos de ser desagradables, y, por lo tanto, no podían causarle preocupación.

Llegó después el viaje á Fuenclara; el movimiento, el cambio, las agitaciones de la instalación en los primeros días, luego sus tareas de médico, separaron materialmente á los dos hermanos, y Lorenzo no tenía

tiempo para percibir, de cuanto á su hermana se refería, más que los efectos de su cariño. Además, Lucita de todo se ocupaba y hablaba de todo, menos de sí misma.

Poseía para su mal dos contravenenos: bondad innata, que la inclinaba á compadecer todo ajeno dolor, haciéndola olvidarse de sí misma, y una grandísima actividad. Aunque menudita de cuerpo, era fuerte, bien constituída, y la viveza de su sangre joven le estaba á todas horas pidiendo movimiento. Gustaba en toda su plenitud la embriaguez deliciosa del trabajo, del ejercicio físico, y cuando trajinaba por la casa ó el huerto, prorrumpía, sin darse cuenta de ello, en cantatas interminables, con las cuales desahogaba las penas de su corazón. Eran en ella cuerpo y alma compañeros fieles, y acudía el uno á consolar las cuitas del otro con solicitud, más que de amigo, de hermano.

Los quehaceres del *hogarcillo*, como llamaba ella á su casa, las combinaciones de hacienda y cocina, le robaban gran parte del día; y por encima de todo encontró en Fuenclara un interés de compasión que, trocándose poco á poco en cariño, llegó á formar bien pronto, junto con el amor á Lorenzo, el interés único, supremo de su vida. Fué el tal, la tristeza de don Antonio. Vino después la de Josefina á dar nuevo alimento á la generosidad de su corazón. Lucita, empeñada en su obra de consuelo, llegó hasta hacerse alegre para sembrar alegría sobre aquellos tristes, y cuidaba

en ellos la planta pálida y recién nacida con impacencias de jardinero artista. Entonces prescindió de sí misma, y fué casi feliz; pero cuando el maestro olvidó sus pasadas amarguras; cuando Josefina fué pasando, por grados, del gemir al suspirar, y del suspirar al sonreír; cuando sintió la niña que su actividad de consoladora iba ya siendo innecesaria, sus propios dolores fueron, también paulatinamente, resucitando, y como en venganza de la preterición tanto tiempo sufrida, se alzaron con más fuerza de la que jamás habían tenido.

¿Fué ello causado por lo intenso de su piedad, reducida á la inacción? ¿Hubo en su tristeza algo de natural envidia ante la dicha ajena? No era Lucita un ángel, y el fermento amargo de humanidad vive y crece en la sangre más generosa. Acaso, acaso... ¿quién lo sabe, y qué importa? Ello es que Lucita, á medida que sus amigos volvían poco á poco á conquistar la paz, iba lenta y silenciosamente hundiéndose en las aguas amargas del *tædium vitæ*.

XIII

Así pasó el invierno. Hubo celliscas y días serenos, horas de huracán y horas de calma. El cielo, tan pronto sonreía con azul beatitud como arrugaba el entrecejo, poniéndose gris, gris, color de enfado, color de tedio; y la tierra, siguiendo matiz por matiz las veleidades de su soberbio amigo, ora sonreía, ora bostezaba. Así sucedieron á los días lúgubres de Diciembre, las frías serenidades de Enero y las revueltas locas de Febrero, y llegó Marzo, el que amparado con la belleza de cuanto promete, se permite el insolente lujo de no cumplir nada; el mes que en otoño sería triste, y en invierno es alegre, porque vienen, Dios sabe de dónde, á iluminar y perfumar sus nublados y sus ventiscas, ráfagas de algo plácido y amable, tibiezas y aromas, que el hombre, cansado de sentir cierzos y de mirar escarchas, espera y adivina por cuenta propia... y aún agradece, sin duda porque la hora de la esperanza es la hora propicia al agradecimiento, más intenso cuanto más platónico. Y así como para la tierra,

entre alternativas de agitación y de sosiego, fué pasando el invierno para las almas. Continuaba el trato frecuente entre el hogar del médico y el del maestro; y habían formado aquellas cuatro personas varios grupos, amistosos todos, todos diferentes en cuanto al matiz de la amistad.

Seguía la intimidad de don Antonio con Lucita, fundada por una y otra parte en estimación sólida; constante, igual en el maestro, avalorada por el discreto aroma de un recuerdo agradecido; firme también Lucita, pero con bruscas intermitencias de adhesión y de apartamiento. En ocasiones, sentíase la niña un tanto celosa del cariño del abuelo, se creía innecesaria, pensaba que su misión había terminado con la llegada de Josefina, y cedía un tanto de aquella su antigua asiduidad; otras veces, cuando su soledad de alma la atormentaba, vencía reparos, dejaba hablar, libre de vanos razonamientos, á su corazón, y daba y recibía cariño con más afán que nunca.

Josefina y ella habían simpatizado perfectamente. Los caracteres de ambas armonizaban por diversos, y la amable ingenuidad de la viuda destruía cuantas barreras pudieran oponerse á la comunidad de afectos. Josefina, que en los primeros tiempos gustó el placer de ser consolada, una vez embotado lo punzante de su amargura, y en posesión del secreto de su amiga, intentó ejercer á su vez de consoladora; pero aquí es donde la armonía estuvo á punto de quebrantarse,

porque Lucita, avara como siempre de sus penas y de sus goces, arrepintiéndose de la confianza casi en el mismo instante de haberla hecho, no tuvo otro afán que conseguir obscurecerlas de nuevo. Josefina acabó por darse cuenta de aquella singularidad de su amiga, y aunque sin comprenderla demasiado, la respetó en absoluto. Como consecuencia inmediata, las penas de Lucita cayeron—si vale la palabra—en desuso y fermentaron solitarias y ocultas en su corazón.

Josefina dedicó la totalidad de su esfuerzo anímico á la tarea, harto ruda en opinión suya, de llegar á ser *mujer fuerte*, siguiendo las indicaciones de Lorenzo, su severísimo mentor. Y por cierto que las relaciones, cada vez más frecuentes, entre la viuda y el médico, mejor que el nombre de amistad, merecían el calificativo de *paz armada*. De lejos, y en esto coincidían los dos, se juzgaban recíprocamente con severidad inaudita.

—El tal Lorenzo es un impertinente—pensaba Josefina.—¿Con qué derecho viene á *disecarme*, á contradecirme en mi misma cara, á dictarme reglas de vida, ni más ni menos, que si fuese mi director espiritual? Tan frío, tan rígido... De seguro que si alguna mujer se le aparece en sueños, será la mismísima Minerva con lanza y casco. ¡Tonta de mí, que tomo en cuenta sus divagaciones y me empeño en ser como no soy!; de ahora en adelante juro no hacerle caso.

—¡Tonto de mí!—pensaba á su vez el médico—,

¿Por qué empeñarme en cambiar lo que Dios ha hecho? ¿Qué me importa que esa criatura tenga corazón de mujer ó cabeza de pájaro? ¿Que es frívola, que es inconsciente, que no entiende la vida; que ayer lloraba sin motivo y mañana se reirá sin causa? ¿Y á mí qué? Si no es nada mío, si no lo será nunca, si yo no querría que lo fuese... ¿Qué falta le hace, en resumidas cuentas, pensar más alto ni sentir más hondo? Desde hoy, lo prometo, la dejaré en paz.

Y á pesar de tan buenos propósitos por una y otra parte, en cuanto estaban juntos, cosa que sucedía dos veces por lo menos cada veinticuatro horas, él y ella volvían á un tiempo á la cuestión batallona. Lorenzo, animándose, intentaba ensartar sus severos discursos. Josefina, al oír la primera palabra, se ponía muy triste, se confesaba débil y despreciable, se daba á suspirar, y Lorenzo suspendía la perorata, irresistiblemente inclinado á imitarla; enfadábase después consigo mismo, marchábase á toda prisa, las más de las veces sin haber llegado á decir cuatro palabras, á pesar de lo cual ella se quedaba convencida de que había estado severísimo, de que la había dicho verdades terribles, de que aquello no podía seguir así... y eso que el pobre muchacho tenía razón. Y al darse cuenta de verdad tan desconsoladora, rompía á llorar como una Magdalena y corría en busca de Lucita para contarle todos sus pesares.

Don. Antonio, entre tantas revueltas, era la paz. Su

corazón satisfecho, si no llegaba á cantar el *Nunc dimittis*—la vida le parecía más hermosa que nunca—, entonaba á todas horas exaltadísimo *Te Deum*.

¿Qué iba á saber él de malas inteligencias? La *niña* se consolaba poco á poco; todos eran tan buenos y se querían tanto... Él, en pago de aquella dicha que le daban, los quería á todos con amor de padre, casi de creador... ¡y estaba tan contento! Hasta los chicos de la escuela le parecían coautores de su felicidad. Á veces, viendo inclinarse sobre las planas aquel centenar de cabecillas, le entraban deseos de reunir las todas en abrazo inmenso, de estrecharlas juntas sobre su corazón. Y los chicos, con su perspicacia infalible, notaban el caso, y más de una vez, al salir de la escuela, se decían unos á otros:

—¿Habéis visto qué buen genio *que* ha echado e señor maestro?

XIV

—¡Mi santo! ¡Hoy es mi santo!—exclamó Josefina, saliendo de su cuarto, casi al amanecer, un apacible día de Marzo.—¿No me das los días, abuelo?

—Ya lo creo, muñeca; con alma y vida. Felicidades para todo el año.

Josefina se puso un poco triste.

—¿Tú crees que este año me traerá mucha felicidad?

—¡Curiosa! ¿Qué te importa? Mira qué día más hermoso ha amanecido... Gózale y calla.

Calló, en efecto, Josefina, pero por poco tiempo. Estaba en pie, cerca de la ventana, mirando al cielo; de pronto se volvió hacia don Antonio, que se había acercado á la lumbre.

—¿Se acordarán los vecinos?—preguntó.

—¡Qué cosas dices! ¡No han de acordarse, mujer!

Tiene razón el viejo. Los vecinos no están, ni uno ni otro, en situación de olvidar. Tanto se han acordado, que hace ya tres días que Lorenzo fué á Segovia á buscar un obsequio,

—¡Tráete algo muy alegre—le dijo Lucita al despedirse—, muy alegre!

Lorenzo meditó todo el camino. Se le había metido en la cabeza que el regalo había de ser simbólico, algo que expresase en compendio el ideal de mujer que él tenía formado, la transformación que anhelaba en Josefina. Pero el comercio segoviano estaba poco fuerte en simbolismos, y en punto á seriedad y fortaleza, únicamente eran fuertes y serios los ricos paños que poblaban tiendas y más tiendas de la antigua ciudad castellana. Recorrió en vano calles y plazas. Como sucede siempre que se busca un objeto, intentando encarnar en él una idea ó un sentimiento no bien definidos, no halló lo que deseaba. Unas cosas le parecían frívolas, otras pedantes; al cabo hubo de resolverse á comprar algo indiferente, sencillamente bonito, que no dijese nada, que nada pretendiese significar, y eligió una cajita de porcelana, que llenó de dulces, sencilla, vulgarmente linda, con una teoría de chiquillos pintada en la tapa. Apenas realizó la compra, le disgustó; reconcilióse con ella poco después, volvió á disgustarse de nuevo; ya en el camino, de vuelta, interrogóse para conocer la causa de que hubiese llegado á preocuparle tanto cuestión tan baladí, y se dió á sí mismo respuesta en esta frase, que pronunció casi en voz alta:

—Pues, señor, ¡vaya un regalo serio! ¡Es mucho cuento que hasta yo mismo, que siempre estoy predicándole gravedad, la he de tratar como á una chiquilla!

—Ahí están los vecinos—dijo don Antonio.

Entraron Lucita y Lorenzo.

—¡Felicidades!

—Muy bien venidos. Ya estaba esta criatura echándoles á ustedes de menos. Van ustedes á tener que venirse á vivir con nosotros.

Salió á luz pública el regalo.

—¡Qué lindo! ¡Gracias, gracias!

—No es muy de mi gusto —murmuró Lorenzo, casi disculpándose.

—En cambio, á mí me gusta muchísimo —dijo sinceramente Josefina.—¡Qué bonito y qué alegre!... Con estos chiquillos tan simpáticos.

Y acariciaba suavemente la tapa de la caja. Lorenzo experimentó en un solo instante, á propósito de esto, dos sensaciones completamente opuestas. Los halagos de Josefina á la caja parecieron llegarle de rechazo y le llenaron de un goce suave, tibio, casi completamente físico; todo su cuerpo se deleitó al *eco mudo* de aquel ademán caricioso, y al mismo tiempo surgió en su espíritu una ira violenta, irreflexiva, despechada, no sabía por qué, tal vez contra aquellas manos admirables, que se posaban con tan amante solicitud sobre un objeto insensible...

—Sobre un objeto... ¡qué niñería!—pensó, dándose como siempre cuenta inmediata de sus sensaciones.—Parezco, más que amigo gruñón, amante celoso.

Y se sonrojó súbitamente. Aquella palabra, *amante*,

aunque formulada en su espíritu, y sólo por él oída, le produjo pésimo efecto.

—¿Estaré yo—prosiguió preguntándose á sí mismo—en peligro de enamorarme de la viudita?

Parecióle tan impertinente la pregunta, que la dejó sin contestación, y por un esfuerzo violento sobre sí mismo volvió á la realidad.

Josefina continuaba ponderando el regalo.

—¿Te gusta de veras? dijo Lucita. Me alegro, y me he permitido añadir algo por mi parte.

—¡Un pájaro! Un canario.

—Sí: para la jaula, que tienes vacía. ¿No sabes que aquí nos hemos propuesto llenar todos los huecos que la vida pícara ha ido haciendo en ese corazón?

—¡Qué cosas se le ocurren á esta Lucita! —dijo el maestro, que estaba chocho viendo á Josefina tan contenta. —¿Verdad, Lorenzo?

Pero Lorenzo no le oía. Las dos amigas habían desaparecido, entrando en el cuarto de Josefina para dar posesión de su vivienda al huésped alado: hablaban y reían, y toda el alma de Lorenzo estaba pendiente del son de aquellas voces y aquellas risas.

XV

—¿Se puede pasar, señor maestro?

—Adelante. ¡Hola, muchachos!... Josefina, que tienes aquí una visita.

Josefina y su amiga volvieron á entrar en la habitación.

—¡Pasad, pasad!...

Entonces, lentamente, se adelantó un cortejo de criaturas. Era una *comisión*, nada menos; diez de los mejores alumnos de don Antonio que venían en nombre de *la clase*, á felicitar á la señorita Josefina.

No llegaba el mayor de todos á una docena de años: en el campo, los niños abandonan pronto la escuela por el trabajo. Venían muy compuestos, tiesos, casi rígidos, perdida su natural desenvoltura bajo la influencia de *los trapitos de cristianar*. Las madres se habían esmerado en el atavío de sus pimpollos, lavándoles la cara con tal encarnizamiento, que de muchos mofletes sonrosados y relucientes parecía pronta á saltar la sangre; las manecitas, á pesar de ir llegando la

primavera, mostraban casi todas huellas de los recientes sabañones.

Procuraba el más pequeño sostener en alto un ramo de flores, que le ocultaba el rostro por completo; llevaba otro una orla complicadísima, en la cual iba la quinta esencia de los primores caligráficos de la escuela; y el más avisado, sin duda, traía en la memoria un precioso discurso, aprendido en el *Manuscrito*, que empezaba de esta suerte: «Nuestro júbilo al felicitar á usted en día tan señalado, no reconoce límites...»

Alegróse Josefina mirando la infantil comisión, y la animó amablemente para que se acercase. Lucita se colocó á su lado. El maestro adoptó un aire solemne y académico, muy serio en apariencia, sonriendo interiormente ante la ceremonia, que era obra suya. Lorenzo atendía también, interesado por la seriedad con que aquellos arrapiezos venían cocina adelante, y se colocaban frente á la reina de la fiesta, en correcta formación.

—Señorita Josefina...—empezó el orador, en medio de la expectación general. —Señorita Josefina...

La emoción le embotó repentinamente la memoria; el principio del discurso se perdió entre nieblas. Además, el portador del ramo se había colocado enfrente de él, y un rayo de sol, pirueteando entre violetas y rosos, sacaba de sus corolas reflejos irisados que distraían sin duda al genio de la elocuencia. Dominóse, sin embargo, el muchacho, y comenzó á hilvanar la perorata.

-- Al felicitar á usted en día tan señalado...

¡Dios mío! El ramo, escapando de manos de su diminuto portador, dió en tierra y llegó rodando á los pies de Josefina, que se inclinó para cogerle, distrayendo su atención del discurso: el felicitante se detuvo; cuando Josefina levantó la cabeza, intentó reanudar la pomposa oración, pero le fué imposible; perdióse en un laberinto de palabras. Todas las letras del manuscrito bailaban danzas desaforadas en su cerebro; quiso aquietarlas, no pudo lograrlo, y tras cinco minutos de inútil balbuceo, rompió á llorar. Los demás le miraban desconcertados; el maestro aumentaba en seriedad... Hubo un momento de silencio embarazoso, pero Lucita se acercó al *fracasado* y le consoló con cuatro carantoñas; unos bollos, oportunamente presentados por Josefina, reanimaron por completo á la cariacontecida comisión, que poco después salía á la calle brincando y riendo.

XVI

—Comerán ustedes con nosotros...

—Y después daremos todos juntos un paseo, á menos que usted, Lorenzo, no tenga mucho que hacer.

Lorenzo no tenía mucho que hacer. Cuatro días hermosos habían curado como por ensalmo á todos los enfermos del valle. Unicamente en el Bosque, en el pico más alto del cerro, había una chiquilla con fiebres; pero, si querían acompañarle, dirigiendo hacia allí el paseo, y esperar un poco mientras hacía la visita...

—¡Con mil amores!

Comieron de prisa —era preciso aprovechar las horas de sol— y hablaron poco durante la comida. Todos estaban, á su pesar, impacientes; todos atisbaban por el hueco de las ventanas el cielo azul: parecían esperar algo muy bueno de aquella caminata al aire libre, primera que daban reunidos.

Por fin salieron de casa. Como día de fiesta, había baile en la plaza del pueblo, y venían traídas por el

aire, haciéndose graves al pasar por el Arco, las agudas notas de la gaita. Esquivando el bullicio, internáronse en las complicadas callejas de la villa y fueron á salir detrás del castillo, junto al río, precisamente en el lugar en que desparramaba el puente derruido los vestigios de su antigua fortaleza. Era imposible pasar sobre él; pero aprovechando las piedras que la ruina desprendió de sus jambas, habían los vecinos echado sobre la corriente unas pasaderas.

El río, al acercarse á los muros del castillo, entraba en terreno llano, y se hacía silencioso, profundo. La sombra de las ruinas obscurecía las aguas, convirtiéndolas en espejo negro, que reflejaba las líneas rotas del gótico edificio; en la orilla, los escombros aplastaban la vegetación, que procuraba abrirse paso, merced á sabias dislocaciones; colgaban por todas partes flecos y melenas de musgo. Al otro lado, ondulando por las vertientes suaves de una loma, se extendía el Bosque; era un amplio terreno cercado, con gran puerta de hierro, que daba sobre el puente. La puerta permanecía siempre cerrada; pero la cerca, derruida en varios sitios, dejaba paso franco. El terreno del bosque estaba inculto, cubierto de carrascas, de jaras, que comenzaban á abrir algunas de sus flores blancas, y de brezos, todavía sin flor. Antiguamente el Bosque, dependencia del castillo, y como él propiedad de uno de los primeros títulos del reino, estuvo poblado de encinas y robles; pero los dueños, abrumados por ne-

cesidades y con trampas de la vida cortesana, habían ido recurriendo á la venta de leña, haciendo cortar árboles, sin pensar en renovar su plantío, y hoy de toda aquella pompa forestal, sólo quedaba en pie una encina retorcida, nudosa, achaparrada, que hacía esfuerzos por erguirse sin conseguirlo nunca, junto á la casilla destinada á vivienda del guarda y apeadero de caza, que campaba en lo más alto de la loma, destacando su silueta en el aire azul, como suspendida entre cielos y tierra. En la casilla estaba la enferma que Lorenzo pensaba visitar.

Descansaron un momento á la orilla; después, Josefina saltó resueltamente á las pasaderas, y bien pronto estuvo en medio del río; detúvose entonces, llamando á los otros, que aún no habían empezado á pasar. Recogíase la falda, que llevaba á la última moda, larga y muy ceñida; pero la sostenía con tal gracia y tan levemente, que casi parecía estar lamiendo el agua con sus pliegues; reflejábese su figura negra en el espejo oscuro, alargándose al confundirse la realidad con la imagen, y parecía como si fuese su gallardo cuerpo prolongación de las sombras del río, como si hubiese nacido en lo hondo y fuera levantándose por magia; y era de tal manera obsesionante la idea de aquella ascensión lenta, que se esperaba ver tocar en el cielo su frente blanca, coronada de rizos.

Los tres acompañantes, sugestionados por aquel su fantástico aspecto, permanecían quietos en la orilla.

—Pero, vengan ustedes; venga usted, Lorenzo. No tan de prisa, que va usted á darse un chapuzón... ¿Que si salta usted? Ahora mismo... ¿Que no cabemos los dos en la misma piedra? ¡Ya lo creo! Ajajá; ¿lo ve usted? ¡Si todavía estamos anchos! Si es una isla, una verdadera isla... ¡nuestro reino! ¿Le gustaría á usted ser rey?

Lorenzo, mareado por completo, muy cerca de la viuda, porque la piedra, á pesar de las afirmaciones de ella, no permitía gran separación, no sabía qué contestar á aquel diluvio de palabras; por fin, salió del paso con una tontería:

—De un reino tan pequeñito como éste... y con usted, por reina.

Avergonzóse de sí mismo en cuanto se le escapó la vulgar galantería. Josefina, en cambio, sintió al oírlo un golpetazo de emoción; se puso muy pálida, después muy encarnada, y, no sabiendo cómo ocultarlo, dijo:

—Mire usted un pececillo que va á esconderse detrás de aquella piedra... allí.

Al seguir Lorenzo su indicación con la vista, tropezó en la superficie de las aguas quietas con la imagen de Josefina y con la suya propia, unidas á veces por el temblor de la corriente, y se quedó mirando, mirando...

Josefina, al moverse, hizo caer un fragmento de piedra. Deshízose en círculos la quietud del agua, y se quebró la imagen en pedazos.

Lorenzo, que estaba por completo *ausente*, se volvió indignadísimo.

—¡Jesús, que me va usted á dejar caer!

Y haciendo milagros de equilibrio, saltó ella á la otra piedra y de allí á la orilla.

—¿Qué miraban ustedes en medio del río?—preguntó don Antonio, que se les reunió bien pronto con Lucita.

Josefina se puso muy seria; miró á Lorenzo, y al ver la cara entre emocionada y confusa de él, se le despertó en el alma, sin saber por qué, una alegría loca, y respondió, riendo á carcajadas:

—¡Sombras chinescas!

XVII

Volvían al caer la tarde, é iban los cuatro sumidos en silencio melancólico. En la primera parte del paseo habían, tal vez, derrochado demasiado caudal de alegría, y ahora, sin darse cuenta de ello, iban sufriendo la reacción.

Todos se emborracharon de sol; corrieron, como chiquillos en libertad, cuestas arriba; charlaron y rieron, hablando de todo y de nada, contándose cien veces lo que ya sabían, como si hubiesen olvidado que existe la tristeza.

Ahora callaban; el sol, tras una puesta radiante de sangre y topacio, se había hundido detrás de los cerros; la tristeza del crepúsculo les penetraba cuerpo y alma, envuelta en la frialdad de las nieblas que se alzaban del río.

Lorenzo y Josefina iban delante, bastante separados, caminando con cierta refrenada impaciencia, sin saber si contentos ó disgustados uno de otro. En los choques primeros de dos almas siempre saltan chispas, y

es raro que no deje alguna de ellas escozor de quemadura.

Don Antonio y Lucita iban detrás, andando muy despacio.

Llegaron de nuevo á la orilla del río. En las aguas, más negras que nunca, temblaban las primeras estrellas.

—Parecen las luces de un entierro—dijo Lucita.

—¡Jesús, chiquilla!—replicó el viejo estremeciéndose—; ¿por qué se te ocurren ahora esas cosas tan tristes?

—Tal vez sea más triste vivir que morirse.

Hablaba consigo misma.

—No digas tonterías, criatura.

Atravesaron el pueblo en silencio. El baile había terminado; todo callaba: únicamente de las puertas de algunas tabernas salía luz y ruido.

—¿Quieren ustedes pasar?

—No, no—dijeron á un tiempo Lucita y Lorenzo.

—Adiós, entonces.

—Adiós.

—Hasta mañana.

—¿Te has divertido, nena?—preguntó el abuelo, cuando hubieron entrado en casa.

—Sí, sí—replicó Josefina en tono displicente. Y dando media vuelta, se encerró en su cuarto.

—Pues, señor—dijo el maestro deteniéndose, perplejo, en medio de la cocina.—¿Qué diablo les ocurre á estas criaturas?

No sé si fué el viento, si fué la lumbre, si fué algún geniecillo travieso y desocupado; pero en la obscuridad pareció responder á su pregunta el leve estallido de una risa burlona.

* * *

Dos días después del santo de la nieta, cayó enfermo el abuelo. Las corrientes de emoción, despertadas en aquel memorable paseo, parecieron interrumpirse por completo, cediendo su lugar á los naturales desvelos é inquietudes, tanto más, cuanto que el médico se mostró en los primeros momentos bastante intranquilo. No era una dolencia grave, pero la ancianidad del paciente inclinaba á temer.

Josefina, que en un principio había traducido la inquietud por abatimiento y cobardía, sumiéndose en un dolor estéril, reaccionó bien pronto, animada por el ejemplo de Lucita, y se instaló á la cabecera del maestro.

Era su espíritu como tierra fértil, en que todas las flores de sensibilidad hallaban pronto y completo desarrollo; y tanto como fueron intensos los dolores fundados en la compasión de sí propia, fué grande y sostenida su constancia en aquella obra de abnegación á que la impulsaba el cariño. Una vez decidida á cumplir sus deberes de enfermera, puso en su cumplimiento la perfección del cielo, y durante el mes largo en que don Antonio se vió obligado á guardar cama, no se apartó de la alcoba un solo día, ni consintió en

descansar más que junto á la cama del abuelo. Únicamente cuando Lucita ó Lorenzo, que compartían alternativamente con ella las vigiliás nocturnas, venían á quedarse, solía, obligada por ellos, hacer una escapatoria á su cuarto, y allí, encerrándose, abría la ventana, y apoyando la cabeza en los hierros, hundía la mirada en la noche y respiraba el aire libre, en cuya frialdad infundía la ya cercana primavera tal cual fugitiva tibieza.

Lucita se pasaba la vida en casa del maestro. El voluntario retraimiento de Josefina había puesto de nuevo en sus manos el cetro de aquel hogar, que dirigía á la vez que el suyo, encontrando tiempo de sobra hasta para dar una vuelta por la escuela, encomendada, durante la enfermedad del maestro, á los cuidados no muy inteligentes del sacristán.

Lorenzo entraba y salía continuamente. Josefina, ni de su presencia ni de su ausencia parecía percatarse: sólo cuando hablaba como médico se acercaba á él, pendiente de sus labios, atenta á sus palabras, adivinando la esperanza ó el desaliento en el más imperceptible cambio de voz. Él la contemplaba en silencio, viéndola ir y venir con graciosos movimientos de hormiga, á un tiempo lentos y apresurados, y cuando su gallarda figura pasaba del ser al no ser, confundiéndose con las sombras de la alcoba, le parecía como si todo en su interior quedase en tinieblas, como si aquellas sombras robadoras del arrogante cuerpo cayesen á

plomo sobre su corazón... Y es que, realmente, era entonces Josefina otra mujer: ahora que no pensaba en parecer fuerte, había encontrado el secreto de la fortaleza, y olvidándose de sí misma, alcanzaba la suprema elevación femenina.

Poco á poco se inició el alivio, y la enfermedad llegó á su fin en los últimos días de Cuaresma.

XVIII

Los solemnes misterios de la Semana Santa parecían flotar sobre el pueblo, envolviéndole en sagrada melancolía.

En las aldeas, aún es la religión quien dirige y marca, si no la vida interior de las almas, á lo menos la existencia exterior, la sucesión de cosas y hechos: se cuentan como fechas, no los meses y los días, sino las festividades de la Iglesia. La pompa del culto, único aparato de fiesta que es dado contemplar allí, parece como que ata los espíritus con la fuerza de las imágenes bellas, ó á lo menos vistosas, y el pueblo, aunque en general harto ignorante en materias de religión, vive instintivamente la vida de la Iglesia, aprisionado en la corriente de belleza que de ella se exhala. Lucita iba y venía de casa al templo, callada, serenamente triste, como si hubiese hallado su estado de alma eco simpático en la melancolía de la Gran Semana.

Josefina se sustrajo por completo á toda influencia exterior: la iniciación de la esperanza, sobre la cual flotaban como en mar encalmado de pronto restos de las

pasadas inquietudes, la absorbía por completo. Atenta á ver mejorar al enfermo, no supo que pasaban los días. Terminó el invierno; llegó la primavera; amaneció Abril, despertaron los primeros nidos, y ella, oculta entre las sombras de la alcoba, no asistió á la resurrección de la Naturaleza.

Llegó el sábado.

—Mañana—dijo Lorenzo—podrá levantarse nuestro enfermo.

Amaneció el domingo: hasta el sol traía cara de fiesta. Don Antonio, impaciente, apresuró la hora de levantarse.

—Me encuentro muy bien, muy bien...—repetía después á cada instante.—¿Podré dar una vuelta por el huerto?

—Cuando entre más el día—respondió el médico.

Todos rodeaban al anciano; él los contemplaba con íntima satisfacción. Pasando de uno á otro, detúvose su mirada en el rostro de Josefina:

—¡Qué pálida estás, nena!

—Como que lleva un mes sin salir de esta alcoba—dijo Lucita.—Ella es la que debía dar un paseo.

Animóla el anciano, y salió seguida por Lorenzo.

—¿Teme usted que me desmaye cuando me dé el aire?—preguntó ella alegremente.

Lorenzo no respondió.

Salieron al huerto, que estaba lleno de sol. Una ráfaga de aire, vibrando en luz, impregnada de olor á

violetas y narcisos, les dió en la cara. Josefina vaciló un momento, poniéndose aún más pálida, como embriagada súbitamente por aquella marea de vida, y extendió un brazo para buscar apoyo en el tronco retorcido de la parra; no llegó á alcanzarle, porque Lorenzo rápidamente se apoderó de aquella manecita que buscaba sostén y la estrechó entre las suyas, con presión á un tiempo enérgica y acariciadora:

—¿Qué tiene usted?

—Nada, nada; el aire, la luz... Ya estoy bien.

Se apartó un poco de él, y fué á sentarse en un banco de piedra, junto á la puerta. Levantó la cabeza, apoyándola en la pared, y cerró los ojos. Oleadas de sangre le subieron al rostro, y luchando contra su palidez, la vencieron, cubriéndole en un instante frente y mejillas con tintes levemente acarminados. Entreabrió los labios, y empezó á respirar de prisa y con fuerza. Primero estaba seria, pero poco después, sin abrir los ojos, sonreía. Lorenzo, en pie delante de ella, la contemplaba atentamente, casi con devoción, como quien está viendo pasar el misterio. Transcurrieron así algunos instantes. De pronto deshizo la quietud del aire y rompió su silencio el repiqueteo vocinglero de las campanas tocando á fiesta. Josefina se puso en pie, sobresaltada, como si volviese de otro mundo.

—¿Qué es eso?

—Es Pascua florida—dijo Lorenzo, deteniéndola con suavidad.

—¡Pascua florida!... ¡Ah, sí! ¡Cristo que resucita!...
¡Pascua! Si no me acordaba...

Continuaban las campanas su alegre vocinglería: primero los graves sonos del solemne volteo; después la mezcla de bajos y de agudos, que alternativamente parecían decir, preguntando y respondiendo: «¿Es fiesta?» ¡«Es fiesta!» Por último, el esquilón que repicaba solo, dominando el tumulto con su voz chillona y dando vueltas de loco, gritando: «¡Pascua florida! ¡Pascua florida! ¡Pascua florida!»

—Todo resucita—dijo Lorenzo gravemente, hablando como de muy lejos, como si su alma hablase por él.

—¡Todo!—gritó la tierra, vibrando estremecida por los besos del sol y el estruendo de las campanas.

—¡Todo!—respondió Josefina con lentitud, también ausente, también en absoluto substituída por la potencia de su alma.

—¡Todo!...—volvió á decir Lorenzo;—la tierra y el cielo.

Y ella repetía lo que él iba diciendo, maquinalmente, casi en voz baja.

—¡El cielo, el alma!...

¿Á qué seguir? Ni uno ni otro sabían el sentido de aquellas palabras que iban pronunciando.

Tal vez envió el cielo á la tierra una vibración más intensa de luz; tal vez se alzó en el aire una ráfaga más penetrante de aroma... ello es que en un momento, im-

pulsados los cuerpos por el empuje incontrastable de las almas, se unieron sus manos...

Alzó ella los ojos, y vió en los de Lorenzo algo que nunca en ninguna mirada humana había acertado á ver: acaso el resplandor de su dicha, que creía muerta porque aún no había nacido, perdida para siempre, porque no pasó nunca al alcance de su mano; comprendió que jamás había sido desgraciada, porque hasta aquella hora no empezó á ser feliz. Y él vió en la expresión de aquel rostro infantil, que parecía estar pidiendo protección á cambio de cariño, su misión de hombre que conduce por los caminos de la vida á un alma-flor; y contemplando la frente blanca y tersa, coronada de rizos, pensó con terror en que alguna vez pudiera nublarse á la sombra de un pensamiento grave ó á la tristeza de una preocupación. No, no; siempre así, siempre riante, siempre ligera, siempre criatura...

—¡Siempre!—dijo en voz alta.

—¿Siempre, qué?—preguntó Josefina.

—Siempre mi alegría; cantando siempre.

—Eso sí — afirmó ella con ingenuidad encantadora— pero ¿y la fortaleza?

—Silencio—dijo el médico—; dejemos dormir al pasado.

Se puso tan serio para decirlo, que ella se echó á reír, y aquella risa firmó el pacto de amor entre sus almas.

—¡Bien, bravo!—gritó el abuelo, viéndolos con las manos enlazadas y los ojos radiantes.

Venía acompañado de Lucita.

Lorenzo y Josefina se separaron rápidamente; el rostro de ella se cubrió de rubor.

—No hay que asustarse—dijo el maestro—. ¡Miren y qué callado lo tenía la mosquita muerta! ¿Qué se hicieron esas penas eternas?

—Enterradas, abuelo, enterradas—rió Josefina.

El médico, sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, abrazó á su hermana.

Sonaron de nuevo las campanas.

—¡Á misa!—exclamó Josefina, que, como mujer, había recobrado mucho antes que Lorenzo el pleno dominio de sí misma.

—Sí, sí; vayan ustedes—dijo el abuelo—; es necesario santificar las fiestas y celebrar el acontecimiento.

—Voy por mi mantilla. ¿Vienes, Lucita?

—Yo fui á misa primera. Me quedo cuidando al enfermo.

Así se hizo. Josefina y Lorenzo salieron juntos. Iban, al parecer, muy graves y callados, pensando los dos en cómo se explicarían uno á otro lo inexplicable. El abuelo se había sentado en el banco de piedra, y mirándolos alejarse sonreía.

—Pascua florida... ¡y bien florida, gracias á Dios! ¿verdad, Lucita? Pero ¿qué tienes, criatura?... ¿Por qué esa cara seria? ¿Es que estás triste? ¿Qué te pasa?

Lucita, sin hablar, se acercó al anciano, se sentó en sus rodillas, y reclinando la cabeza en el hombro de su amigo, rompió á llorar.

Don Antonio la miró perplejo; no entendía el por qué de aquellas lágrimas.

—¿Qué te pasa, chiquilla? —repetía.

—Nada, nada... ¡todos felices!

El maestro, encastillado en su inocente optimismo, creyó comprender.

—¡Tonta! —dijo abrazándola—. ¡Qué buena es esta criatura! ¡pues no está llorando de alegría!...

ALMAS AUSENTES

I

Dejando la empolvada carretera que se arrastra pezonesamente entre campos cubiertos de erizado rastrojo, nos internamos en el pinar.

El vientecillo que se alza casi siempre en el verano al caer la tarde, movía el ramaje de los pinos y desprendía de ellos aromas saludables. Las briznas caídas cubrían el suelo, que sonaba á alfombra. Tras el pinar, sobre una elevación del terreno, ostentaba el manicomio el conjunto vagamente morisco de sus pabellones cuajados de ventanas en ajimez. Las rampas de ascenso serpenteaban entre cepas de viña.

El cielo, casi negro al Oriente, ibase aclarando poco á poco, pasando por toda la escala de lo azul, y fundiéndose hacia Poniente en tonos verdosos y pajizos, salpicados de nubes rosa y amaranto. Habíase apagado ya el incendio de la puesta de sol. Reinaba la paz en todo el horizonte; únicamente, de entre la mole del manicomio, alzábanse á modo de aureola llamaradas de rosa que daban al edificio aspecto fantástico y

aéreo como si estuviese iluminado por gigantescas bengalas.

Andábamos de prisa y en silencio. El amigo que me acompañaba, á quien yo había rogado me sirviese de introductor cerca del director del manicomio, calificaba de manía y rareza mi afán de vivir entre locos una temporada, y viendo el desatino próximo á consumarse, se encerraba, á guisa de protesta, en obstinado silencio.

Yo tampoco me sentía dispuesto á la conversación, ocupadísimo como estaba en saborear la golosina de mis futuras y, á no dudar, interesantes observaciones.

Llegamos. En la puerta de la administración, el director conversaba con varios empleados: su aspecto patriarcal me sorprendió. D. Pablo era hombre que frisaba en los cincuenta, de mediana estatura, de pelo y barba blanca, ademán reposado, expresión bondadosa y mirada incierta. Interrumpía á menudo una sonrisa la gravedad serena de su rostro; hablaba despacio, en voz sumisa, sin el menor asomo de autoritario desplante. Nos recibió con amable cortesanía, inquiriendo el objeto de nuestra visita.

—Desearíamos—comenzó mi amigo—tratar con usted un asunto concerniente al establecimiento.

Condújonos, entonces, atravesando corredores y jardines á su despacho, y cerró la puerta.

—Ustedes dirán.

—El señor es literato—dijo mi amigo, acompañando

el anuncio de mi profesión con nutrida letanía de elogios. Era acaso el único admirador de mi humilde personalidad artística—. Proyecta una obra acerca de la locura, y desearía, con el fin de hacer observaciones, vivir una temporadita entre locos. Hemos creído que la amabilidad de usted...

Al llegar á este punto del discurso, don Pablo levantó la cabeza y me dirigió una mirada extraña. Le leí en los ojos el pensamiento. Figuróse que yo era un loco, un *enfermo* como ellos dicen, y aquello de la literatura y de la observación no más que subterfugio de mi amigo para conducirme sin violencia al manicomio. La expresión más que rara que el azoramiento me estampó en el rostro, debió de confirmarle en su opinión.

—Muy bien, muy bien...—murmuró sin dejar de mirarme, y llamó aparte á mi amigo, el cual, sin duda, pudo explicarse satisfactoriamente, puesto que á poco rato don Pablo estaba á mi lado poniendo á mi disposición su persona, su experiencia y su manicomio como campo de estudio.

—No es la costumbre—dijo ; pero una vez, y contando con la discreción de usted...

Me deshice en protestas de agradecimiento.

—No vale la pena—replicó el director—. Tal vez no encuentre usted en la observación todo el interés que de ella se promete. La locura real es muy distinta de la locura literaria, es decir, de la que los literatos

imaginan, á juzgar por sus obras. No espere usted encontrar en las manías de los pobres enfermos restos ni huellas de tragedias pasadas, hilos de drama, ni siquiera indicios de novela. Nunca causas morales son origen de enajenación mental; si alguna vez la determinan es porque el sujeto estaba predispuesto á ella. No hay desdichas, no hay choques pasionales capaces de trastornar una cabeza bien equilibrada. Créame usted: el que por cualquiera de estas cosas se vuelve loco, es porque ya tenía *poco que perder*. Y otra cosa no menos contraria á la opinión corriente. Raro es el enfermo que conserva en su delirio reminiscencias del motivo ocasional de su locura, ni siquiera de su condición anterior; si acaso algo recuerda, es invirtiendo por completo la realidad. Un banquero riquísimo cree que está arruinado; un sabio, un poderoso, tiene la manía de la humildad; otro que nunca fué nada se cree Dios. Por eso me indigna casi todo lo que en literatura se ha hecho respecto á esto.

Se había animado y echaba chispas por los ojos. Después, serenándose, prosiguió:

—Perdone usted... es tema que me saca de quicio. Hay, sin embargo, algunos locos artistas que conservan, no sólo recuerdo, sino dominio perfecto de su arte. Acaso esto depende, y no se enoje usted—añadió dulcificando la opinión con una sonrisa amable—de que el ejercicio del arte constituye por sí solo principio de locura.

Convine en ello: hablamos aún por breve espacio: se despidió mi amigo.

—Cuidadito con el contagio—dijome á guisa de saludo.

—¡Oh!—afirmó don Pablo—creo que haría un pupilo excelente.

Y volviéndose á mí:

—Usted dispensará que le deje; pero se acerca la hora de la cena y tengo que hacer. Como no siempre podré estar á su lado, aunque desde luego y para todo puede usted contar conmigo, voy á proporcionarle un *cicerone* que espero será de su gusto.

Y asomándose á una ventana llamó:

—¡Lorenzo! Es un muchacho singular—prosiguió—, digno de estudio y que le interesará seguramente. Fíjese usted que teniendo familia y posición desahogada, sin causa aparente que motive su determinación, lo ha abandonado todo para consagrarse al cuidado de los locos, y va de manicomio en manicomio haciendo papel de hermana de la caridad. Hace un año que está en la casa, y le llamamos «el loquero santo».

Entró Lorenzo. Tendría de treinta á treinta y cinco años: era alto, moreno, de ademán resuelto y rostro inteligente; pero no tenía nada de heroico, ni siquiera de ascético en la expresión ni en la actitud. Un hombre como tantos otros, más simpático que muchos, y nada más. Llevaba en la mano la gorra blanca, único distintivo de los empleados de la casa, que se había

quitado para entrar en el despacho, y nos saludó con desembarazo y amabilidad.

Don Pablo hizo las presentaciones, insistiendo sobre lo muy útil que la experiencia de Lorenzo podría ser para mis estudios: le encargó de instalarme y salió, rogándome que no faltase á la hora de la cena.

Quedamos un instante en silencio. La persona de Lorenzo me atraía con sugestión simpática, y no sé por qué me sentí arrastrado á decírsele.

—Creo que seremos amigos.

Lorenzo pareció vacilar; pero al cabo dijo sonriendo:

—Espero que sí...

Y me apretó la mano que le había alargado.

Bajo tan buenos auspicios empezó mi residencia en el manicomio.

Lorenzo, después de darme posesión de la estancia que se me había destinado, se retiró, dejándome entregado á lavatorios y cepilleos sin cuento.

Mi cuarto, en la planta baja, era espacioso y cómodo. Dos ventanas con reja abrían sobre la explanada anterior al edificio y dominaban la vertiente plantada de viñas, el pinar, la carretera y varios pueblecillos, rodeados de árboles, que limitaban el horizonte.

Al encontrarme solo, pensé por primera vez desde que había entrado en el manicomio. Quise ver claro en mí, y me encontré en el espíritu extraña sensación de anonadamiento; pero ni una sola idea fija. Parecía-

me tener en el cerebro singular cinematógrafo. Recordaba que al venir había ido encontrando por el camino locos que volvían de paseo acompañados de loqueros, y algunos de sus familias. Casi todos traían aspecto resignado, hablaban gesticulando con animación, y ni uno solo había dejado de saludarnos cortésmente quitándose el sombrero. Recordaba también que al llegar, varios enfermos asomados á las ventanas, con el rostro pegado á la reja, nos saludaron con gritos, risas y burlas, porque en general son estos infelices extraordinaria y afortunadamente burlones.

Sonreíame, en no sé qué ignoradas profundidades del cerebro, la figura patriarcal del director, aquel sabio famoso en toda España y acaso fuera de ella, y parecíame el amplísimo chaleco blanco que ceñía su torso robusto algo como sonrisa interminable de su corazón generoso. Después, la simpática personalidad del loquero santo se presentaba á mi imaginación como esfinge amable, poseedora de algún secreto de vida, y me prometí firmemente sondearle con maña: alentábame para tal empresa la simpatía que á un tiempo y mutuamente parecía habernos cogido á traición.

Aún me esforzaba en sacar siquiera una idea del caos de mis impresiones, cuando el vibrar de la campana anunció la cena. Varios locos pasaron precipitadamente por delante de mis ventanas. Ya iba yo á salir, cuando uno de ellos metió la cabeza entre los

barrotes de la reja, y gritó con voz estentórea, tremebunda:

—¡Viva la Inquisición!

Después, viendo mi asombro... por qué no decirlo, mi poquito de miedo, lanzó á los aires la más homérica, resonante y satisfecha carcajada que he escuchado en mi vida, y siguió corriendo.

II

Delante de la puerta del comedor habíanse reunido hasta cincuenta enfermos. Cuando yo bajé, aún llegaban algunos rezagados por corredores y pasillos. Todos parecían esperar con impaciencia; pero estaban relativamente silenciosos. Observé que la mayoría habíanse vestido con esmero para asistir á la cena.

Aún no habían abierto las puertas, y Lorenzo aprovechó la espera para presentarme uno de los enfermos más singulares, un indiferente diría, más *divertidos* de la casa. Todos en el manicomio le llaman don Luciano, y tiene manía de justificación; recuerda con cierta claridad su vida; relata sus actos de locura; pero intenta demostrar que todos son naturales, lógicos, inevitables, y que no merece á causa de ellos ser tachado de loco y tratado como tal.

—Vean ustedes—decía, gesticulando con animación—; se empeñan en que estoy loco porque pegaba á mi mujer; dicen que la hice morir con mis malos tratos... ¡Es falso! En primer lugar, mi mujer no se ha

muerto, ¿se ha roto! Y después, ¿no ejercitaba yo al pegarla mi derecho de esposo?

También es aficionadísimo á interpretar y descubrir misterios, y apenas á mi lado, quiso explicarme, á su modo, el de la Santísima Trinidad. Al llegar aquí, Lorenzo me hizo seña, y me separé de don Luciano, que empezaba á excitarse más de lo regular. Él siguió hablando consigo mismo. Los locos rara vez entablan conversaciones unos con otros; ó *monologan* ó *discursan*, tomando por auditorio lo primero que encuentran al paso. La oratoria es, tal vez, la manía más general entre ellos.

Abrióse la puerta del comedor. Sólo van á él los enfermos pacíficos, y están distribuidos en tres mesas. El director preside la del centro, colocada en tal disposición, que alcanza con la vista las otras dos.

Entré cuando ya todos estaban colocados, y me sorprendió el profundo silencio. Yo había esperado bullicio y desorden; por el contrario, la calma era absoluta. Algunos gesticulaban mirando su plato, al que dirigían en voz baja discursos más ó menos patéticos. Varios loqueros paseaban entre las mesas, y médicos y practicantes comían mezclados con los enfermos. El director, que me había colocado á su derecha, se dirigía á intervalos, ya á unos, ya á otros; casi todos le contestaban con cierta concertada incoherencia, algunos con perfecto buen juicio y cabal razón.

Yo observaba tipos. En nuestra mesa, dos me lla-

maron principalmente la atención. Uno de ellos, el señor de Requena, opulento capitalista cubano, cuya locura, en general inofensiva, presentaba la variedad de formas más extraordinaria. Ya le había visto en el pasillo, mirando á la pared, fingiendo hablar por teléfono con una imaginaria Victoria, sin duda su esposa ó su ama de gobierno, á la cual daba orden tras orden; lo particular del caso es que sostenía con admirable locuacidad las dos voces del diálogo. Ahora comía en silencio, al parecer absorto en la grata ocupación.

Tendría el señor de Requena cincuenta años; era alto, de aspecto señorial, el cabello y la barba bien peinados, pero el traje compuesto de prendas harto heterogéneas. Parece que tenía la obsesión del cambio, y que á toda hora, y bajo cualquier pretexto, realizaba permutas con sus compañeros de desgracia en el ramo de prendas de vestir.

El otro infeliz era de aspecto exaltado; tuvo un acceso de enfado contra un camarero á quien reprendió severamente, aunque sin gritar.

—¡Siempre lo mismo!—decía.—¡Siempre! ¡Vale la pena de ser Dios para que se le sirvan los huevos fritos con petróleo! Á mí, ya ve usted, á mí—prosiguió encarándose conmigo, á quien sin duda en calidad de forastero juzgaba más propicio á las confidencias.—¿Sabe usted lo que he hecho mientras llegaba la hora de comer? Noventa soles había... ¡ya ve usted qué derroche! Yo pensé que con dos tendríamos bastante

y he ido apagándolos poco á poco. Ya no quedan más que esos. ¿Usted cree que estaremos peor? Antes de entrar conseguí tocar á uno de ellos con la punta del dedo.

Me apresuré á demostrarle mi admiración y mi asentimiento; no se ocupó, sin embargo, mucho tiempo de mí, y continuó comiendo, y protestando contra la irreligiosidad del cocinero.

Hubo un momento de silencio. Yo pensaba, y me ahogaba de tristeza la lúgubre reunión de aquellos hombres, tan cerca unos de otros, y unos á otros tan ajenos, tan inconscientes de las vidas que á su lado se agitan, como ajenos é inconscientes unos de otros son los millares de átomos de polvo que giran arrastrados por un mismo ciclón.

Y no exagero. Á mitad de comida, uno de ellos se puso en pie, se irguió con arrogancia, y dirigiéndose á la puerta, increpó duramente á Gonzalo de Córdoba que tardaba en venir, después de haberse brindado, por lo visto, á servirnos de entremés. Como la excitación del pobre hombre iba en aumento, acercóse á él un loquero y le invitó á seguirle. El loco obedeció sin protestas, y abandonó el comedor, vociferando siempre contra el malaconsejado Gran Capitán, que de modo tan felón se permitía faltar á sus compromisos. Los demás enfermos continuaron comiendo; ni al marcharse aquél, ni al oírle gritar, hubo siquiera uno que por curiosidad volviese la cabeza.

En las otras dos mesas se desarrollaban escenas análogas. Más que los locos interesóme en una de ellas, con no sé qué extraño y repulsivo interés, uno á modo de practicante ó médico auxiliar, que comía entre ellos. Era bajito y delgado; tenía, detalle que en aquel momento se me antojó rarísimo, el pelo rojo y al mismo tiempo prodigiosamente encrespado. Parecía su cabeza, vista por detrás, la de un negro que hubiese tenido el capricho de teñirse con azafrán. Mirada de frente, desvanecía la semejanza, porque los rojizos ensortijados del cabello circundaban una frente de niña y unas mejillas tersas. El contorno indeciso de la barba cubriase de finísimo rizo, que más que vello semejaba plumón, y, por nuevo contraste, cortaba bruscamente las suavidades del rostro, la boca desdeñosa, sensual y encendida, y de sus ojos claros se escapaban miradas felinas.

Desde que tropecé con él, mirábale á cada instante con angustia, deseando dejar de mirarle, y sin conseguir apartar los ojos de él. Mi insistencia hubo de fijar la atención de don Pablo, que me dijo:

—¿Mira usted á nuestro rubio? Aquí todos le llamamos *Caracalla*, desde que una enferma le bautizó con tan clásico nombre. En realidad el suyo es Enrique de Ortueta. Es de familia distinguida, inteligente, amable y estudioso. Está aquí por *amor al arte*, en clase de alumno interno; es buen muchacho, aunque á mi entender, algo desequilibrado, tal vez por exceso de equilibrio.

En aquel momento el señor don Enrique de Ortqueta, como si adivinase que hablábamos de él, se volvió hacia nosotros, dirigiéndonos una sonrisa, que sin duda quiso ser amable, pero que, gracias á mi nacimiento é inmotivada antipatía, se me antojó sardónica y despreciativa.

Por fortuna, un incidente cómico vino á distraerme. Servían en aquel momento un nuevo plato; componíale apetitoso escabeche de un pescado para mí desconocido. Explicóme después el director que procedía de las costas mediterráneas, en las cuales el manicomio tenía una hermosa quinta sucursal, y que, pescado por la colonia veraniega, había sido remitido á la *metrópoli*. El tal pescado, de gran tamaño, que recibe el nombre pomposo de *emperador*, había dado ya material para varios guisos que el señor de Requena no había encontrado muy de su gusto. Hoy, al verle aparecer bajo un nuevo disfraz, no pudo contener sus iras, y exclamó enojadísimo:

—¿Pero este *emperador* es inmortal, ó es que le han embalsamado?

—Lo han frito en petróleo—replicó melancólicamente el loco-Dios.

III

Terminada la cena, los locos fueron desfilando unos tras otros, sin ceremonia alguna. Quedamos en el comedor, formando grupo, y salimos después á una hermosa galería, Lorenzo y yo... el señor de Requena, don Luciano y el loco-Dios. Habían los tres en tan breve tiempo intimado conmigo de modo maravilloso, y me hablaban *de tú*, fineza á la cual procuraba yo corresponder, sin conseguirlo siempre. Lorenzo detuvo al paso á otros dos, y tras de encender todos sendos cigarros, comenzamos tirada conversación.

Uno de nuestros compañeros, joven, distinguido, con aspecto de perfecta cordura, sentóse al piano, y comenzó á ejecutar con maestría piezas dificilísimas. El señor de Requena le hostigaba con bromas:

—¡Pobrecillo! decía -- está chiflado. ¡Wagner, hijito, toca *Niña Pancha!* ¡Rossini, unas malagueñitas, que voy á bailármelas!

El pianista sonreía melancólicamente, y se prestaba de buen grado á los caprichos del señor de Requena, que bailaba, en efecto, con singular ligereza. En un

intervalo de silencio, durante el cual el bailaror cesó en sus piruetas y trezados, para ir á hablar por teléfono con su Victoria, mandándole disponer habitación y almuerzo, en vista de que el mismísimo Fortuny se le entraba por las puertas, me dijo el del piano:

—¡Pobrecillo! ¡Cuándo saldrá de aquí!

Le pregunté si él esperaba marcharse pronto.

—No sé—me dijo—. Yo nada siento; pienso perfectamente, no tengo la menor alucinación; sin embargo, cuando aquí me tienen, loco debo estar. Cuando me manden marchar, me iré; entretanto, ¿por qué desesperarme?

Don Pablo me aseguró después que abunda mucho esta clase de locos resignados.

El señor de Requena volvió, y se reanudó el concierto.

—¡Don Carlos!—dijo Lorenzo presentándome al otro enfermo á quien había detenido—. El señor es poeta como usted.

—¡Oh, querido congénere en poesía!—exclamó abrazándome—. ¡Poeta!

Y luego con aire de misterio:

—Ha de saber usted que la musa es para mí una esclava antropológica... sí, señor, una esclava *ad libitum*.

Me habló de un drama suyo que compuso hace tiempo, y recitó de él escenas enteras.

—Y ahora, ¿no hace usted nada?—le pregunté.

—Hago... hago... ¿Usted no sabe que he perdido mi personalidad? No tengo bienes; el papel y la pluma no

son míos, y me remuerde la conciencia gastarlos. Hago versos cuando voy á paseo, muchos versos, pero *in mente*. En papel no trabajo más que cuando don Pablo me pide alguna zarzuelilla. ¿Y usted?

—Yo también. Precisamente voy á publicar un tomo de versos, y tendré mucho gusto en regalarle un ejemplar.

—¡Imposible! Oiré á usted recitar con gran placer; pero no puedo admitir el libro... No tengo personalidad; no puedo tener bienes, no lo olvide usted.

Había anochecido por completo. Levantóse de la banqueta el pianista; el loco-Dios y don Luciano le imitaron.

—¡Victoria! ¿Están las camas?—preguntó en su imaginario teléfono el señor de Requena.

Y volviéndose á mí de repente:

—¿No sabes, Hércules, que pienso organizar una función de teatro? Don Pablo no quiere; este amigo, que es Dios, le convencerá. Tú—añadió, pasándome la mano por la cara —tienes el cutis suavecito. Nada, me convienes perfectamente... Harás el papel de Isabel la Católica.

Y sin esperar respuesta, salió; todos le siguieron, sin ocuparse lo más mínimo unos de otros.

—Está loco, rematadamente loco...—iba diciendo don Luciano.

Lorenzo y yo nos quedamos solos.

—¿Quiere usted dar una vueltecita por el jardín?

Todavía quedaban en él algunos enfermos; poco á poco se fueron retirando unos y otros, y al fin quedamos solos Lorenzo y yo, envueltos en el silencio relativo de la noche.

No era el jardín frondoso, sin duda para favorecer la vigilancia, y tenía más de afrancesado parterre que de carmen granadino. En aquella hora, sin embargo, este para mí grave defecto, estaba compensado por el aspecto fantástico que le prestaba la luz de la luna, pintando en la arena, con sombras de recortados bojes y esféricas acacias, formas grotescas, imitación de dislocados animales, de imposibles figurones dignos de haber sido soñados por fantasía china.

Mientras paseábamos, intenté decir á Lorenzo mi agradecimiento por sus buenos servicios.

—No vale la pena—respondió—; precisamente la tarea me es sumamente grata, aun cuando en un principio no me sentía demasiado inclinado á ella.

—¿Y á qué se debe el milagro?

—Á la breve observación que de su carácter he podido hacer. Al presentarme á usted, por lo que don Pablo me dijo, conocí que venía usted aquí á hacer experimentos, como si dijéramos, *in anima vili*. Debo confesarle que toda especie de disección por amor á la ciencia ó al arte, me es soberanamente antipática. No comprendo estudiar anatomía más que con el fin de aliviar dolores, ni psicología con otro objeto que el de mitigar penas, ó sostener desfallecimientos. Crei

ver en usted un artista, ávido de hacer observaciones para lucirse después con ellas, y le envolví en mi general horror hacia toda especie de disectores, ya claven mariposas sobre papel secante, ya descompongan almas sobre las cuartillas.

Ahora conozco que si bien el motivo ocasional no fué muy santo, halla disculpa en la honradez que revela de no querer hablar de nada sin conocimiento de causa. Además, preveo que de sus observaciones sacará usted más compasión de hombre que satisfacción de artista: comprendo que será usted capaz de amar á mis locos como yo los amo.

--Don Pablo no se equivocó al decirme que es usted un hombre extraordinario.

--Perdone usted. Le veo en camino de edificar una novela á costa de mi vida, sencilla y clara como pocas, y no puedo permitir que usted se adelante por falsos caminos. Cuando se convenciese de que se había engañado, me guardaría rencor por la decepción.

Y se interrumpió bruscamente.

--¡Ah, pícaro! exclamé con fingido enojo.

Siguiendo la dirección de su mirada, había tropezado con una deliciosa figurilla de mujer que atravesaba el jardín rápidamente y desaparecía casi en el mismo instante por la puerta de un pabellón.

La luz intensa de la luna, cayendo de lleno sobre ella, me había permitido apreciar un rostro joven, de óvalo perfecto, coronado por rizos negros é ilumina-

do por ojazos negrísimos, llameantes é incitadores.

Lorenzo se había puesto serio.

—¿Enferma?—pregunté después que la niña hubo desaparecido.

—No—respondió.—Es Anita.

Y saltándole al oído lo incompleto de la respuesta, añadió:

—Anita, la hija de un antiguo conserje ya muy viejo, que continúa en la casa gracias á la bondad de don Pablo. No tiene madre, y ha nacido aquí; todos la quieren como á algo propio.

Lorenzo desviaba el capítulo de sus impresiones personales respecto á la muchacha; su táctica, por esta vez equivocada, me entró en curiosidad de conocerlas.

—Parece bonita—dije á este objeto.

—Lo es—contestó sencillamente—, y mucho.

—¿Joven?

—Diez y siete años ha cumplido hace poco. Mañana, si usted desea trabar con ella conocimiento más completo, se la presentaré. Ahora voy á presentarle algo más interesante para sus experimentos.

Confieso ingenuamente que los había olvidado. Parecióme que entre Lorenzo y Anita debía existir algún lazo de íntimo afecto; pero el loquero no se mostraba demasiado propicio á tratar del asunto, y temiendo pecar de indiscreto, aparté de él la conversación.

—Vamos donde usted quiera—dije con grandes aires de indiferencia.

IV

Atravesamos el jardín, pasamos el pórtico y salimos á la explanada que rodea el edificio. En el extremo Norte había dos hombres sentados en el suelo y en silencio. Eran un loco y un loquero. Al llegar nosotros, este último se levantó á saludarnos; el enfermo no se movió.

—Es un insensible—me dijo Lorenzo.

Y golpeándole amistosamente en un hombro, añadió:

—Buenas noches, Juanito. ¿Llega eso?

El desgraciado levantó la cabeza, esbozando una sonrisa idiota, pero sin hablar...

Le miré... El diminutivo dado á su nombre cuadraba mal con el extraordinario desarrollo de su corpachón exuberante, con la expresión feroz que á su rostro moreno daba la selvática barba, y más que todo las cejas montaraces que sobre su acaballada nariz se unían en trágico desorden, sin dejar entre sí el más leve intersticio.

Bajo las pobladas cejas tenía unos ojos, verdadero

sello y distintivo de su fisonomía, entre verdes y azules, pequeños y serenos, con serenidad no achacable á falta de movimiento, sino á carencia de expresión consciente. Parecían como lagos ocultos tras enmarañado círculo de malezas, y miraban muy lejos sin reflejar el mundo exterior, como esos mismos lagos que mirados de alto reflejan el cielo y olvidan los árboles de la orilla.

El alma de Juanito, alma para muchos incolora, asomada á las ventanas de sus ojos, miraba en realidad muy lejos, á la infinita lejanía de un extraño y remoto ensueño que con ella había nacido.

Lorenzo me lo dijo. Desde que el idiota llegó á la edad que para los mortales equilibrados se llama de razón, dió en una manía por todo extremo rara: la de esperar algo que no venía, algo desconocido, de lo cual ignoraba substancia, forma y demás zarandajas conque la pobre y por demás materialista imaginación de las gentes cuerdas ha de revestir, para comprenderlas, las más sutiles y desvanecidas aspiraciones.

Aquel algo remoto era para Juanito como resumen y compendio de dichas también desconocidas, pero que allá en las lobregeces de su espíritu él presentía inefables y completas. Más de veinte años llevaba su esperanza tenaz en pugna con la realidad del desengaño, sin haber perdido en el continuo roce nada de su firmeza primitiva. Ausente el espíritu de toda realidad, vivía Juanito para su desconocida esperanza.

Revelación misteriosa hábale descubierto, no se sabe cuándo ni cómo — él aseguraba saberlo desde siempre —, que la futura dicha vendría una noche, precisamente por aquel punto en que el sol se ocultaba cada tarde.

Por eso todos los días después de cenar venía acompañado de un loquero á situarse en el extremo de la explanada, y allí permanecía horas y horas sentado en una piedra, mirando hacia Poniente en inmovilidad absoluta, atisbando con fijeza cada sombra de rama mecida por los vientos, cada reflejo de sol, cada copo de nube, por si acaso en ellos venía encarnado lo que nunca acababa de llegar.

Lorenzo le obligó á que hablara, y empezó á contarnos su esperanza en monólogo digno de ser transcrito por la pluma de Shakespeare, de incoherente apariencia é incolora dicción, en cuya grisácea monotonía se deslizaban á menudo relámpagos de profundidad, por él mismo ignorados.

—¿Y, siempre está tranquilo?—pregunté.

— Siempre — afirmó el loquero. — Es dócil como un niño á todas horas; sólo á ésta sería capaz de la más firme resistencia si se tratase de privarle de su gusto. Aquí nos tiene usted todas las noches; un par de horitas no nos la quita nadie, sobre todo si hay luna.

Interesóme sobremanera el pobre Juanito. Ya de vuelta, Lorenzo me dijo que procedía de familia hu-

milde y que para él el despertar de la razón había sido puerta de locura.

Al llegar junto á la casa oímos gritos, y Lorenzo se apartó de mí bruscamente. Volvió al cabo de un rato.

—¿Qué era ello?

—¿Observó usted en la mesa de segunda un anciano de barba blanca y traje á cuadros?

Y á mi contestación afirmativa:

—Es un infeliz que, merced á un acceso de locura degenerativa, llegó á persuadirse primero de que tenía una avispa dentro de la cabeza, después de que se le había quedado hueca, y, por último, de que la había perdido. Ahora intenta reponerla, y es preciso tener gran cuidado con él, porque en cuanto encuentra cualquier feliz mortal poseedor de una cabeza de buen ver intenta arrancársela para hacerla suya. Esta noche parece ser que le agradaba la de una camarera, muy linda por cierto.

El viaje y la variedad de impresiones me tenían rendido. Mi amable acompañante, dándose cuenta de ello, me condujo á mi cuarto y se retiró.

La luz que entraba por las ventanas sembraba el pavimento de gigantescas cruces, alargando las sombras de las rejas.

V

¿Quién ha dicho al hacer la apología de la mecedora, que el monólogo de Hamlet podría ser recitado al suave compás de su vaivén por un actor á la moderna?

No precisamente el de Hamlet, pero sí interminable monólogo recitaba en honor de mí mismo mi propia y descabellada imaginación, mientras junto á la reja, contemplando y gozando la gran poesía de la noche, balanceábame yo dulce y pausadamente aquella que siguió al primer y memorable día de mi estancia en el manicomio.

Caían sobre el campo las olas misteriosas de un silencio solemne. Habíase ocultado la luna, y las estrellas fulguraban centelleando á más y mejor en el gris indeciso de los cielos. Al Norte, la Osa lucía sus siete diamantes; la estrella polar chispeaba haciendo guiños sobre la veleta de una torre lejana, y á Oriente las revoltosas Pléyades jugaban al escondite. Todas ellas parecían enviar á la tierra rayos sutiles, que después de cruzarse en el espacio como telas de araña, tejidas

en hilillo de oro, venían á quebrarse en mis retinas, haciendo bailar ante ellas miles de lucecillas irisadas.

Escondido á lo lejos en cualquier arboleda, el cuco medía los tiempos con su cantar monótono. No sé qué ruido tenue, como de gotas de agua cayendo en el estanque, se alzaba del jardín, y servía de acompañamiento á la gran contradanza de recuerdos é impresiones que se bailaba dentro de mi cráneo.

¿Qué pensar? Aislado de la vida, huésped del gran reino de los locos, viajero en la gran estepa donde la fantasía desbrida su cuadriga, y la deja correr desbocada, saltando abismos y atropellando obstáculos... ¡Cuán indigno del nombre de poeta aquél como yo en quien el menguado poder de imaginar se encuentra aherrojado por la razón! Como gusanillo de tierra me consideré al lado de los grandes colosos del ensueño. Y uno tras otro, iban pasando ante mí todos los que en aquella tarde había conocido... La humilde locura del loco poeta; la locura arrogante del loco-Dios: la resignación de los unos, la rebeldía de los otros... y como fondo—¿quién me dirá si lúgubre ó sereno?—á tan dislocados dibujos, la eterna y desconocida esperanza del infeliz Juanito...

Y á pesar del interés dramático de todas estas figuras, he aquí que poco á poco fueron desliziéndose á los últimos términos del imaginar, y llegaron á ocupar el primero las dos figuras de Lorenzo y Anita, unidas por arte de mi pensar en invisible vínculo.

Destacábanse con poderoso y limpio contorno, iluminadas por la luz del misterio que yo me complacía en proyectar sobre ellas, y su historia, la sencilla historia de un amor por mí presentido, me interesaba más que todas aquellas otras vidas desquiciadas y fuera de toda natural ley y regla, cuyo secreto había venido á buscar.

Y sucedióme, al corto espacio que aquellos dos intereses, el uno de bulto y colocado en primer término, esfumado el otro y relegado á imaginarias lejanías, fuéronse aproximando y fundiendo, y llegaron al cabo á compenetrarse en pintoresca confusión, como figuras de complicado relieve romano; y no supe ya de cuerdos ni de locos; todos para mí eran unos, y hasta de mi propia cordura llegué á dudar; de tal manera, que temiendo el naufragio de mi razón al empuje de la desenfrenada contradanza, púseme en pie y palpeme repetidas veces la cabeza con el ademán resuelto de alguien que intentase arrojar de sus dominios á temibles intrusos. Y como obstinados los invasores en su empeño, continuasen sus giros y revueltas, me acerqué á la reja y apoyé la frente en los barrotes, buscando en la frescura del hierro, refrigerio á la fiebre que á no dudarle me volvía loco...

Tornaba ya la calma; aquietábanse los espíritus... Pensé en retirarme y descansar. Un grito estridente me detuvo, amarrándome á la reja con cadenas de sobresalto. En mi extraña exaltación de espíritu, la cosa más

pequeña había de impresionarme. El grito no se repitió; sin duda algún enfermo que había soñado á voces. Sin embargo, antojóseme encontrar en la temerosa voz anuncio de aventura, y esperé.

Al poco rato abrióse quedito la puerta de la administración, y un hombre salió de ella y se adelantó por la explanada. Era Enrique de Ortueta. Sin duda está de guardia, pensé. Llevaba la cabeza descubierta, y el cabello encrespado, á la escasa luz de la luna parecía de plata. Pasó junto á mi ventana y no me vió; acercóse á un pabellón saliente, que formaba ángulo con el cuerpo principal del edificio en que estaba mi cuarto, hizo una señal, abrióse una reja, y apareció tras los barrotes el rostro infantil, aureolado por ricitos negros, de la gentil Anita.

Sentí una puñalada de sorpresa. ¿Era posible? ¿Entonces qué se hacía mi presentida historia del amor de la niña con Lorenzo?

No sólo me dolió la molestia de amor propio mortificado por la fallida presunción; al cabo todo oficio tiene quiebras, y acaso más que ninguno el de imaginar ajenas historias. Sentí también disgusto al saber poseedor del corazón de la niña simpática á aquel señor de Ortueta, que tal instintiva repulsión me había causado... Y experimenté la indignación desinteresada, pero intensísima, que á un amante de la belleza hubiera producido la vista de un sátiro poco pulcro, con puntas y ribetes de macho cabrío, ciñendo los torpes

brazos al cuerpo divino de la castísima Venus de Médicis.

La plática era íntima y en voz baja; los amantes parecían satisfechos. De mí sé decir que el exceso de mal humor me alejó de la reja y me llevó á la cama.

VI

De la cual me hicieron saltar al día siguiente las primeras claridades del alba.

Atropelláronse al penetrar por las ventanas, envueltos en fresco vientecillo, los mil rumores del amanecer. Hacía largo tiempo que, como madrileño, no había yo visto salir el sol, y atraído por las voces de la madre Naturaleza, que se esforzaba en recitarme el programa del espectáculo, salí de mi cuarto y de la casa.

Creí de buena fe ser el más madrugador de todos sus habitantes; pero mis ilusiones duraron poco, porque al pasar frente al pabellón saliente vi á mi enamorada vecinita ocupada en fregotear el umbral de la puerta.

Era, como ya he dicho, pelinegra y muy blanca, y tenía en los grandes ojazos expresión infantil y candorosa.

Vestía con aseo, pero sin lujo, traje entre señoril y campesino, y envolvía su talle, nada exuberante, en una pañoleta de colores vivos. Como tan de mañana,

estaba sin peinar, y á cada movimiento los ricillo ; le caían sobre la frente y los ojos, de donde ella los rechazaba con graciosa impaciencia. Saludela y pasé de prisa. Todos mis rencores de la noche anterior se renovaron. Decididamente aquella Venus-Madonna era demasiado para don Enrique de Ortueta.

Rodeé el edificio y llegué á la fachada posterior.

Cubriendo la vertiente del montecillo, y ensanchándose en considerable extensión sobre la inmediata llanura, se extendían las huertas del manicomio. También aquí me habían ganado por la mano en lo del madrugar, y una verdadera legión de hortelanos se agitaba entre los bien dispuestos cuadros de coles y cebollas.

La tierra húmeda olía á gloria; pintaban en el suelo apagado mosaico los tonos diferentes de las verduras; en los linderos balanceaban los girasoles sus amarillas cabezotas, y las plantas de cáñamo y ricino extendían su follaje gracioso; las matas de judías enroscaban hojas y zarcillos en tutores de caña, y algunas calabazas arrastraban sobre la tierra húmeda el manto pomposo de sus anchas hojas y balanceaban con orgullo sus soberbias flores color de miel; las campanillas y dondiegos de noche tenían aún abiertas sus corolas, y entre los pinchos de las zarzas que formaban los setos asomaban su carita risueña y mofletuda las primeras moras...

La rueda de la noria giraba lentamente, y las gotas,

que escapadas de los arcaduces caían de nuevo al pozo, producían al chocar con el agua de abajo notas agudas, como de lira ó de salterio. Bandadas de gorriones revoloteaban á flor de tierra, picoteando cómo y dónde podían.

La paz de la mañana servía de manto á la tierra, que parecía despertarse fresca y risueña, como muchacha aldeana que comienza cantando sus faenas.

Salió el sol; corrieron cielo arriba las nubecillas rosas, y las gotas de agua centellearon como diamantes sobre la púrpura de las lombardas.

Cuando volví á la casa, ya jardín y galerías estaban llenos de enfermos. En el régimen verdaderamente paternal del manicomio no hay hora marcada para el levantarse; pero los locos, generalmente duermen muy poco tiempo y van saliendo todos en cuanto entra el día en su habitación.

Tenían aspecto reposado y satisfecho. ¡Cómo no recordar en medio de esta paz los horrores de las antiguas casas de locos, donde los enfermos, aherrojados como bestias feroces, sufrían torturas sin cuento! Aquí la reprensión amable, la apariencia de libertad absoluta, el régimen atemperante, producen el prodigio de que no haya casi nunca locos furiosos. Todos obedecen á los médicos y empleados, y tienen para el director respeto cariñoso que raya en fascinación.

Aquella mañana pude verlo. Apenas había yo entrado en el jardín, llegó don Pablo á hacer su visita de

por la mañana. Todos los enfermos, en grupo, le rodeaban como corderillos, y le contemplaban con admiración, sin temor de ninguna especie. Conversaba con todos, animando á unos, reprendiendo á otros. El señor de Requena, por ejemplo, se había entretenido en quemar con la yesca, pues á ningún enfermo se le dan cerillas, toda el ala de su sombrero. Don Pablo le hizo ver lo inconveniente de su conducta.

—¿Por qué ha hecho usted eso?

—¡Ah!, señor director—respondió con gravedad.—¿No estoy aquí por loco? Entonces soy irresponsable y no puede usted decirme una palabra, haga lo que quiera.

Sentí que me tocaban en el hombro, y oí que me decían:

—¡Querido congénere *ad libitum!*

Volvime. Era el poeta; pero llevaba en su traje extraño aditamento: habíase prendido en la chaqueta multitud de papelillos, recortados de libros y periódicos, en los cuales había una sola palabra.

—¿Qué lleva usted ahí?—le pregunté.

—Son palabras bonitas. ¿Usted no sabe que los poetas necesitamos palabras bonitas? Yo recorto *ad libitum* todas las que me gustan, y me las prendo para recordarlas.

Hablamos de arte. Intentaba probarme que en toda frase hay ritmo, y descomponía con habilidad un trozo de prosa en periodos musicales.

Después, me dijo que él había inventado un nuevo metro: la *octava celeste*. Le pedí que compusiese una, pero se negó, pretextando su falta de personalidad, que le imposibilitaba para hacer uso de papel y lápiz. Estando en esto se acercó Lorenzo, y entre los dos, gracias al oportuno regalo de una cuartilla en blanco, pudimos convencerle.

He aquí la *octava celeste* que me dedicó:

FANTÁSMAGO-NATURALISMO

(OCTAVA CELESTE)

Nasciste entre madréporas margaritiferas
y, en tus estros acústicos, la vida trémula
da al nascente crepúsculo flores auríferas,
mima al oriente esférico con rima émula.
¡Ay! ¡Qué titildes mágicos, sienes acríferas,
pulsan las cuerdas múltiples, del Amor rémula!
¡Adiós!... ¡Ay!... ¡Desescúchalos!... ¡Oh!... ¡Tenme flébile!
¡El Geneson!... ¡La eclíptica!... ¡Véstela débile!

Versifica rápidamente, y lo mismo al hablar que al escribir, jamás le detienen dificultades técnicas: si necesita un consonante inventa una palabra, que da siempre en cierto modo idea de lo que quiso decir.

Había terminado D. Pablo la visita y vino hacia nosotros, invitándome á desayunar en su habitación.

Fuimos allá; por el camino me habló de Juanito.

—Es la suya— me dijo—locura, á mi entender, incurable.

—¿Y no será de temer crisis violenta?

—Eso es imposible de predecir; pero hasta ahora es el más dócil de todos mis enfermos.

Íbamos encontrando multitud de ellos, y llamóme la atención el considerable número de locos melancólicos que paseaban silenciosos en actitud meditabunda. Hice la observación, añadiendo que me causaban grande lástima.

—En general — me dijo D. Pablo — no sufren por su locura. Los hay, sin embargo, que son perfectamente conscientes, que sienten llegar el acceso y que experimentan entonces tristeza infinita; pero no suele suceder así. Luego, su amor propio les proporciona multitud de satisfacciones. Se consideran superiores al mundo entero, motejan de locos á los demás y se creen á sí mismos perfectamente cuerdos. El amor no existe en ellos, más que como exaltación de la sensualidad; pero hasta en este sentido son vanidosos, y en cuanto ven á una mujer imaginan y aseguran que está loca por ellos.

VII

Después del desayuno, y de vuelta al salón, donde los enfermos sostenían su extraña tertulia, me preguntó Lorenzo:

— ¿Qué tal va ese estudio? ¿Se ha trabajado mucho anoche?

Su pregunta me recordó la cita y todas mis ideas respecto al caso, y decidido á ver claro en el asunto, respondí mirándole fijamente:

—Anoche no trabajé nada; pero en cambio hice un descubrimiento.

—¡Ah!

—Y que debe interesar á usted añadió, lanzándome á la carrera por el camino de la indiscreción.

—Veamos --sonrió más bien que dijo, aquel á quien yo me obstinaba en considerar como raro sujeto.

Comencé la relación: á las primeras palabras adquirió el rostro de Lorenzo la expresión grave que había observado en él desde la noche antes; pero contra lo que yo esperaba, aunque siguió con interés mi

relación, no dió la menor señal de asombro. Yo, sin embargo, obstinado en sacar de mentira verdad, pregunté resueltamente:

— ¿Le sorprende á usted esto que le digo?

— Sorprenderme... no. Ya sabía algo de ello, aunque ignoraba el detalle de las citas nocturnas; pero usted comprende que en sitio como éste es difícil tener oculto negocio de tal índole. Por otra parte, Anita no disimula su inclinación, y Ortueta no es hombre capaz de hacer misterio de una conquista.

Hablaba mi reciente amigo tranquilamente, lo cual me exasperó y me hizo prorrumpir en consideraciones amargas. El galán, más que de amante tenía aspecto de bandido de honras; la niña era inocente, candorosa... las consecuencias podían ser fatales... Y por ese estilo toda una serie de filosofías cursis y trasnochadas.

Lorenzo, sin exagerar la cuestión, convino conmigo en que dado el interés cariñoso que le inspiraba Anita, no hubiera sido el rojo practicante el galán que hubiese elegido para ella; pero que, visto el punto á que las cosas habían llegado, más valía no ser pesimista y esperar que el inocente encanto de la niña triunfase de la malicia, más supuesta que demostrada, del tal D. Enrique.

—Y ahora, ¿negará?—comencé á decirle; pero con un gesto, no por comedido menos enérgico, me cortó la frase. Decididamente aquel hombre era un Cancer-

bero en lo tocante á defender la integridad de su *reino interior*.

Pero yo, interesado en la aventura, extremé la vigilancia, y sin duda en premio á mi obstinación, mis buenas hadas me favorecieron con un estupendo descubrimiento. Parapetado en mi estratégica ventana pude observar cómo desde aquella noche las citas de los dos amantes tenían un testigo ignorado en la persona de mi buen Lorenzo, que, amparándose de la sombra de un cercano grupo de acacias, no perdía palabra del galante coloquio.

VIII

Y he aquí cómo la *historia eterna* me hacía olvidar hasta el recuerdo de los infelices privados de razón que tan cerca de mí se encontraban. No por mucho tiempo, sin embargo. Parecía como si sus almas ausentes flotasen en los aires, y á grandes y descompasados gritos reclamasen atención y cariño. El amor á los locos, distintivo de aquella casa, me había contagiado, y había llegado á considerarlos como niños enfermos é indefensos que hay que amparar á toda costa. Á mi pesar, á veces me hacían gracia y reía de buena fe sus incoherencias.

Una mañana estábamos en la administración. La madre de un enfermo había escrito rogándole que le contestase, y un empleado se empeñaba en hacerle escribir una carta. El loco se negaba con cien pretextos especiosos.

—No escribiré—decía—, porque esa carta no tiene sobre, y el sobre en las cartas es el distintivo carlista.

Por fin se dejó convencer.

—Escribiré á uno de mi familia —dijo—; pero apártese ustedes.

Así lo hicimos y empezó la misiva en estos términos: *A mi padre difunto, en el cementerio de Santa María, patio de las Ánimas, número 57. Mi desgraciado padre...* Después venían estupendas revelaciones hechas al pobre difunto: la liviandad de la madre que le habían hecho bajar á la tumba; su encierro en el manicomio, concertado por el amante, para que no impidiera las «vituperaciones» de la buena señora. Por último, perdiendo el respeto al muerto, le regalaba con los más denigrantes epítetos. Terminada la carta y leída por él en alta voz, el loco se reía con risa interminable, admirando su propia desvergüenza y valor para insultar á toda su familia.

Otro paseaba á todas horas galerías y pasillos, afirmando á grandes voces que había venido al manicomio *á querer, á saber y á curarse*.

Algunos me causaban tristeza abrumadora hasta el punto de no poder sufrir su presencia. Había uno que llegó á adquirir una enfermedad á la garganta, pues no cesaba de hablar en todo el día, repitiendo con desesperante monotonía una sola frase. La primera vez que le vi, decía: «Dadme una espada para predicar mi idea: dadme una espada para predicar mi idea...»

Estaba generalmente delante de una puerta y acompañaba su relación entrando y saliendo con paso me-

nudo y lento, parecido al de las nodrizas que arrullan al niño para dormirle.

Otro, que según me dijeron había desempeñado altos cargos políticos, dando en toda su vida muestras de gran entereza de ánimo, padecía el mal tristísimo de falta de voluntad: si le daban de comer, comía; si le mandaban andar, no sabía detenerse; si estar sentado, hubiese permanecido años enteros sin intentar levantarse...

Uno de aspecto lúgubre, más que pálido verde, de ojos parados y bigote de chino, acercábase á todo el que pasaba á su lado, preguntando:

—¿Se ha encontrado usted mi *yo*?

Y sin esperar respuesta, añadía con voz cavernosa y entonación fatídica:

—Yo soy la nada.

Y se alejaba con las lágrimas en los ojos.

Los hay también que pasan el día llorando.

Y entre todas estas tristes figuras era triste y lamentable por antonomasia la de un niño perturbado, en cuyos ojos la llama de la fiebre prendía incendios repugnantes de lascivia y encono. La manía homicida le corroía el alma.

Absorto andaba yo en las desconsoladoras reflexiones que á mi mente traía tanta caída grandeza, tanta derrumbada razón, tanta energía por los vientos de la locura desquiciada y dispersa... y ante el palpable y vivo ejemplo de cuán deleznable es la trama de este

nuestro cerebro, orgullo y gloria nuestra, asaltábame de nuevo la sensación que en la primera noche me había atormentado. Tan frágil encontraba mi propia razón que temía perderla al primer golpe, y me apercibía á contemplarla al más ligero choque esparcida á los cuatro vientos, como villano que deshecho se pierde en los aires al tenue empuje del aliento de un niño.

IX

Como gigantesco villano apareció también ante mi vista la cabeza dorada de Enrique Ortueta, que al llegar á este punto de mi interior discurso se me puso delante, dilatando su boca de sátiro en interminable sonrisa.

No sé si el tal había podido percatarse de mi escasa simpatía para con él; en todo caso, yo debía serle, por lo menos, indiferente en absoluto, y, hasta aquel día, nuestras relaciones habían sido, aunque correctas, harto escasas y ceremoniosas.

—Usted dispense—me dijo, respondiendo al estremecimiento involuntario que mi estado de abstracción y la sorpresa de encontrármeme delante, me habían producido—. Vengo de parte del señor director, á ponerme á sus órdenes. Cree que será de interés para usted visitar el departamento de enfermas, y como estoy encargado de esa sección, me mandó que le acompañase. Cuando usted guste.

—Inmediatamente.

Y echamos á andar.

—¿Hay muchas?—pregunté, por decir algo.

—Tres veces menos que hombres.

—Excelente dato en favor de la cordura femenina.

—No lo crea usted: según la estadística de los hospitales, la proporción es la misma en hombres y mujeres; pero, como en general, la locura de la mujer no compromete grandes intereses materiales, hay menos prisa por echarlas de casa. Además, la locura femenina es terrible, y una sola hembra perturbada da más que hacer que cinco hombres, aunque es, la mayor parte de las veces, de más fácil curación.

Entramos. Bajo la marquesina que da paso del jardín á la casa, una infeliz, alta, huesosa, un tanto bigotuda, de aspecto enérgico y ademán arrebatado, había puesto cátedra, y ensartaba discurso tras discurso. En el momento de acercarnos á ella, decía, dirigiéndose á invisible auditorio:

—Habiendo tenido noticia del asesinato del gran Vespasiano...

Creía estar en una logia masónica, y abrumada de asuntos espinosos, pasaba el día recibiendo y redactando comunicados, órdenes, oficios que enviaba, por medio de una camarera, á remotas naciones.

Era una locura hasta cierto punto agradable; pero no sucede así, en general, y la impresión que se saca del departamento de locas, es triste sobre toda tristeza. Son dueñas casi absolutas de aquellas almas per-

turbadas por el histerismo, la manía genésica y la religiosa; muchas de entre ellas, imaginan también estar atacadas de horribles y desconocidas enfermedades, y semejantes á las *poseídas* de las antiguas historias paganas y eclesiásticas, libran en su interior luchas tremendas; la sugestión maligna, por una parte, y el fondo de integridad y rectitud moral, tan tenaz siempre en el espíritu femenino, por otra. Y desgarradas las almas, y aniquilados á veces los cuerpos en la descomunal batalla, sufren horriblemente todas ellas.

Adelantóse á recibirnos una pizpireta viejecilla, compuesta de manera ridícula, con vestido de colores chillones, tocado de plumas y gigantesca sombrilla blanca. Nos abrumó con sus coqueterías y gestos infantiles y mimosos. Creía estar enferma de la matriz, y para disimular los estragos que suponía causados en su rostro por la traidora enfermedad, se pintarrajeaba con grandes chafarinones de blanco y rosa.

Otra joven alta, hermosísima, nos dirigía, desde lejos, frases de amor, en lenguaje privado de todo decoroso disimulo.

Vimos una desesperada, y dando horribles gritos: dice que siente en un oído la voz de Dios, y en el otro, la del demonio, que la sugiere ideas repugnantes y pecaminosas. La desgraciada mujer lucha y se retuerce y grita, porque, para colmo de angustia, conserva íntegra su voluntad.

Paseaba melancólicamente una jovencita; al pasar

junto á ella, como Ortueta me obligara á detenerme á su lado, me preguntó:

—¿Por qué me miras? ¿Quieres saber cuántos años tengo?

Y á mi respuesta afirmativa, replicó tristemente:

—Yo no tengo edad ¡porque estoy muerta!

Ibáseme poco á poco oprimiendo el corazón.

— ¡Vámonos!—dije á Ortueta—. Es horrible ver cómo de labios de mujeres modelos en la vida de cordura y recato, madres unas y esposas honradísimas, vírgenes otras de cuerpo y alma, se escapan palabrotas obscenas, juramentos, blasfemias; cómo casi todas son exageradamente soberbias á iracundas. Es tremendo el poder de la locura; tremendo, porque acaba con todo freno y todo disímulo, porque derriba toda virtud convencional... Así andan allí rotas, derrumbadas, dispersas, de un lado la gran farsa del altruísmo masculino, del otro la no menos grande comedia de la dulzura y el pudor femeninos; los dos soportes mentirosos, pero imprescindibles, que sostienen el arco de triunfo de la moralidad social...

El rubio practicante debió leerme los pensamientos en la cara, porque me habló de ello, y con cinismo casi grandioso, en fuerza de ser franco, sacó la consecuencia final de que, dado lo frágil de la virtud humana, más vale en todo caso prescindir de ella, y obrar considerando á los demás y considerándose á sí mismo, como locos probables, en perfecta armonía con el deseo.

Y sonriendo al escuchar mi calurosa protesta, añadió:

—Desafío al más rígido moralista á que se atreva á hablar de virtud, después de seis años de manicomio.

—¿Dónde he leído —pensé en aquel instante—, que las cabezas rojas son la librea de Satanás?

X

Así iban pasando días y días, y llevando ya más de diez en el manicomio, pensaba en despedirme á fin de semana. Costábame algún trabajo fijar la fecha de la marcha. Habíame encariñado con todo aquello, gracias, en gran parte, á la excepcional amabilidad del director, y comprendía perfectamente el proceder de un buen señor, antiguo enfermo de la casa, que ya desde mucho tiempo atrás completamente cuerdo, venía todos los años á pasar una larga temporada en el manicomio.

Tenía tramada amistad tan íntima como su reserva inexorable lo permitía con Lorenzo, y su abnegación incomparable era para mi espíritu, á su pesar un tanto contagiado con el escepticismo de Ortueta, confortante precioso.

Interesábame el trato con muchos enfermos y me gozaba en penetrar dentro de su locura, y perderme con ellos en divagaciones interminables. Intrigado estaba también por los amores de Anita, y percibiendo en su ambiente no sé qué sabor trágico, insinuábame

un perverso sentimiento de curiosidad artística el deseo de asistir al desenlace, aunque mi conciencia de hombre honrado le temía y anhelaba para aque'la trama pasional, líneas rectas, bien trabajados hilos y plácidos dibujos. Pero, sobre todo, el gran interés de mi reclusión voluntaria, estaba en mis visitas á Juanito, el pobre idiota enamorado de la esperanza. Á diario, además de verle mezclado con los otros en el comedor ó en el jardín, me dedicaba á hacerle compañía buena parte de la noche, cuando, sentado siempre en la misma piedra, á la orilla misma de la explanada, miraba hacia Poniente con incansable atención. En fuerza de verme á su lado, llegó á sentir por mí algo de inconsciente afecto, y á veces, rompiendo su mutismo, me hablaba de su sueño... de lo que había de venir. Esperábalo unas noches grande, otras luminoso, siempre bello y dulcísimo, siempre sobre toda ponderación; pero á mis esfuerzos para que precisase forma ó substancia, respondía invariablemente con un desalentado «no sé nada». Una noche dejé de ir á verle, y con un asomo de consciencia que á todos sorprendió, el pobre muchacho preguntó á un loquero si yo estaba enfermo.

Ocurrió por aquellos días un suceso de resonancia. Varios locos, entre los que se contaban mis grandes amigos, decidieron fugarse. La idea partió del autor de la carta á su padre difunto. Todo estaba dispuesto con la astucia lúcida de que en tantas ocasiones dan

prueba hasta los más perturbados. Pensaban saltar la tapia del jardín, y dieron el encargo de abrir la puerta de la galería á un muchachillo bastante pacífico que solía velar hasta muy tarde, y no estar extraordinariamente vigilado, puesto que rara vez padecía accesos. Tenía la bizarra costumbre de arrodillarse, antes de acostarse, delante de su cama, y pedir auxilio á Dios para todo lo que pensaba hacer, y la noche antes de la fuga terminó la oración con estas palabras: «Señor mío Jesucristo, ayudadme, á las doce, á abrir la puerta de la galería, para que se escapen el señor de Requena, don Luciano, etc., etc.

La conspiración se hundió por la base.

Un día, á la hora de comer, como de costumbre, esperábamos en la galería, á que abriesen la puerta, Lorenzo y yo, rodeados de un grupo de enfermos que charlaban con animación.

El señor Requena, que persistía en su idea de llamarme Fortuny, me preguntaba si había trabajado mucho, y me entregaba un papel de estaño, según él, tabla en que Miguel Ángel le había pintado una marina, encargándome que la *corriese* por los cafés. El poeta declamaba sus *octavas celestes*; el hombre nada paseaba melancólicamente, y Juanito dormitaba sentado en un rincón.

Sentimos grandes voces, y vimos venir al loco-Dios, que se arrojó en mis brazos gritando:

—¡Albricias, amigo! Don Pablo no quería, pero ¿no

soy Dios? Al fin tendremos baile, un baile celeste, con musarañas y caballitos de cera. ¡Estas gentes no saben quién soy yo!

Acercóse don Pablo y me confirmó la noticia:

-- He dispuesto—me dijo—una fiesta íntima; sólo gente de la casa y dos ó tres amigos, para que usted pueda observar más en libertad á toda esta gente, y también para distraerle un poco. Parece que...—añadió con su puntita de malicia—, parece que hay tendencias melancólicas.

—No es extraño—afirmó Enrique de Ortueta—. Sé yo de una batalla que se riñe en ese cerebro, último baluarte de ciertas tenaces preocupaciones.

El director me lanzó una mirada interrogante, y miró después á Lorenzo; pero ni uno ni otro nos dimos por aludidos.

El loquero santo tenía la inquietud pintada en los ojos, y juraría que en la cara ciertos inusitados ardores de fiebre. Resistíame á creer lo que veía, dada su impasibilidad acostumbrada; bien pronto, sin embargo, debía tener explicación cumplida del extraño fenómeno.

—¿Vendrá usted al baile?—le pregunté después de la comida.

—No—respondió, en tono que quiso hacer de broma, y le resultó lúgubre.—No quiero sumergirme en *disipaciones mundanas*. Por esta noche seré el guardián de Juanito; su loquero tiene novia, y como le dolía no poder bailar, he cambiado con él mis derechos.

XI

Empezó la fiesta á las nueve. En el rincón de la explanada, frente al pabellón del director, que ocupaba el extremo izquierdo del edificio, habíase construido con vallas de boj un saloncito al aire libre, á estilo de los bailes de verbena. De un árbol á otro, sujetos en alambres, corrían en colgantes faroles venecianos y lámparas eléctricas, rompiendo las tinieblas de la noche. El suelo estaba enarenado y fresco, y en un rincón la orquesta — un modesto piano de manubrio — escondía sus poco airosas formas entre el ramaje.

Era la concurrencia numerosa, y presidía la fiesta don Pablo, rodeado de su familia, casi media docena de *babies* mofletudos, todos rubillos, todos vivarachos y todos en la graciosa edad en la cual el niño, según la sabia fraseología inglesa, carece de sexo, y es como un ser aparte, el *baby* por excelencia, y únicamente el *baby*. La madre, en medio de ellos, los dirigía como á manada de corderillos blancos.

Ya había yo tenido, durante mi permanencia en el

manicomio, ocasiones varias de conocer y tratar á Carolina, que así se llamaba la compañera de don Pablo. Mucho más joven que él, reclusa voluntariamente en completo aislamiento, parecía al principio digna de lástima; pero la serena claridad de su rostro, la alegría infantil de su mirada, la amenidad sencilla de su trato y la admiración por su marido, que á cada instante se traslucía en ella, alejaban bien pronto toda idea de compasión. Pocas veces me he encontrado en el mundo alma tan completamente *en paz*.

Estaban en el salón casi todos mis amigos, locos y cuerdos. Ortueta hablaba con Carolina y besaba á los niños. Anita, un poco más allá, departía amigablemente con un loquero. Parecían aquella noche dos indiferentes. Algunas señoritas y dos ó tres jóvenes, venidos de los pueblos cercanos, formaban el elemento extraño de la fiesta. Don Pablo me presentó á ellos, y di ceremoniosamente tres ó cuatro vueltas de vals.

Viniéronme deseos de bailar con Anita. Excelente ocasión, pensaba yo, para entablar conocimiento más amplio con la linda muchacha. Preludió el organillo no sé qué polka zarzuelesca, y me dirigí hacia ella.

Detúvome al paso un ejemplar rarísimo de la especie humana, un enfermo en el cual hasta entonces no había reparado: era bajito y rechoncho, con marcado aspecto clerical; creo que, en efecto, había sido en el mundo de los cuerdos sacerdote. Envolvíase en amplísimo y largo paletot, y á pesar de la noche llevaba

abierto un quitasol descomunal. Padecía la cruel manía llamada topofobia, horror de los espacios anchos y descubiertos, y sólo amparado de su monumental sombrilla podía decidirse á atravesarlos; aquella noche la protección del artefacto le resultaba ineficaz, porque la obscuridad del cielo, contrastando con la intensa iluminación artificial, le producía terror extraordinario.

—¿Tendría usted la bondad — me dijo — de darme la mano para atravesar el salón? Quiero hablar con aquellas señoras, y la luz no me deja pasar.

Atravesamos cogidos del brazo.

—Dios se lo pague — murmuró el bueno del clérigo.

En el grupo de damas forasteras ocurría un incidente por todo extremo cómico. Formábanles tertulia, entre otros varios enfermos, el loco-Dios y otro infeliz atacado de manía de grandeza. Quería el primero lucirse delante de las señoras, y ensartaba sus títulos uno tras otro.

—Yo soy Dios — decía —, soy capitán general, soy el Papa, soy Napoleón, soy Santa Cecilia, soy Salomón, soy Castelar...

Lanzado en su camino favorito, llevaba traza de no acabar tan pronto; el otro le escuchaba consternado, lleno de asombro; se iba poniendo lívido, y se le llenaban los ojos de lágrimas; al cabo, no pudiendo contenerse, interrumpió con ademán trágico y voz desconsolada:

—¿Entonces qué va á quedar para mí? ¿Qué voy á ser yo?

El afortunado dijo confidencialmente á una señora:

—¡Pobrecillo! ¡Está loco!

Y lanzó una sonora carcajada.

Un loquero tuvo que llevarse á su afligido rival.

Tenía el baile aspecto completamente normal; enfermas y enfermos bailaban, nunca unos con otros, y los ellos se mostraban con sus compañeras por todo extremo galantes. Cuando alguno se excitaba un poco, acercábase á él un médico ó un loquero, y le pedía la pareja, que se apresuraba á ceder. Las ellas, por todo extremo coquetas, parecían divertirse muchísimo.

Conseguí al fin bailar con Anita. Era deliciosa. Hablaba dulcemente, con la inimitable amenidad de la mujer verdaderamente enamorada, que habiendo renunciado fuera de su amante á toda pretensión de hacerse apreciar ni desear, aparece á los ojos de los demás hombres en su valor real y verdadero, que es el mayor de todas las mujeres. No estaba, sin embargo, aquella noche completamente tranquila. Había, como en los de Lorenzo por la mañana, fiebre en sus ojazos de virgen; también en sus palabras se advertían en ocasiones apresuramientos febriles, y más de tres veces, mientras bailé con ella, me preguntó, estoy seguro que inconscientemente:

—¿Qué hora es?

Enrique paseaba unas veces, bailaba otras con as-

pecto tranquilo, y al pasar á mi lado, se sonreía siempre. Juntos estábamos un instante descorchando una botella de cerveza, cuando se nos acercó un enfermo:

—Señor de Ortueta -- dijo desesperadamente --, esto no puede seguir así; yo no puedo vivir más; necesito imprescindiblemente morirme... Máteme usted... ¡deme usted, por Dios, algo para estirar la pata!

—Al momento -- respondió Enrique.

Y sacando un terrón de azúcar del bolsillo, lo deshizo en una copa de cerveza.

—Tome usted esto, y dentro de un cuarto de hora morirá usted; pero no se lo diga usted á nadie, porque sería para mí un terrible compromiso.

El loco se quedó estupefacto con la copa en la mano. Fingimos alejarnos, y aprovechando nuestra distracción vertió la cerveza al pie de un árbol. Enrique me dijo que el afán de morirse es frecuente entre los pobres maniáticos; pero que llegado el momento, casi todos rehusan la satisfacción de su trágico deseo.

Animábase el baile. Don Pablo no perdía su aire de patriarca, y Carolina continuaban sonriendo, dulce y tranquilamente; dos ó tres de los niños se habían dormido junto á ella. Me senté á su lado, y me distrajo haciéndome observar las rivalidades que á cada paso surgían entre sus desgraciados huéspedes: todos ellos se habían peinado y vestido con singular atildamiento; todos pretendían ser los más finos, los más elegantes,

los reyes de la fiesta... Menudeaban los discursos, y hasta creo que las galantes declaraciones.

Distraído en tales observaciones, había olvidado á a interesante pareja. Cuando vuelto en mí los busqué con la vista, el rubio galán había desaparecido, y Anita se disponía á alejarse también, dando vuelta por el lado de las huertas á todo el edificio.

Una luz repentina se me hizo en el cerebro. ¿Sería aquella cita, primera en libertad completa, causa de la inquietud de Lorenzo? ¿Tendría el sin par Enrique propósitos alevés? Fácil me parecía, conocida la fuerza de su cínica despreocupación. Sentíme Quijote, y creí mi deber amparar á la ofuscada doncella. Apartéme de Carolina sin dar explicaciones, y salí del improvisado salón; pero no seguí á Anita; por el contrario, dirigíme por frente al manicomio, decidido á salirle al encuentro.

La noche era obscurísima por instantes, y por instantes luminosas, porque allá en el cielo, nubarrones gigantes se entretenían en bailar rigodones con la luna.

Llegaba al extremo occidental de la explanada, corriendo como un loco, cuando alguien me detuvo y me impidió gritar, poniéndome la mano en la boca.

Era Lorenzo; no lejos de él Juanito clavaba en la lejanía del poniente su vago mirar. El ramaje de dos ó tres acacias extendía sobre ellos mantos de sombra.

XII

Intenté desasirme y seguir adelante. Mi imprudente impulso me hubiera colocado en plena luz, y Lorenzo, forcejeando por detenerme, dijo en voz baja, pero con algo de impaciencia en el acento:

— Espere usted.

—Es que... repuse en el mismo tono—Anita va á encontrarse con Ortueta... Salieron... él primero... ella...

—Lo sé—repuso con calma.

—Corramos entonces; es preciso impedir á toda costa que ese hombre... Porque usted cree capaz á ese hombre...

—De todo.

—También usted sospecha, por lo visto.

—Yo estoy seguro; sé que esta noche quiere rematar dignamente su infame comedia de seducción; sé todo lo que le ha costado decidirla á venir... pero calle usted.

Comprendí que Lorenzo, conociendo el lugar de la

cita, cosa que yo ignoraba, tenía algo á modo de plan para impedir sus consecuencias, y me dí por vencido: permanecimos un momento quietos y en silencio. Lorenzo me tenía sujeta una mano, y únicamente en lo fuerte de su presión podía yo conocer todo lo que de calma le faltaba.

—¡Ya viene!—dijo de pronto.

Juanito, al oírlo, levantó la cabeza, y siguió la dirección de nuestras miradas. Sin duda, relacionó la frase con su eterna manía, porque en sus ojos relampagueó la dicha.

En el extremo opuesto de la explanada apareció Anita. Venía hasta nuestro escondite; estaba todavía muy lejos. Marchaba con andar inseguro, procurando ocultarse entre los setos que á poniente limitaban las huertas, separándolas del manicomio; pero la luna parecía empeñada en inundarla en luz. Y así, pasando junto al obscuro seto, vestida de claro, menudita, silenciosa y vacilante, parecía ella también rayito de luna perdido entre las zarzas. Dos ó tres veces se detuvo, y pareció dispuesta á volverse atrás; pero avanzó de nuevo, y ya estaba tan cerca de nosotros que podíamos distinguir la expresión reconcentrada de su rostro, y hasta el cerco negro que sobre sus mejillas pintaba la sombra de sus pestañas.

Obscurecióse el cielo de repente. Una nube pasaba delante de la luna. Oímos un grito espantoso del idiota, que se lanzó de un salto hacia adelante, como que-

riendo destruir las tinieblas; después, otro de terror infinito; luego, bregar de lucha; más tarde, el rodar de un cuerpo por la vertiente cubierta de malezas, que comenzaba casi á nuestros pies; después, el rebotar en la hondonada de algo duro que se rompió en pedazos...

Lorenzo y yo corrimos á sujetar al loco, á quien alcanzamos á tientas, casi á punto de precipitarse también en la hondonada, vociferando sin cesar:

—¿Por qué se puso en medio?— decía.—Ahora que venía, que se acercaba, que iba á llegar... vestida de luz...

En todo esto no habrían transcurrido tres segundos

La luna, vencedora de las nubes, volvió á brillar. El manicomio fué saliendo lentamente de las sombras; primero se iluminaron sus morunas torrecillas, después sus azoteas almenadas, luego la luz corrió rápidamente, y se extendió, como manto de nieve, del tejado á la base... Así, luciente, plantado en la altura con arrogancia, parecía luminar grandioso, prendido por los cielos para celebrar el cumplimiento de alguna gran justicia.

Nos miramos. Anita estaba á nuestro lado pálida, yerta y muda de terror. Vacilamos un instante; después, las tres á una, nos inclinamos sobre la vertiente, devorando la distancia con los ojos.

En la hondonada, el cuerpo de Ortueta yacía boca abajo, con el cráneo deshecho; la luz arrancaba extra-

ñas fosforescencias á la masa roja de sus cabellos...

El inconsciente asesino seguía vociferando. No tardaría en llegar gente. Lorenzo se apoderó de Anita, que, medio desvanecida, no opuso resistencia, y la arrancó á toda prisa hacia la casa. Quería evitar que la complicasen en la horrible tragedia.

Apenas desaparecieron, llegó el director seguido de varios empleados. Era imposible tranquilizar á Juanito.

—¿Por qué — repetía á voces —, por qué se me puso delante? Ahora que venía... que se acercaba... que iba á llegar... vestida de luz...

XIII

Pasaron varios días. En los que siguieron inmediatamente al espantoso suceso, no quise marcharme del manicomio. Ocupóse, como es natural, la justicia del asunto, y aunque todo pudo justificarse, no faltaron para el director sinsabores y disgustos, y parecióme falta de consideración separarme de él en tales momentos.

Ya todo tranquilo, dispuse la marcha, y decidido á salir tempranito, hice la noche antes todas mis despedidas. Sólo dejé para la mañana la de Lorenzo, á quien había visto muy poco aquellos días. Como testigo, y casi responsable de la catástrofe, puesto que era aquella noche guardián del idiota, habíánle alcanzado bastantes trajines, y además pasaba gran parte del día en casa de Anita. Su cuarto estaba á poniente, sobre las huertas, y allá me dirigí apenas hubo amanecido.

Recordóme el matinal paseo otro amanecer que en el mismo sitio había contemplado después de mi lle-

gada al manicomio. Como entonces, la vida y el trabajo habían comenzado ya en la huerta, y las hojas multicolores de las plantas sostenían á duras penas su carga de gotas de rocío; pero el sol se mostraba perezoso, y aunque daba señales de existencia tras un montón de nubes por oriente, no parecía mostrar demasiado empeño en confundirlas con su luz triunfadora. Por eso el paisaje estaba falto de vida, y sobre el follaje, un tanto lacio, pesaba aún la influencia de la noche.

Pasé de prisa y entré en el cuarto de Lorenzo. Sorprendióme no poco encontrarle en la misma ocupación que yo acababa de abandonar: haciendo la maleta.

—¿Qué significa esto?—pregunté sin pararme siquiera á saludar.

—La charada es fácil—respondió el buen loquero con su eterna sonrisa—. Hombre que hace la maleta... hombre que se marcha.

—¿Es que renuncia usted á su tarea?

—Voy buscando lugar donde ejercerla bien; aquí me sería difícil.

—¿Es que D. Pablo?...—comencé, suponiendo que á causa de la muerte de Ortueta pudiera haber perdido mi amigo la confianza del director.

—D. Pablo—interrumpió— es la bondad misma para conmigo. Me voy en uso de mi plena y libérrima voluntad.

Lorenzo tenía la extraña facultad de taparme la boca á las dos palabras; así es que en esta ocasión, como en tantas otras, me quedé contemplándole de hito en hito, sin saber qué decir. Grande debió de ser mi expresión de sorpresa, toda vez que él, al cabo de un momento, me dijo:

—Voy á explicarle á usted todo esto que le parece extraño, empezando... por el principio. Verá usted á qué poco queda reducida la novela de mi vida, que usted ha tenido la bondad de suponer interesante.

Yo callaba; pero mi mente formuló por su cuenta un ¡al fin! elocuente y satisfecho, del cual algo debió de traslucírseme en la cara.

Lorenzo continuó. La emoción ponía vaguedades de sordina en las vibraciones de su voz.

—No es para usted nuevo el saber que yo quiero á Anita. La quiero... no diré como nadie; muchos habrá tal vez que quieran más y mejor que yo; la quiero todo lo que puedo querer. Usted sabe también que yo tengo dada la vida á estos desgraciados, faltos de razón, dada sin regateos y sin posibilidad de participación alguna. Y no vaya usted á creer que me amarren á ellos las imprudentes ligaduras de un voto, sólo á mí mismo me lo he prometido; pero no acostumbro á faltar á palabras que á mí mismo me he dado. Mientras vivió Ortueta, el amor que Anita le tuvo dió á mi resolución la ayuda de lo imposible; por eso (¡tal vez fui egoísta!), aunque aborreciéndole á él, alegrábame en

cierto modo de aquellos amores, que servían á mi deseo de límite y barrera... Usted dirá que me ha visto de noche atisbando sus citas: no iba allá por celoso, iba porque sabía que él era un cínico, y aunque al derecho de poseerla desde siempre renuncié, jamás rechacé el deber de protegerla. Así adiviné su criminal designio: la mano de Dios me ahorró el crimen que tal vez hubiera necesitado para impedirlo... y ante el que no hubiera retrocedido, ¡puedo jurarlo!

Estaba Lorenzo en verdad hermoso y arrogante diciendo estas cosas... Tenía en la mirada algo de la varonil y enérgica belleza de un ángel exterminador.

—Ahora que ya ese desgraciado no puede ser obstáculo...

— Comprendido—interrumpí, orgulloso de mi penetración—. Ahora teme usted ser débil, y huye: es usted un héroe.

—No tanto.

—¿Acerté?

—No del todo. Va usted á llamarme orgulloso. No temo por mí; sé que puedo vencer mi deseo; ¡tantas veces he peleado contra él!

—Entonces... ¿ella acaso?

— ¡Por lo que usted más quiera!—dijo el loquero santo con acento de fervorosa súplica—. No me crea usted presuntuoso; acaso soy un visionario...

Y precipitándose, añadió:

—Sí, lo creo; es posible que un día, no muy lejos,

Anita pueda pedirme, pueda necesitar que sea para ella lo que no puedo ser, y por eso me marcho. Sé que puedo vencer á mi corazón; el suyo me vencería seguramente.

La sorpresa me dejó anonadado.

—Pero usted...—intenté decir después de un momento—; pero usted es un santo.

—Soy sencillamente un hombre que no quiere faltar á su palabra... á su deber.

—¡Deber ilusorio! ¿Quién ha de exigirle el cumplimiento? ¿Quién se le impone á usted?

—Mi voluntad y mi conciencia—respondió gravemente.

—¡Pero si eso es un crimen! Renunciar á la vida que viene hacia usted con los brazos abiertos...

—¿Y usted cree que antes de ahora no se me había ocurrido eso? ¡El sofisma de la vida! ¡Es preciso ser feliz! Todos tenemos derecho á ser felices! No sabe usted qué buen argüidor es un corazón que quiere rendirse.

—Al menos—insistí, quemando el último cartucho—piense usted que es posible que por su culpa Anita sea desgraciada...

—No; aún es tiempo. Ella no sabe nada de sí misma; por eso me voy; el crimen estaría en quedarme.

No hay remedio — pensé —. Y renunciando á la batalla, me abracé á Lorenzo y me despedí de él con sentimiento, mezcla de admiración y despecho... y ya

en la puerta, con el último apretón de manos, hallé la fórmula para expresarle mi estado de conciencia, y le dije:

—¿Se ofenderá usted, Lorenzo, si le digo francamente mi opinión? Creo que está usted loco, ¡loco rematado!

— ¡Quién lo duda! — respondió mansamente - . ¡Quién no tendrá razón al dirigir á otros ó á sí mismo tal acusación! Creo que alguien ha dicho, y si no ha debido decirlo: «La razón del hombre es una locura más.»

Y al decir esto ya la sonrisa había borrado en su rostro las huellas de la pasada emoción, como los rayos del sol naciente, sorbiendo las gotas de rocío, borraban en la huerta las huellas de la pasada noche.

TORRE DE MARFIL

I

Íbase despidiendo el verano con morosidades de buen amante, y así los días de la segunda mitad de Septiembre habíanse ido sucediendo como adioses, los unos plácidos en tibias y lentas ternuras, los otros febriles y asfixiantes.

Aquel domingo fué día de bochorno, y la tarde, con el rojo y el fuego de su puesta de sol, envolvió á la ciudad en niebla caliginosa. Andaban las gentes por las calles medio ahogadas en polvo y sudor, buscando en vano refrigerio en los brebajes de horchaterías y cafés. Las umbrías harto polvorientas de la Moncloa, el camino del Pardo, los merenderos de la Bombilla, rebosaban de paseantes; al anochecer volvían á la corte en fatigosa caravana, matrimonios burgueses con los trapitos de cristianar, abriendo el sudor surcos en los rostros empolvados de ellas, ablandando el almidón en los cuellos y pecheras de ellos, malhumorando á todos con la perspectiva de la casa en calle estrecha, cerrada y caliente; chiquillos lloriqueando de cansan-

cio, de cien molestias que sufren y no entienden; el polvo que se entró en los ojos, los pies que se hincharon dentro de las botas nuevas, el zumo de naranja que se reseco entre los dedos, la goma del sombrero que aprieta...

La cuesta de San Vicente tiene algo trágico por la subida de aquella multitud, á un tiempo rumorosa y silenciosa, como si todos fueran á cumplir algún voto triste. Algunos, ó muy jóvenes ó un tanto bebidos, se arriesgan á cantar mientras van subiendo, pero la copla desentonada no consigue alegrar la tristeza inevitable de toda «vuelta de paseo».

Privilegiados son los que pueden aguardar la noche bajo la arboleda. Las noches de verano son, con las mañanas de Abril, lo mejor de la vida: unas y otras tienen para los corazones una fragante intimidad gozosa; aún más que intimidad, fraternidad; el alma se siente más cerca del cuerpo, y el cuerpo más uno con la tierra; mas, en el panteísmo mañanero, la intimidad es desbordamiento del alma sobre el universo, y en el nocturno es compenetración del universo con el cuerpo y el alma: quiero decir que, en las dulces mañanas, el hombre sale de sí mismo y se derrama sobre el mundo exterior, y vibra en la luz clara, y se diluye en el ambiente fresco; y en las noches románticas, el hombre se recoge bajo las alas de la sombra, y se deja empapar por la tibieza y el silencio, y pulsar como un arpa por la tembladora caricia de las estrellas. Vivimos las mañanas, y las noches viven en nosotros.

Esta noche, unos cuantos felices han decidido olvidar la vida dos ó tres horas en la paz relativamente bucólica de un merendero madrileño. Pensóse en «Parisiana»; pero, aunque ellos tengan bien provisto el bolsillo, como ellas no son «señoras de sombrero», desistióse del proyecto *ultra-chic*. También «del otro lado» se cena bien, y organillo por violín, toda música suena alegre tres años más acá y más allá de los veinte; sobre que en la Bombilla se puede bailar polca de aperitivo y schotiss de postre, lo cual no deja de tener su encanto. ¡Á la Bombilla, pues!

¿Habrá que decir cómo los caballeros son estudiantes y las damas modistas?

Tres eran, tres, las hijas de Elena. Tres son estas hijas de Madrid, y de lo más florido que la corte haya echado jamás á reir por esas sus calles mal empedradas. Mariana, Inés, Conchita; ni rubias ni morenas, ni altas ni bajas, ni abundantes en carnes ni abrasadas á puro espíritu. Nada de alas de cuervo, ni de espigas maduras, ni de violetas por ojos ó lirios por ojeras. Chiquillas sin metáfora posible, con pelo castaño y pocas lecturas, bien halladas con la vida porque es domingo y ha hecho buena tarde; golosas, natural y sanamente, de amor y de naranjas, de baile y de palabrería, placeres madrileños si los hay, y que, juntos, suenan á risa con eco romántico, mas sin sentido oculto, digan lo que quieran transcendentales y metafísicos poetas.

Ellos ya dije que son estudiantes. Ellas se rien, porque—casualidad inocente—tienen los tres nombre de arcángel: Rafael, Gabriel y Miguel. Rafael es cordobés, es rubio, con sonrosada cara de niña y ojos pardos, zalameros y tristes. Conchita le da broma porque—afirma muy seria—tiene ella más bigote que él, ¡pero muchísimo más! Y, en efecto, el bozo del muchacho apenas se destaca por ámbar sobre el rojo sensual de los labios.

Miguel es levantino, menudo, moreno, con el pelo negrísimo comiéndole la frente, con ojos pequeños y vivos, con movimientos de lagartija.

—¡Cucaracha mía!—le dice Inés, que está un poquillo alegre, sin haber bebido más que agua á la hora presente.

Gabriel es montañés y noble: sus amigos le llaman el «Marquesito». Es alto y desgarbado. Tiene los ojos garzos y grandes, las mejillas hundidas, quebrado el color, el pelo castaño, escaso y muy lustroso. Cierta dejadez en los movimientos, cierta languidez en el mirar que, á intervalos, se anima y centellea por contagio con la alegría ambiente. Mariana, su pareja, le mira con mal disimulada curiosidad: parécele el muchacho taciturno y como cansado en la flor de la juventud, cosa casi sobrenatural en fuerza de incomprensible. ¡Ella, que despierta á la vida con tan impetuoso deseo de vivir, y que está tan segura de su propia fuerza! Será cosa de ricos ó de marqueses, ¡vaya usted á

saber!—piensa, mordiéndose un poquito los labios — eso de tener cansancio de nacimiento. ¡Cosas que Dios hace! Como no tienen que trabajar para ganarse la vida...

—¡Qué seria te has puesto, Mariana!—dice Inés.

—Estará cansada—dice Rafael.

—Ó tendrá hambre, como yo, por supuesto—afirma Conchita.

—No, no; es que voy pensando.

—¿En qué?

—En cosas mías.

—¿Sólo de usted?—arguye Rafael — ; eso es mucho egoísmo.

—Mías y de todos,

—Á ver si se le puede perder á usted hacia aquí algún pensamiento—suspira el Marquesito con su mejor acento de languidez.

—Pues sí que iba pensando en usted.

Coro general de bravos y risas.

—No se rían ustedes, que no tiene nada de particular.

—¡Qué ha de tener!

—Y además, que no es ningún pecado.

—¡Eso ya sí que es lástima!

—¡Miren qué gracioso!

—¿No le gustaría á usted pecar conmigo?

— No, señor.

—¿Y por qué?

—Por eso.

—¿Cómo por eso?

—Sí; por eso en que venía pensando.

—¿Y se puede saber lo que era?

—¡Ya lo creo!

—Á ver, á ver.

—Que á usted no le debe gustar nada de este mundo.

—Me gusta usted de un modo escandaloso.

Nuevo alboroto de risas y palmadas. Mariana se sofoca un tanto y no quiere seguir la interrumpida explicación. Afortunadamente, llegan al merendero, y aunque hay gran concurrencia, logran una mesa apartada, bajo un cenadorcillo. En la ficción de misterio que tejen la noche y la umbría, pronto los corazones se ponen á tono romántico. Se hace el *menú*: las niñas no quisieran comer más que cosas poéticas: langostinos, mayonesa de aves, plátanos, flan... ¡Lástima que en Septiembre no haya fresas! Pero hay champagne, ¡champagne!, que á las cuitadas se les antoja, no ya poesía, sino pura leyenda; así abren los ojos tamaños, y hasta les tiembla levemente la boca, como en espera de una emoción de amor, cuando Gabriel rumbosamente pide el saltarín vinillo de extranjis desde el comienzo de la cena. ¡Qué regocijo cuando salta el corcho! ¡Qué prisa por sorber la golosina de la espuma!

... ¡Anda, si sabe á sidra! exclama Inés cándidamente.

Y todos le hacen una gran ovación.

—Sí, sí, os podéis reir. ¡Como si vosotras estuviéseis hartas de beberlo! Apuesto cualquier cosa á que hasta hoy no lo habíais probado; ¡lo mismito que yo!

Protestas. Conchita ha bebido champagne lo menos cuatro veces en su vida; la última, todavía no hace un año, el día que se casó la «maestra», que almorzaron en Fornos, en un salón de arriba para ellos solos, con pavo trufado y jamón en dulce y galantina á pasto y helados de postre. ¡Qué boda aquélla! Á la narradora le relucen los ojos de gusto al recuerdo de tales magnificencias.

Inés, naturalmente, no quiere ser menos. Para boda, la de una prima suya, hija de un salchichero de la propia plaza del Carmen. En los Viveros fué, pero ¡eche usted rumbo! Más de ochenta á la mesa; lo mejor del comercio de Madrid; y venga jerez, y pastas, y música, y baile; desde las once de la mañana hasta mucho después de media noche, y al otro día vuelta á empezar, que era domingo, y se celebró la tornaboda en la Fuente de la Teja.

— Y usted, Mariana, ¿no tiene boda que contar?

— ¡Ya lo creo!: la mía.

— ¿La tuya?

— ¿La de usted?

— Claro que sí.

— ¿Te has casado? ¡Ja, ja, ja!

— No me he casado, pero me casaré, y cuento por

cuento, ¿qué más da hace seis meses que dentro de tres años? ¡Mi boda, ya lo creo! ¡Y que á fantasías no me ganáis vosotras! ¡Poquito generoso que va á estar el padrino! Me casaré de noche, y alquilaremos toda la Moncloa, y pondremos faroles á la veneciana en todos los árboles, y un organillo en cada esquina, y una música de aire en el Caño Gordo, y cenaremos en el pinar, y á media noche saldrá la luna, como en *Los Madgyares*, y todos estaremos un poquito alegres, y bailaremos hasta de coronilla; y cuando ya estemos rendidos de bailar, amanecerá, como en *La Bohemia*, y nos iremos á casita antes de que pique el sol y se levante polvo, cantando aquello tan bonito de *Marina*: «¿Adónde vais huyendo las ilusiones?»... ¿Qué os parece la bodita, eh?

Todos palmotearon; Gabriel se quedó mirando de hito en hito á aquella madrileña que, para evocar en su entusiasmo bucólico amaneceres y claros de luna, acudía con toda naturalidad á las ficciones de teatro. —¿Acaso no ha visto nunca nacer el día sobre un campo de veras? —pensó con el asombro inquieto del naturalista que descubriese una especie jamás sospechada... ¡Sobre un campo de veras!... ¿Es posible que un prado ó un maizal plateados en luna, un robledal hosco incendiado por el sol poniente, una senda con zarzas y rocío, ó un huerto con regatos que cantan al amanecer, puedan estar para un cerebro humano en la misma remota nebulosidad que los amores trágicos de

don Álvaro, ó las ternuras más allá de la muerte de doña Inés de Ulloa? ¿Y la visión de la naturaleza, en la abominación pintada de telones y bambalinas?

A él, señorito de palación y aldea, criado en fraternidad estrecha con el terruño, con la carne y el alma saturadas de olor á toronjil, le dió en aquel instante un poco de miedo la mujercita ciudadana; mas luego le inundó una gran marea de ternura, al comprender de pronto el por qué metafísico de la jaula del grillo colgada en el balcón en las calles estrechas del Madrid pobre, y cómo es un poema el cri-cri del cuitado animalito, y casi un palio de ensoñaciones el verdor de la hoja de lechuga con que entolda la diminuta jaula la niña madrileña, añorando campos que nunca vió...

—¿En qué está usted pensando tan serio?

—En que me gustaría llevarla á usted á mi tierra para que viera usted lo que es bueno.

—Pues ahora pasa el tren. ¡Con más oportunidad!

En efecto, pasa el tren por el puente que está sobre los merenderos; pasa silbando y haciendo tanto ruido.

—¡Ay, dichosos los ricos, que se van de viaje!

—¿Usted no ha salido nunca de Madrid, Mariana?

—Nunca.

—Yo—dice Conchita—he ido un año á Alicante en tren botijo. ¡Chiquillas, qué cosa tan bonita es el mar!

¡El mar! Á Mariana se le encienden los ojos de deseo.

—Lo dicho—confirma Gabriel—; usted tiene que venir á mi tierra, para ver montañas, y árboles, y pra-

deras, y mar de verdad, el Cantábrico, el grande, no el mar de Alicante, que es de mentirijillas...

El valenciano salta como un cohete:

—¡Mar de mentirijillas el Mediterráneo! ¡El mar latino! ¡El mar azul!—Y hace un apasionado panegírico, no sólo de su mar, sino de su tierra.—¡La huerta de Valencia, pues no faltaba más! Niñas, hasta que hayan ustedes ido á Valencia, no saben lo que es verde, ni lo que es azul, ni lo que es gloria viva, ni lo que son claveles y olor á cielo...

—¡Alto ahí!—grita el arcángel andaluz—. Olor á gloria, y claveles, y nardos, y jazmines, y flor de azahar, y manzanilla por añadidura, en mi tierra, que por eso es la tierra de María Santísima.

El champagne enciende prodigiosamente el regionalismo de los campeones:

—¡Viva Sevilla!

—¡Viva Valencia!

—¡Viva la tierra!

—¡Viva Madrid!—gritan á una las tres muchachas.

—¡Viva!—responden ellos galantemente.

—Porque en Madrid—balbucea Conchita, ya un tanto mareada—no hay mar..., ni naranjos, ni..., eso es..., ni campos de maíz..., pero...

—Pero hay niñas bonitas como tú—termina Rafael, apoyando la vacilante oratoria de su amiga. Ella le mira con ojos dulcemente turbados.

Termina la cena; suena el organillo:

—¡Ábailar, á bailar!

Conchita y Rafael, Miguel é Inés, «novios» desde hace una porción de domingos, se lanzan al baile sin ceremonia alguna, y quedan frente á frente, solos en el cenadorcillo, Mariana y Gabriel.

Es el caso que apenas se conocen; se han visto aquella tarde por primera vez. El ruido, la cena, la charla cordial de los otros han sostenido para ellos una ilusión de intimidad; pero, al quedarse solos, se dan cuenta de que son absolutamente extraños uno á otro, y no encuentran nada que decirse. Él la mira á ella; ella sonríe; pero luego se pone seria, sin saber por qué; él, que había empezado á sonreír á la sonrisa de ella, se pone también grave ante su repentina seriedad. Ella está en pie, de espaldas á la mesa, con las dos manos apoyadas en el tablero; él piensa que acaso fuera galante y oportuno apoderarse de una de aquellas manos, pequeñas, pero un poco rojas sobre lo blanco del mantel, y no se atreve; luego imagina que su timidez es puro provincialismo, y bruscamente, como quien se tirase al agua, le pasa un brazo por la cintura; ella se aparta, seriamente ofendida, y él, colorado como un tomate, intenta disculpar la osadía, preguntando con aire de sorpresa:

—¿No quiere usted bailar?

Ella se ríe, le mira de alto á bajo con malicia, y generosa ante el evidente aturdimiento del galán, responde jovialmente:

—Bailemos.

Se cogen del brazo y se encaminan hacia el grupo danzante; pero apenas han dado cuatro pasos, él siente ciertos resquemores de escrúpulo y confiesa paladinamente:

— Le advierto á usted que yo no sé bailar.

Son de oír entonces las carcajadas de ella. Tanto, que él le pregunta completamente desconcertado:

—¿De qué se ríe usted, Mariana?

—De nada...; no ponga usted esa cara tan fúnebre, que esto del baile se aprende pronto; yo le enseñaré á usted. ¡Vamos! Á la una..., á las dos... ¡Espere usted, hombre, que hay que entrar á compás!... Ahora... ¡Ja, ja, ja! Pero alma de Dios, ¿no ha bailado usted nunca?

—Nunca—responde el cariacontecido galán, dolorosamente.

—Bueno; vuelta á empezar..., despacito..., á la una...

—Mire usted, Mariana, francamente, ¿no le parece á usted que será mejor dejar el baile para otro día?

—Á mí no me molesta...

—Soy yo el que no quiero que le quede á usted un mal recuerdo de la primera vez que nos hemos visto. Perdone usted.

—El no saber bailar no es pecado.

—Pero es ridículo.

Tan triste es el acento del pobre muchacho, que la madrileña se le queda mirando fijamente, y al mirarle

siente que le brota en el alma una extraña ternura maternal, como lástima y cariño al mismo tiempo. Parece el Marquesito chiquillo desamparado, más bien animalejo recién nacido, cosa, en resumen, pequeña, frágil, necesitada de amparo y protección.

Y así es; Gabriel, con sus veintidós años vividos en el palacón provinciano, huérfano de padre, bajo la guarda de una madre inflexible y fanática, apenas sabe lo que es vivir, y seguramente ignora lo que es voluntad. Ahora observa Mariana la intensa palidez de su rostro, el relucir casi febril de los ojos, la indecisión de movimientos, el encogimiento de quien tiene costumbre de tener miedo ó algo, castigo ó fantasma...

—¡Jesús, que lástima de criatura!—piensa, y casi se le saltan las lágrimas.

Él, por su parte, está como hechizado, comiéndose-la con los ojos; porque siente, sin darse cuenta cabal de ello, la revelación de una fuerza—á él le parece sobrenatural—en el mirar sereno, en el rostro sano, en el cuerpo grácil, en el ademán decidido de la modistilla; y le vienen impulsos de colgársele al cuello y decirle:

—¡Quiéreme, quiéreme, y vamos juntos donde á ti te parezca!

—¡Qué callados nos hemos quedado!

—Sí que es verdad. ¿Quiere usted que demos una vuelta por ahí mientras éstos bailan?

—Como usted quiera.

Echan á andar y salen á la carretera; el cielo está sereno, estrellado y sin luna.

—Se está poniendo fresquita la noche.

—Es el aire que viene del río.

—¿En qué va usted pensando?

—En que sí que es raro que sea hoy la primera vez que se ha puesto usted á bailar.

—Raro, no.

—Sí, porque andando con mujeres...

—Es que usted es también la primera mujer á quien hablo—iba á decir en mi vida, pero rectificando *in mente* concluye —: desde que he venido á Madrid.

—¿De veras?

—De veras.

—¡Tiene gracia! ¡Yo que le creía á usted un conquistador!

—¿Y por qué?

—Como es usted marqués y viene usted con ésos... Son muy amigos de usted, ¿verdad?

—Amigos, casi no. Compañeros de alojamiento; pero me quieren y yo á ellos. Como estoy aquí solo, sin familia me dijeron: —Vente, que nos vamos á divertir tanto y cuanto—. Y vine.

—Como yo entonces.

—¿También está usted sola?

—Peor.

—¿Peor?

—Sí, porque tengo una familita que no me la merezco. Padre..., bueno, es mi padre, ¿y qué voy á decir de él? Bastante desgracia tiene con que le guste tanto el vino...; una madrastra que es una víbora, y cuatro hijos «de ella» que son cuatro lobos, sobre todo el mayorcito, que se las trae. Con decirle á usted que hace ocho meses les tuve que dejar la sombra en prenda y marcharme á vivir á casa de la Inés, está dicho todo. En fin, peor podría ser, que al cabo una se va ganando la vida, y eso es todo lo que hay que pedir en el mundo... es decir, cuando no nace una en cuna de marqueses.

Mariana termina la perorata con una fresca risa. Gabriel la ha estado oyendo casi con veneración. ¡Ganarse la vida! ¿Sería él capaz de ganarse la vida? Seguramente no. El mundo es para él como selva inmensa en que cada sombra esconde un abismo y cada senda una asechanza. Para vencer el miedo, preciso es cerrar los ojos y marchar asido de una voluntad superior. Todas las leyes divinas y humanas les parecen pocas para seguridad contra peligros y tentaciones, ¡á él, hombre! Y he aquí que una rapaza pobre se ríe con toda serenidad cara á la vida, sin pensar en las leyes ni én los abismos.

—¿Y es usted modista?

—Ahora sí; pero he sido de todo: peinadora, planchadora, telefonista, sastra, camarera en una horchatería..., hasta corista, ¡ya ve usted!, y todo lo he dejado

por lo mismo; mala suerte de una, tropezar en todas partes con algún ganso de hombre que tiene la sartén por el mango, y se le antoja lo que una no le quiere dar..., porque, eso sí, lo que es al hombre á quien yo quiera, le he de querer á gusto, y hasta ahora no me ha gustado ninguno, con veinte años que tengo. ¡Ya ve usted si soy exigente!

—¿Ninguno de veras?

— Como usted lo oye. Por eso me gusta sabérmelo ganar, para no tener que cargar á disgusto con ningún hombre que me mantenga. ¿Por qué suspira usted?

—Porque me da usted envidia.

—¡Envidia yo á usted! ¡Esa sí que no cuele!

—Puede usted creerlo.

—¡Tenerle envidia un hombre á una mujer! ¡Y marqués y rico, á una pobre como yo! Si es guasa, puede pasar...

—Envidia, Mariana; admiración, respeto, lo que usted quiera, porque tiene usted todo el valor que á mí me falta.

—¡Ay, si yo fuera hombre!

—¿Qué haría usted?

—Más vale no pensarlo, porque no acabaríamos nunca de contar. Lo primero, echarme á correr mundo y no parar, ¡qué sé yo!, hasta la China. ¡Mire usted que ser la tierra tan grande como dicen que es y no haber visto más que un cachito así! Pero, ¿adónde va una con estas faldas? No crea usted, que á veces me

dan tentaciones de cortarme el pelo, y vestirme de hombre, y echarme á andar por ahí, aunque sea de titiritero. ¡Pues no digo nada queriendo trabajar! Á ministro puede llegar un hombre, aunque haya nacido en la Inclusa, y una mujer, ya ve usted, lo más, lo más, maestra y pasarse la vida desasnando críos, ó cómica y morirse de hambre cuando llegue á vieja, ó mala mujer y morirse antes de asco en el hospital. No se figure usted que no se me ha ocurrido á mí todo, que puesta una á pensar, ¿quién le pone puertas al campo? Qué loca soy, ¿verdad?

— Es usted una mujer admirable!

— ¡Ja, ja, ja! ¡Admirable!

— No se ría usted.

— ¿Qué voy á hacer más que reirme, ahora que tengo ganas? Ya me llegará el día de llorar... como á todas.

— ¡Quién sabe! ¿Por qué?

— Porque sí; lo sé yo. Mujer que nace, lágrimas seguras. Así es el mundo; ¡qué le va uno á hacer! Ni usted ni yo lo vamos á arreglar...; es decir, puede que si yo fuera usted lo arreglara un poquito; pero todas estas fantasías que tengo, siendo lo que soy, ya sabe usted el cantar: «Es lo mismo que si un calvo se encuentra en la calle un peine.» Y si á usted le parece, vamos á buscar á ésos, que ya es tarde, y la Inés, en poniéndose á bailar, no se acuerda de que mañana es lunes y á las ocho hay que estar en el obrador.

—Vamos donde usted quiera.

—¿Dónde estamos? ¡Si hemos andado lo menos media legua! ¡Qué noche tan hermosa y qué bien huele el campo!

Sí que huele bien: á jara, á tomillo, á comienzo de otoño, á agonía de hojas que ya van queriendo caer de los árboles. Diríase que el aire tiembla sutil y fresco; se oye un canto lejano de codorniz. Gabriel siente en el pecho una inquietud tan intensa que no acierta él á entender si le causa gozo ó dolor; desde luego es como plenitud que quisiera desbordarse... «Cuando la plena corriente del sentimiento desborda... —ha dicho Longfellow— y le viene á la memoria del corazón un verso, no sabe de dónde:

...Mi corazón es como vaso lleno...

— ¡Mariana! — dice con voz dolida.

— ¡Qué! — responde ella, con un poco de susto. Parece que en su nombre, pronunciado así, esté todo el misterio de la noche.

— No... nada... quisiera... quisiera decirle á usted una porción de cosas, pero se va usted á reir de mí.

— Yo, ¿por qué? No... ¡Ay, Dios mío!

— ¿Por qué dice usted ¡ay, Dios mío!?

— No sé... no sé. Vamos de prisa.

— ¡Gabriel, Mariana!

Las voces de los otros rompen, lejanas, el cristal de

la noche y el sortilegio del amor naciente. Mariana da un suspiro, como si despertase:

— Ya nos buscan.

— ¡Mariana, Gabriel!

— Ya vamos, ya.

— ¿Pero dónde diablos se han metido ustedes?

— Ya estamos aquí.

— Muy bien, de escapatoria.

— Paseando... como Gabriel no sabe bailar.

Coro de risas.

— ¡Á casita, á casita, que es tarde!

Y no pasó más aquella noche.

II

Cuartito limpio que hace de comedor, sala y gabinete; estera de pita con dibujo de alfombra; mesa cuadrada con tapete de yute; sillas de madera labrada, imitando cuero; aparador chinero con las inevitables columnillas y los cristales escarchados, con buena provisión de cacharrería — cristal y níquel, digamos vidrio y lata para ser verídicos —; un sofá y dos butacas tapizados de gaya cretona florida; brasero de copa dorado. Todo nuevecito, risueño, reluciente y orgullosamente feliz. Balcón—un poco alto—sobre el paseo de la Habana; sol de los más claros de un claro Enero entrando á torrentes por el balcón; jaula de canario; gran manojo de rosas, aún envueltas en el papel con que vinieron de la tienda, sobre la mesa. Gabriel, tendido en una de las butacas, fuma y deja vagar el pensamiento. Dan las doce en el despertador, que sin duda ha de estar en la alcoba. Gabriel sonrío. Pasan unos minutos; apresurado taconeo en la escalera; ruido de llavín en la cerradura; la

puerta que se abre; dulce rumor de faldas en el pasillo; Gabriel se levanta y tira el cigarro; una mano pequeña levanta la *portière*; un rostro lindo sonríe todo ilusionado. Un abrazo de los interminables.

— ¡Qu e fría traes la cara!

— Es que hace un di ta de prueba. ¡Ha caido una helada esta noche! ¡Pero vaya un sol!... ¿Por qu e me miras?

— ¡Por mirarte!

— ¡Otro abrazo!

— ¡Ay, Mariana, Mariana, cómo te quiero!

— ¿De veras, de veras, de veras?

— Más que   mi vida, más que   mi alma.

— Pues   comer, que es tarde, y en el obrador tenemos unas prisas horribles... Ya podías haberme puesto la mesa. ¡Ay, rosas! ¡Qu e bonitas! ¡Pero qu e loco eres! ¡Mira que comprar rosas en este tiempo! Cuestan un sentido y no duran nada. ¡Cómo me gustan   mí las rosas... y estas de te, más! ¡Gracias! Eres un  ngel. Anda, pon el mantel mientras me quito esto y voy   echar la sopa.

Sale. Gabriel se queda temblando de emoción y se lleva las manos al pecho, porque casi no puede respirar; quisiera gritar, llorar, decir algo hondo, muy grande, muy intenso. El amor alegre de esta chiquilla es como un torrente de agua viva, de sangre, de luz..., no sabe de qu e, verdaderamente... que le brotase en el mismo corazón, ahog ndole de gozo. ¡Ay,

cómo duele y qué sabrosamente la emoción de amor, y qué poca cosa son el cuerpo y el alma para querer cuando se quiere! ¡La quiero, la quiero, la quiero; la quiero querer más y no puedo ya con más cariño! ¡Pícaras palpitaciones! ¡Ay, cómo duele el corazón, y qué bien sabe el que duela tanto!

—¿Qué haces ahí sin ponerme la mesa, grandísimo holgazán? ¿Pero qué te pasa que estás tan pálido? Siéntate, habla, ¿qué tienes?

—Nada... chiquilla, nada... que cualquier día de éstos... me muero de alegría de quererte...

Ella frunce un poco el ceño, mientras él se deja caer en la butaca:

—Anda, ven aquí, dame un beso...

—No quiero...

Prestamente prepara la mesa sin decir palabra; él la mira ir y venir y se va calmando lentamente.

—No estés enfadada conmigo.

—Si no es enfado... es que me da rabia por ti; por ti, nada más que por ti. (¡Qué bonita está con los ojos llenos de lágrimas!) ¿Has ido á clase? ¡No! De seguro que te has estado aquí toda la mañana fumando cigarrillos turcos... como si lo viera; ¿no lo dije? doce colillas en el brasero; desde la escalera lo he conocido por el olor; y tomando te bien cargadito; ¿á ver? ocho terrones faltan en el azucarero; ¡claro, cuatro tazas! Te estás envenenando, ¿sabes? envenenándote, y de eso te duele el corazón y te dan esos arrechuchos, no

de quererme, que más que te quiero yo á ti no me quieres tú á mí, y no me duele nada.

—Perdóname, Mariana... mírame, riéte, ¡ajajá! y vamos á comer, que es tarde...

—Sí, valiente comida harás tú, con la cara que tienes...

—Hoy como todo lo que tú quieras.

—¿Palabra?

—Palabra... pero dame un beso...

—Sí, sí, para monadas está el tiempo.

—Con ese ceño te pones muy fea.

—¡Mejor! Así me querrás menos y no te dolerá el corazón... ¿Sopa?

—Por ti, hasta sopa... pero no tanta.

—¿Quién manda aquí?

—¡Tú, tú, siempre tú!

—Pues entonces, á comer y á callar.

Poco duran lágrimas y enfados en ojos de mujer cuando está convencida de que alguien la quiere, y ¿qué locura no perdonará al hombre de quien sabe que está loco por ella? Y eso sí, completamente loco, chiflado, irresponsable del todo, está el Marquesito por la modistilla. Á tal punto vive sólo para ella, que le falta vida para lo demás... hasta para el trabajo de vivir; así, al menos, lo explica él apasionada y tiernamente, mientras ella come de prisa y con buen apetito.

—Si yo comprendo que tienes razón, muchísima

razón en enfadarte conmigo; pero no te enfades, porque harás muy mal.

—¿En qué quedamos?

—Tú quisieras que yo asistiera á clase sin faltar día, que estudiara tanto y cuanto; vamos á ver, ¿y para qué?

—¿Toma, para qué? Para que seas un sabio, y un hombre célebre, y todo el mundo hable de ti, y te admire...

—Conque me quieras tú tengo bastante...

—Pero si me quisieras tú á mí, harías todo eso que te pido y más por complacerme... porque el cariño se prueba así, haciendo el gusto de quien uno quiere.

—El cariño se prueba queriendo y nada más.

—Querer, querer... eso es muy cómodo.

—Pues yo no sé hacer nada más. Estás conmigo, y ¿qué quieres que haga mientras te tengo aquí? Ni pensar siquiera, ni acordarme de que estoy en el mundo; ¡mirarte y alegrarme de que Dios te haya hecho tan bonita... y tan buena, y tan mía!

—¡Mamarracho!

—Te marchas, ¿y qué voy á hacer más que acordarme de ti?

—Eso es, acordarte de mí para hacer lo que yo quiero que hagas.

—No, chiquilla, no; acordarme de ti para pensar en ti, para verte, para decirme á mí mismo: así entró esta mañana, así estaba sentada ayer noche, así volvió la

cara cuando se fué, así se reía al volver de paseo la otra tarde, esta voz tenía cuando me dijo aquello, así le temblaban los labios cuando yo le dije... así frunce el ceño cuando se enfada, porque hasta recordar que te enfadas conmigo me sabe á gloria.

—¡Pues estamos frescos!—dice ella, queriendo ponerse muy seria, pero teniendo que morderse los labios y bajar los ojos para que no se la vea en la cara el gozo interior.

—Ya ves tú qué crimen; sentarse ahí, en esa butaca, reclinar la cabeza, cerrar los ojos, y ¡á soñar contigo!

—Fumando y tomando te...

—Porque eso me ayuda á soñar...

—Ahora salimos con que necesitas venenos para recordarme. Muy bonito; ¡no nos faltaba más!

—Si no es eso...

—No, ¿eh?

—Tú lo eres todo para mí, todo, ¡te lo juro! pero por lo mismo te necesito siempre, siempre, siempre. Tú no entiendes eso; tú eres una mujer fuerte, sana de cuerpo y de alma; te sobra voluntad para ti y para mí, y para todo el mundo. ¡Cuántas veces me mandas hacer una cosa y la haces tú antes de haber terminado de mandármela! Así me quieres; sí, me quieres, lo sé.

—¡Más que á mi vida!

—Me quieres, y te puedes separar de mí, y mar-

charte al taller, y trabajar, y te sobra cabeçita fuerte para soñar locuras de cariño mientras están cosiendo esas manos y cantando esa boca; yo... á mí... ya ves, nací de un padre tan enfermo que se murió medio año antes de venir yo al mundo. Mi madre... ¡Dios le perdone el mal que me ha hecho queriéndome hacer bien! me ha criado, ella dice que para la otra vida, y no sirvo para ésta. Ella ha sufrido tanto en el mundo, que lo único que quiere para mí es el cielo; pero para ir al cielo, según ella, sobra la voluntad, y me la gastó, ¿sabes cómo?, á fuerza de miedo. ¡Si vieras qué niñez he pasado! ¡Qué terror al infierno! Hasta el respirar me parecía pecado mortal. ¡Qué noches, qué noches de pesadilla negra! ¡Qué despertar ahogándome sin atreverme ni á dar un grito! De entonces me vienen estas palpitaciones. No he tenido amigos por temor á las malas compañías, no he tenido ambiciones por temor al orgullo, no he tenido amores por horror á la sensualidad; pero he tenido sueños, sueños solitarios, silenciosos, interminables, en aquel palación, sentado tardes y tardes de verano y de invierno frente á mi madre, que rezaba ó cosía. No he leído más que vidas de santos ó libros de versos; ya ves tú qué raro: á mi madre le dan espanto las novelas, pero los versos no le importan; le parecen cosas de juego, flores de inofensiva palabrería. ¡Los versos que he sabido de memoria, Virgen Santa! Á los quince años me dieron un caballo y una escopeta; y seguí soñando bajo las arbo-

ledas mientras tiraba á los pájaros; ya ves tú que horror: me gustaba matar á los pobres animalejos por hacer un mal que no fuese pecado. Á los diez y ocho, mi madre me consintió fumar, pero cigarrillos turcos, porque le pone mala el olor fuerte del otro tabaco, y ahí tienes, versos y fumar, y versos y paseo, y campo y caza, y miedo y soledad, y versos, y vuelta á empezar..., sueño..., todo sueño. Así he vivido siempre; ahora vivo por ti, para soñar contigo. Pero no te me pongas tú triste.

—No, no...

—Porque además de que no hay motivo, noto que voy á cambiar.

—¿De veras?

—¡Y por ti! Esa fuerza de vida que tú tienes es contagiosa; ya me he vuelto casi más alegre; luego me volveré trabajador, y hasta ambicioso si tú quieres. Te juro que desde mañana voy á clase y no fumo.

—Desde esta tarde; sales conmigo y te dejo en la puerta de la Universidad.

—No; salgo contigo y nos vamos los dos á paseo.

—Justo; y el obrador...

—¡Dichoso obrador! No sé qué empeño tienes en trabajar. Tú, que eres tan requetehormiguita, ¿no te puedes arreglar con lo mío?

—Sí puedo; pero... ya te lo he dicho otras veces...

—Pero no me lo vuelvas á decir; ya lo sé, ya conoz-

co tu famoso «á mí no me mantiene nadie». Orgullito, orgullito.

—Bueno; ¿y qué?

—Nada, nada; tú tienes derecho á todas las fierzas...

—¿Verdad que sí?

—Verdad...

—Pues andando.

—¿Te marchas ya?

—¿Viencs?

—¿Á paseo?

—¡Á clase!

—Mañana, te juro que mañana; pero me vas á dejar esta tarde, sólo ésta, la última, irrevocablemente la última, para despedirme de mis sueños... Un beso..., un abrazo..., otro... ¡Bendito doctorado que me trajo á Madrid, y bendita la hora que te puso en mi camino!... Abrígate bien, y que vueivas pronto... Adiós... Adiós... Ríete; no te vas enfadada conmigo, ¿verdad? Acuérdate de mí, aunque tenga muchísimos volantes la falda que estés cosiendo... Adiós...; ¿de qué te ríes?

—De que este pasillo no se acaba nunca. ¿Habrás visto chiquillo mal criado! Se acabó. ¡Suelta, que me despeinas! Hasta luego, mal bicho. Anda á decirme adiós desde el balcón.

Desde el balcón.—¡Qué hermosa tarde hace!—La mira alejarse de prisa, de prisa, de prisa, para ganar el tiempo perdido en el pasillo. ¡Qué modo de andar

tiene! Menudito y firme, como bien segura de que el mundo es suyo. Ahora se mira de soslayo en la luna de aquel escaparate; hace bien en mirarse; de seguro que se habrá reído, pensando en él al verse tan bonita. Ahora se detiene á levantar del suelo á un chiquillo que se ha caído. ¡Qué meneo le da al ponerle en pie!... y le atusa las greñas y le limpia la cara con el pañuelo... ¿Le dará un beso?... No, no le da un beso..., sigue... Ahora llega á la esquina y vuelve la cabeza para decirle adiós con un gesto. ¡Qué gestos los suyos!: tan pronto de madre como de chiquillo mimoso... Ya no se la ve...; de madre, sí: protectores, envolventes, apaciguantes; ¡qué paz la de dormirse sobre aquel pecho tibio, la de sentirse defendido por aquellos brazos leales! Desde que duerme con ella se acabaron los terrores nocturnos, aquel despertar bañado en sudor, medio muerto de angustia, soñando que el aire se ha solidificado ó que alguien le despeña sobre una sima, en cuyo fondo está el infierno inevitablemente. Ella acostumbra á besarle en los ojos para que los cierre— ¡ea, niño, á dormir!—, y después de aquellos dos besos, él no quisiera volver á abrirlos hasta los otros dos por la mañana; pero á las veces se desvela, y ¿qué remedio sino mirarla dormida? Ella no se desvela nunca; con tal paz duerme, que apenas se la ve respirar; algunas veces se ríe en sueños, y entonces sí que es una criatura con la trenza tan larga y que á la media luz de la alcoba parece completamente negra sobre el blanco

del embozo... ¡Cuántos besos le ha dado á aquella trenza, que huele suavemente á violetas y que está tibial...

Ya cae la tarde — en Enero son los días tan cortos—y hace un poco de frío en el balcón. Dentro, el último rayo de sol arranca refulgencias á los cristales del chinero; las rosas huelen intensamente, la butaca brinda al soñador la complicidad muelle de sus brazos. ¡Soñemos, pues! ¿Qué estará haciendo ahora? Acaso charlando con las compañeras; tal vez riéndose...; ¡quién pudiera besarle en la boca mientras se ríe! Porque coger la risa con un beso en unos labios de mujer es como beber agua del manantial mismo, á ras del suelo, donde sale temblando entre piedras lavadas y frescas...; ella tiene los labios fríos, aunque tan rojos, y los dientes más, justo, fríos y blancos como las piedrecillas bajo el agua...

¡Dichoso doctorado, sí, y mil veces bendito el legislador que sólo á la Universidad de Madrid otorgó poder de crear doctores en Filosofía y Letras! Y bienaventurado el capricho que tuvo su madre de hacerle doctor á toda costa. ¡Oh, los años de tedioso estudio en el palación montañés con el preceptor viejo, y los viajes á Valladolid en demanda de exámenes, y los sobresalientes otorgados al nombre de la señora marquesa, famosa en lides electorales, y la lucha interna de la buena señora entre su anhelo por la borla azul y su horror á la Corte, ya que el preceptor se declaraba

incompetente para guiar los arduos estudios últimos! ¿Venir ella á Madrid? ¡Jamás! ¿Dejar al hijo solo? Porque á los veintidós años, ¿no fuera ridículo enviarle con el preceptor?... Gabriel se ríe y se asombra de oirse reír. ¡Ya lo creo! Como que su risa es el triunfo primero y definitivo del amor de Mariana... ¡Mariana!, dulce nombre, con la serenidad de sus tres *aes*, clara prosodia que suena á lealtad, á benevolencia, á salud, á señorío... Si, señora, y amante, y guía, y salvación de mi alma, única razón de mi vida... ¡Ay, madre mía, cómo me duele el corazón, y qué gozo me da el que me duela tanto!

III

Graves debieron ser las nuevas que á primeros de Octubre trajo al palación de la montaña la carta de Gabriel; porque leída que la hubo, la señora marquesa, frunciendo el ceño con toda majestad dolorosa, llamó á consejo al preceptor y se encerró con él largo rato. Ya el niño la tenía disgustadísima — comentaba la servidumbre —. Después de no escribir sino de mes en mes durante todo el pasado invierno, habíase dignado comunicar en Junio á su señora madre que, faltándole aprobar alguna asignatura, no contaba doctorarse hasta Septiembre, y por no perder tiempo ni estudio, pasaría el verano en Madrid. Á punto estuvo entonces la señora de marchar á la Corte, mas el preceptor la disuadió del viaje, demostrándole cómo, en efecto, los estudios del doctorado son arduos, y alabando la constancia del estudiante que así pensaba consagrar al trabajo los meses de acostumbrado solaz. Convencida ó no la dama, había cedido á regañadientes, despachando al hijo misivas llenas de espirituales

amonestaciones. Llegado había el mes de Septiembre, y con él casi el límite de la paciencia de la buena señora. Los veinte últimos días del mes pasólos esperando en vano al cartero. Al cabo puso un telegrama pidiendo noticias imperiosamente; en respuesta vino otro de Gabriel: «Estoy bien; no te enfades; hoy escribo.» Y á los dos días llegó la carta.

¿Qué decía? Misterio; mas después del conciliábulo con el preceptor, mandó disponer la señora un ligero equipaje y enganchar el coche casi prehistórico; tomó consigo abundantes dineros y partió á Santander, acompañada del susodicho preceptor y de Vicenta, su doncella; no paró aquí, por cierto, el viaje; que á la noche, volviendo el cochero con el coche vacío, notificó á la estupefacta servidumbre que la señora, el preceptor y la doncella habían marchado en el exprés ¡para Madrid!

¡Para Madrid! ¿Sin duda el heredero está moribundo?

No moribundo, pero sí en pecado mortal, y arras-trando el ilustre é inmaculado nombre por el fango de la prostitución. Tales son los conceptos conque la señora marquesa abomina de los amores de su hijo. Así las palabras de las gentes buenas suelen no pocas veces manchar los sentimientos que acertaron á levantarse un poco más allá del límite moral de sus timoratas conciencias; sobre todo si anda en el caso un poco de amor; porque es de admirar el horror subidísimo y

especialísimo que inspiran á las tales almas justas las transgresiones al sexto y nono mandamiento, como si sólo para ellas se hubiesen encendido las llamas del infierno, y los otros preceptos de la divina ley fueran cosa de poca importancia.

En vano el preceptor intentaba templar las santas iras con razonamientos al parecer sutiles:

—Puede que ella sea una buena muchacha. Puede que él se haya enamorado de veras y honradamente, sí, señora marquesa. Ya comprende la señora marquesa que si ella no fuera una mujer digna, el señor don Gabriel no habría de decir lo que en su carta dice. Además, señora marquesa, que un hijo reconocido como tal, es, entre padre y madre, casi como un sacramento. Las leyes de la Iglesia lo dicen, sí, señora marquesa.

—¡Qué han de decir, hombre, qué han de decir! Lo que es que ustedes, los hombres, todo lo convierten en substancias por defenderse unos á otros.

—Señora, yo, á mis años, ya pocas defensas necesito...

--Querrá usted sostener que el que les haya nacido un hijo puede convertir en matrimonio esos amores de perdición...

—Si él dió palabra de casarse, sí, señora.

—Con una mala mujer, ¿verdad?

--Con una mala mujer también, sí, señora, si él prometió casarse; ya sabe la señora que el matrimonio

está ni más ni menos que en el consentimiento de quien le contrae; eso suponiendo que ella sea lo que la señora marquesa cree.

—¡Pues qué ha de ser, hombre de Dios, que ha de ser!...

Allá veremos.

—No hay nada que ver; hoy mismo nos vamos á Madrid, y mañana Gabriel se vuelve á casa con nosotros.

El viaje fué, naturalmente, silencioso; no había la señora de tratar en el tren, lugar público, asunto que tan al alma le llegaba, y por el momento no le interesaba ningún otro tema de conversación. Pasó, pues, la noche meditando ásperamente, mientras sus compañeros de viaje dormían. Llovía; en las estaciones, voces, ruidos, luces y gentes parecían cosa de fantasmagoría triste. Al amanecer, causóle á la señora—que nunca había salido de su provincia—cierto estupor casi doloroso la vista de los llanos de Castilla. ¡Ni árboles, ni verdor de praderas, ni rumor de aguas! Pueblos de tierra, pardos bajo la lluvia, caserío pobre acurrucado bajo una torre parda también—, como con mucho frío ó con mucho miedo... ¡Es posible que se llegue á Madrid, á la corte de España, al emporio de aquellas pecaminosas delicias que seducen á los hombres y pierden á las almas, por tan feos caminos! Ella había esperado y temido pocos menos que sendas empedradas de jaspes y alabastros para conducir al reino de la

tentación, murallas de oro para Babilonia, así, ni más ni menos.

Y Madrid, de mañana, bajo el gris de un Octubre lluvioso, es feo y sucio, sobre todo para ojos acostumbrados á la melodiosa y fragante lluvia campesina; y después de una noche pasada en claro y en el tren, el ambiente húmedo y sin sol da frío y malestar al cuerpo y predispone el ánimo á intolerancias sobregudas. Así, bien se puede afirmar sin metáfora que la fatalidad trágica se encamina en coche de punto al hogar nuevito, perfumado con rosas y tabaco turco, donde todo un año se han fundido las risas y las ensoñaciones de Mariana y Gabriel.

Ahora nadie se ríe, y los apasionados sueños se han trocado en imaginaciones inquietas; porque si el amor ha traído un hijo, ha traído con él la enfermedad, y el espíritu de la modistilla, perdido en delirantes laberintos de fiebre, no puede poner á tono de serenidad cosas y almas en torno suyo.

—Está muy malita, muy malita, la pobre, ¿verdad? — pregunta Inés al médico que sale.

Y el médico responde con cabeceos de mal agüero:

—Estas fiebres después del parto siempre son cosa grave; pero ella es muy fuerte, y veremos.

Gabriel anda hecho una sombra por la casa: ni come, ni duerme, ni apenas piensa; todas sus energías espirituales se han revuelto en una formidable explosión de terror. Mariana no le mira, no le habla, no le conoce.

Aún no ha llegado á decirse á sí mismo el primer «puede que se muera»; pero hay algo impreciso que le anuncia lo inevitable de la separación; diríase que el alma se le ha derrumbado, y que él mismo, idiota, contempla interminablemente las ruinas que no acierta á comprender.

¡Cuando nació el chiquillo sintió tan armoniosa plenitud de vida! Sonreía la amada al hijo y á él, y él se comprendió unido para siempre, en un alma única, con aquellos dos cuerpos. En la abundancia de su corazón, había escrito á su madre la carta en que iban sus primeras palabras de hombre, su afirmación primera consciente del derecho á la vida en amor; pero al otro día llegó la calentura, vino el delirio, y con él las palabras incoherentes, y los ojos de pesadilla, y la amenaza sobrenatural, y despertaron todos los espantos, y el recién nacido espíritu varonil de Gabriel, como presa de canes furiosos, sucumbió, cayendo de nuevo en limbos de infancia. De infancia medrosa como fuera la suya, atormentando el corazón por fantasmas sin formas y sin nombre. ¡Oh, el miedo, el miedo irremediable! ¡Miedo á la noche, miedo á la luz, miedo á la muerte, que sin duda estaba escondida en la alcoba, terror sobre todo á lo más querido, á Mariana, tal vez predestinada á morir, á sí mismo, arrastrado por ella y con ella!... ¡Qué espanto mirarla y atisbar bajo la piel enrojecida por la fiebre las duras líneas de la calavera, y mirarse á sí mismo y ver en el espejo también los

huesos mondos bajo la lividez de aquella carne escasa! ¡No, no; mirarla no, mirarse no!..., y, sin embargo, á cada instante corría á la cama ó al espejo, temblando, vacilando, y el corazón le ahogaba á dolorosas palpitations, y hubiera deseado morir de una vez por librarse del miedo á la muerte.

Inés, que vino de enfermera, estaba también medio muerta de susto viéndole ir y venir desatinado; la locura rondaba la casa antes alegre, y la más insensata no era sin duda la delirante, ni las más desconcertadas é incoherentes palabras las que la fiebre le hacía pronunciar; delirando una vez se reía, y oyéndola, Gabriel iba dándose de cabeza por las paredes, por los muebles, como perseguido, como asaltado con cien mil dardos por la vibración estridente, para él caricatura macabra, de las dulces risas antiguas; y luego se dejaba caer en la butaca, y se estaba las horas temblando, sin atreverse á mover ni casi á respirar, por temor á que se despertase el duende horrendo que había de llevarselos á todos.

Así le halló su madre aquella mañana otoñal, destemplada y lluviosa. Inés, al salir un momento á la calle, había dejado la puerta abierta. Así la señora pudo entrar como una aparición por la casa callada.

—¡Gabriel, Gabriel!

Estaba él desplomado en el sillón con la cara escondida en las manos, y al oír la voz levantó la cabeza y se quedó mirando sin ver, con ojos alucinados.

—Soy yo, tu madre.

—¡No, no!—gritó levantándose, loco de espanto y tratando de huir la que juzgaba visión—. ¡Mariana, Mariana!

—¿Dónde vas?—dijo la madre severamente, poniéndole una mano en el hombro—. ¿Por qué huyes de mí? No me mires con esos ojos, que no soy un alma del otro mundo.

—¿A qué has venido?—se atrevió á pronunciar Gabriel con voz moribunda.

—¡Á salvarte, á llevarte conmigo, á tu casa.

—¡No, no!

—Á tu casa, de donde no debiste salir nunca.

—No, no...; mi casa es ésta..., y aquí estoy bien, y aquí debo estar. Vete, madre; vete...

—¡Esta!—dijo la madre mirando despreciativamente en torno suyo—. ¡Esta tu casa! Esta es la casa de la perdición, la que te ha vuelto loco; no hay más que verte. ¡No me mires así! Agradece que haya puesto tu madre los pies en ella, y vámonos. ¿Quién se ríe?

—Es Mariana, Mariana. ¡No entres! ¡No la mates!

—¿Quién habla de matar, insensato?—dijo la madre, entrando resueltamente en la alcoba.

En la media luz apenas se alcanzaba á ver sobre las ropas blancas del lecho el cabello destrenzado y tendido; y de entre lienzo blancos y oscuros rizos, surtía la risa inextinguible...

—¡No te acerques, no la toques!...

Pero la madre se acercaba movida de morbosa curiosidad. ¿Cómo serán estas mujeres-sierpes que así vuelven el juicio á los hombres? Inclinándose, y acostumbrada ya la vista á la media obscuridad, pudo ver el rostro de Mariana, que el rojo de la fiebre, el cabello suelto y los ojos desmedidamente abiertos hacían más infantil que nunca; la cuitada seguía riéndose con su clara risa de chiquilla feliz; y Gabriel, cogido á los barrotos de la cama, temblaba oyéndola reir y mirando á su madre con el espanto sobrehumano de quien viese llegar á la muerte misma. La señora hizo un leve mohín desdeñoso y se apartó; al salir de la alcoba tropezó con la cuna; el niño se agitó refunfuñando; ella se detuvo:

—¡Tu hijo!—murmuró con esfuerzo.

Mariana había dejado de reir.

—¡Sí! —afirmó Gabriel en un momento de serenidad—. Ya ves cómo esta casa es mía, puesto que tengo aquí á mi hijo...

—Ni tuya, ni de él; ya que por tu culpa nació en infamia, deber mío es hacer que aprenda lo que tú olvidaste, lo que su... madre no le puede enseñar. Vendrá con nosotros.

—No iré; no iré yo...; viviremos aquí, con ella siempre, siempre...

—¡Pero tú estás loco! ¿Sabes lo que dices? ¡Aquí, vivir con ella..., siempre..., como ahora, es decir, como un réprobo, ofendiendo á Dios y á tu madre..., y tu

madre te puede perdonar, pero Dios se venga y castiga, porque es justo; sí, se venga callando de los que no quieren oír su voz! ¡No me mires así!

Los ojos de Gabriel se dilataron en un espanto nuevo. ¡Dios se venga, es verdad! Él no se había acordado de eso, tan honda y súbitamente herido de amor, que no había tenido tiempo de pensar que la sabrosa herida pudiera ser delito. ¡Dios se venga! Entonces, venganza de Dios el dolor de ella, su muerte acaso. Venganza de Dios, sí, sí, por el pecado de quererla, de quererse...; venganza irremediable, inmensa, como una red de araña que aprisionase el mundo entero. Y ¡cómo romperla, cómo huir, cómo librarse de aquella cosa fiera y enorme! La locura le encendía los ojos..., todas las pesadillas de la infancia le atenazaron el miserable pecho, y ahogándose á palpitaciones, fué á desplomarse en la butaca.

La madre prosiguió sus torturantes exhortaciones; hablaba como iluminada, histérica que era, deformada el alma, que acaso en días de remota juventud supo conmoverse, por una vida entera de dolor y soledad, por la extraña amargura interior, que de la hoguera mística no había sabido apropiarse más que la avidez de las cenizas, el tremendo «*Fœdet anima mea vitæ meæ*». Hablaba contra el amor del hijo— con el rencor de toda una vida que sólo sabía del amor sus traiciones—, casada bien joven con el noble vicioso y mujeriego que gastó «la substancia de su

vida», amén de los dineros, en aventuras de baja estofa, despegado de ella casi desde la misma noche de las bodas. Hablaba duramente, con silbidos de látigo é incisiva agudeza de puñal, apasionadamente, como ángel vengador, como flagelador inexorable...; hablaba inagotablemente, y el hijo, desplomado, inmóvil, clavados los ojos cobardes en las pupilas de ascua de ella, pasando de terror en terror por todos los de su triste adolescencia, cayó por fin en estupor idiota y se quedó temblando con la boca entreabierta, y se puso á llorar de un modo extraño, sin sollozos, cayéndole á lo largo de las mejillas lentos lagrimones silenciosos... Sólo el cuerpo lloraba ciertamente, porque el alma estaba bien lejos, dormida ó muerta. La madre se calló un poco asustada, y se quedó mirándole; pronto comprendió: ¡el ataque!, ¡la crisis! Es preciso aprovechar el momento oportuno!

Y volviéndose al preceptor, que en pie é inmóvil contemplaba la escena con poco menos terror que Gabriel:

—Va usted á ayudarme—dijo imperiosamente—; le bajamos al coche; luego sube Vicenta con usted y que baje al niño; nos vamos esta noche; usted se queda aquí para arreglar las cosas con quien venga, porque supongo que alguien habrá en la casa para cuidar á esa mujer...

—Pero señora...—comenzó el preceptor todo tembloroso.

—No hay remedio; ya sabe usted, todo el dinero que sea necesario; que la cuiden bien..., y que no vuelva ni á acordarse del santo de su nombre.

—Pero, señora..., el niño...

—El niño es nuestro. Ayúdeme usted, vamos; ¿ó es que también usted se ha vuelto loco?...

Levantaron al Marquesito cada uno de un brazo, y el infeliz, pálido y con lágrimas, se dejó llevar, y bajó la escalera de la casa donde se le quedaba el amor, sin que el alma ausente le viniese á advertir el derrumbamiento de su escasa ventura. Sosteníale la madre fiera y serenamente, sufriendo acaso ante el dolor del hijo, pero contenta de lo que juzgaba salvamento heroico. Ya que el cuitado no se rebelaba, le instaló en el coche con esas envolventes suavidades de que hasta las más ásperas mujeres guardan el secreto para manejar los cuerpos sin alma; en las horas de infancia, de sueño, de placer agudo, de enfermedad, de muerte; fajar al niño, lavar la llaga, amortajar al muerto... Enjugó en el rostro del hijo aquellos lagrimones silenciosos, le arregló el cabello, le compuso la ropa..., todo sin sonreír ni suspirar; luego hizo sitio á la doncella, que traía en los brazos al niño, y dió en breves palabras al cochero la orden de partir. La gente de escalera abajo miraba estupefacta la partida del «señorito». Inés, que volvía precipitadamente, casi se desmayó de susto al encontrarse en el pasillo con la extraña figura del preceptor, y aún más al oír sus bal-

bucientes explicaciones. Llovía desesperadamente; el cielo gris hacía duelo á la deshecha felicidad; el aire frío y húmedo mataba todo germen de esperanza ;como si nunca hubiera de volver el sol! Y en la alca-ba seguía sonando la perlería apasionada é incoherente, sueltas como perlas de sarta rota las palabras que acostumbraran á juntarse para decir amor, y la risa clara como lluvia de Mayo...

IV

El palacón de los Gutierre de Velasco debió de edificarse por fantasía de cerebro enfermo, porque sólo á un espíritu morbosamente enamorado de la tristeza pudo ocurrírsele buscar para asiento de su morada rincón tan melancólico en el amplio y dulce y risueño valle.

Amplio, sí. Pasada la hoz, rumorosa y fragante, ya que en sus vertientes crecen, entre las grietas de la roca, tantas yerbas de olor y manan tantos tenues hilillos de agua, ábrense los montes y dejan en el generoso regazo una planicie donde en toda plenitud de espacio, aire y luz, se solazan hasta siete aldeas, amén de no pocos dispersos caseríos. Está el valle labrado y cultivado como un jardín; acá, la «mies», galanos campos de maíz; allá, los prados con sus hileras de álamos para marcar los lindes, y al pie de los álamos, el arroyuelo; de este lado, los huertos, un pedazo de tierra ante cada casa, plantado de patatas y coles, y en los huertos, castaños y avellanos; castaños también

y nogales en las explanadas, que, ante las iglesias, hacen de plaza pública; zarzas en las callejas, sobre las cercas de pedrusco, de las heredades; en la falda de los montes, carrasca y helechos; más alto, el robledal, áspera y bellamente frondoso; en las cimas, niebla.

Niebla que, á menudo, también cae sobre todo el valle; y no puede por cierto decirse cuándo hallan en él, vista y corazón, poesía más honda, si en los días de cielo azul, cuando un sol tibio señorea sobre tantos diversos verdores, dorando acá, diamanteando allá sobre frondas y sobre rocíos, ó en los otros días de ambiente opalino, cuando la bruma hace un misterio de cada follaje y una mitología de cada pradera; cuando los álamos, presos en la maraña de vapores, son apenas sombras más intensas en la sombra de nácar; cuando los arroyos pueden soñar que están otra vez en lo alto de los altos picos, donde las nubes andan á ras de tierra, empapándose las alas que han de ir luego, generosamente, á sacudir sobre los llanos.

Mas ¿qué decir de aquellos otros días en que sobre la suave ondulación del valle, sobre sus siete aldeas, sobre sus castañares y sus huertos, sobre los álamos de sus prados y las espadañas de sus iglesias se adunan y funden estas dos tan opuestas maravillas de sol y bruma? Lírica nueva habría menester el más lírico verbo, y ritmo nunca oído la más rítmica prosa, y milagro de estupenda palabrería fuera preciso para decir digna y serenamente esto, al parecer sencillo: «Ama-

neció y había niebla en todo el valle, mas el sol lentamente la fué fundiendo, y al mediar la mañana el cielo estaba azul y el ambiente sereno.» Claro es que toda pintura verbal está de más ante estas manifestaciones de tremenda belleza, ya que ellas son cosa de canción, de honda canción incomprensible y rota, como un ensueño, como un amor, como un dolor de amor. Todo ello cristal ó ficción de cristal, donde está preso un iris al que locamente tendemos el deseo, pues que llegar á él fuera quebrarle, y habríamos de salir de la aventura con las manos ensangrentadas; así nuestra bárbara prosodia, puesta á decir de nieblas que se funden al sol de la mañana sobre la dulzura de un valle, quiebra todo el encanto de la visión, y de la aventura salimos también lamentables y doloridos, aborreciendo las palabras y abominando de nuestro empeño, que locamente intentó aprisionar en su rudeza la sutil maravilla, la oración matinal, la evanescente hermosura, la hora perfecta, el instante admirable, la forma que nace, la luz que acaricia, la penumbra que huye suplicando, el iris que se ve y que no existe, el misterio que no es y que se siente, el alma, en fin, que va naciendo cuando nace el valle, que va riendo cuando ríe la luz, que va agonizando con la bruma que muere; porque éste es el milagro, y ésta la turbación, y el sufrimiento dulce y el tormento sabroso; el alma —tan hermana del sol como de la bruma— nace y muere en un punto, ó más bien siente en un mismo

instante la inquietud del nacer y del morir, y, desgarrada dentro de sí misma, por el empuje del germinar y por la dulzura del desfallecimiento, maravillosamente padece y dolorosamente goza, y anhela vida y muerte, y clama por la exaltada posesión del todo, y suspira por el hondo descanso de la nada. ¡Oh, versos vanos y prosas necias! Porque para cantar dignamente la tierra no hay sino la voz de la tierra, y de un álamo sólo puede decir un arroyo, y de un jirón de bruma sólo un rayo de sol.

Íbamos diciendo—mas la maravillada emoción que en nuestro incurable panteísmo levantó el recuerdo de tantas serenas ó brumosas mañanas, nos cortó el hilo del discurso —, íbamos diciendo que en el risueño valle hay un rincón triste, y que en él la voluntad de un Gutierre de Velasco plántara el nido de sus melancolías. Es hacia el nordeste, los montes forman allá un ángulo negro; la vertiente, por excepción desnuda, muestra el esqueleto pedregoso; casi pegado á ella, se alza el palación poco menos negro que el monte mismo, encaperuzado en pizarra, con grandes rejas en el piso bajo y balcones volados en el principal; jardín al pie, cercado de altas tapias, sobre las cuales asoman las copas, en anhelo de un poco de sol, nogueras, avellanos y cipreses. Silencio en torno, y cierta temerosa soledad, como si el caserío, huyendo de la sombra maléfica, se hubiese apartado del palación. Ante la fachada principal, una grande explanada sobre cuyo

césped tiembla la sombra de dos robustísimos nogales; de haber llegado á este rincón de mundo las modernas aficiones de *sport*, sería ella campo bien propio para un británico *tennis*; y á fe que hubiera sido buena ventura y dulce espectáculo, y acaso hubiera sonreído ante él la adusta fachada del palacio, al ver moverse en gracioso y ordenado desorden á unas cuantas chiquillas y á otros tantos mancebos, vestidos ellos y ellas de blanco, tocados de paja, con risa y salud.

Mas hoy en la explanada no hay nadie: la sombra de los altos nogales cae sencillamente—tanto vale decir trágicamente—sobre la soledad. Es media tarde; hay por todo el valle un apacible silencio bucólico, subrayado por el inevitable sonar de alguna esquila y tal cual lejano grito de rapaz que pastorea la vaca lechera, ó de madre que llama al rapaz. Aún no trajo el crepúsculo el ansia de desahogar el corazón cantando; aún no vuelven carretas, ni hombres, ni mozas de la mies; el día está aún dormido en esa «fase de eternidad» que hay de una hora antes á tres después del mediodía; diríase la plena juventud del tiempo—de los veinte á los treinta y cinco—, cuando ni el día ni el hombre se acuerdan de pensar la edad que tienen.

Nadie en la explanada; en los salones del palacio los grandes muebles viejos, las arañas que andan, con sus colgantes de cristal, á caza de tal leve rayo de sol que dejen pasar los entornados postigos; empañados de tedio los espejos, soñando con el día en que entre

por la puerta una cara bonita, y con la hora en que, abiertas de par en par las ventanas, puedan reflejar ellos un fragmento de la risueña paz del valle. Algún criado que va y viene con paso de fantasma; en la capilla, la lámpara sola temblando de miedo; en la biblioteca, el señor preceptor sumido en sus lecturas sempiternas; en el jardín, Gabriel tendido en una hamaca, fumando interminablemente, y el niño sumido en las blanduras de un cochecillo-cuna.

El otoño ha hecho un suave retroceso hacia el estío; la tarde es tibia, el sol bueno; en el aire encalmado se percibe á veces el tenue olor á podredumbre de las hojas caídas.

Desde que Gabriel llegó de Madrid pasa la vida en aquella hamaca, en aquel jardín: todo resorte de voluntad activa parece haberse roto para siempre en su espíritu; pero muestra, en cambio, inquebrantable tenacidad pasiva. No intentó rebelarse contra la voluntad materna, ni volver á Madrid, ni siquiera escribir una carta, mas tampoco nadie pudo lograr de él una sola palabra ni un movimiento que mostrasen el más leve interés por las cosas que en torno suyo iban sucediendo; levantábase casi al mediodía, con gran escándalo de la madrugadora servidumbre; almorzada en silencio, salía al jardín, tendíase en la hamaca, hasta la hora en que iba declinado el sol; volvía entonces á entrar en casa y aguardaba la cena hundido en la butaca; acostábase pronto; no tenía aspecto de sufrimiento hondo,

sino de profunda abstracción; cerraba los ojos á menudo. Siempre quiso tener al chiquillo cerca; si alguna vez, creyendo que dormía, la señora marquesa ó la nodriza intentaban llevársele, abría los ojos y exigía que le dejasen á su lado; suerte que la criaturita nació de buena pasta y sólo muy de tarde en tarde se le ocurría llorar. Así fueron transcurriendo los días; maravillosamente, Octubre había detenido sus nublados, y el cielo se dignaba sonreír; el año envejecía en santa paz, teniendo, sin duda, la conciencia tranquila.

La señora marquesa se asoma á una de las ventanas del piso bajo; atisba la hamaca y el cochecillo-cuna; mira al cielo, suspira con uno de esos suspiros largos y conscientes en que las almas pías ponen una jaculatoria, cierra los cristales; poco después aparece en la puerta, bajo la marquesina, y desciende lentamente la escalinata. Hora es de decir que la dama es pequeña de estatura, flaca de cuerpo y consumida de rostro; tiene el cabello extraordinariamente negro, mezclado de canas extraordinariamente blancas; los ojos, que han debido ser bellos y aterciopelados, están ya empañados por las muchas lágrimas que la vida le hizo derramar en los años en que hubieran debido sonreír ellos. Va vestida con hábito del Carmen; es viva de movimientos y voluntariamente breve de palabras.

Llegada al cochecillo-cuna, arregla la envoltura del niño, sin acariciarle; luego se acerca á la hamaca y con-

templa al hijo, que no se mueve ni abre los ojos.

—Gabriel, hijo, ¿qué haces aquí tan tarde?, ¿por qué no entras? Ya se va el sol, y con la humedad del jardín vais á coger los dos una enfermedad.

Gabriel abre los ojos, pero no responde; piensa que pudiera explicar cómo le gusta sentir que cae la tarde en la melancolía del jardín, bajo las frondas un poco estremecidas por la brisa que siempre se levanta cuando se ha hundido el sol; ¡pero es tan molesto el tener que coordinar palabras!... Sí, los pensamientos debieran ser cosa translúcida de puro sutil y manifestarse espíritu á espíritu como luciérnagas en la noche. — ¡Qué tontería!—se le ocurre luego—, ir á comparar los pensamientos con las luciérnagas, pobres animaluchos con todo el cuerpo mísero empapado en luz... ¡Empapado en luz!, como estamos nosotros empapados en pena ó en alegría ó en tedio, inevitablemente..., porque todas estas cosas que parecen el alma no son del alma, no; son de fuera, de lejos, y caen sobre nosotros como el rocío sobre la tierra..., no siempre como el rocío...; cuando son pena, como la fea y sucia lluvia de invierno en las ciudades..., y nos penetran, y nos dejan transidos, disgregados, deshechos..., dijo un poeta: «Cogí un poco de arena á la orilla del mar; deslizáronse los húmedos granos entre mis dedos. ¡Ay de mí, que no pude salvar ni uno!»

Gabriel termina en voz alta la desvariada divagación:—¡Ay de mí, que no pude salvar ni uno!—y des-

pertándole el sonido de sus propias desoladas palabras á emoción consciente, rompe á llorar.

—Hijo, ¿qué te pasa?, ¿por qué lloras?—pregunta la madre.

Él había olvidado por completo que estuviese allí, y se queda mirándola con asombro.

—Ya es tarde—insiste ella—; vamos á casa; el señor cura vino y preguntó por ti, pero no te quise avisar porque traía prisa; ¿no me oyes?

Sí la oye, sí; pero de un modo extraño, como si las palabras, perdiendo todo el significado usual, y aun apartadas de su viejo oficio de transmisoras de ideas, se hubiesen transformado, de sonidos en formas, menos aún, en limitaciones de espacio con cualidades desconocidas, de esas que los sentidos no alcanzan á apreciar; estas dos son grandes, duras, y además otra cosa, otra cosa...; ¡no hay palabras para expresar el nuevo modo de ser!... Ésta otra es muy pequeña, y se va agrandando, pero de fuera á dentro, monstruosamente; ésta es aguda, como un puñal, pero un puñal que fuese de diamante y cayese, hecho gotas, sobre el agua de un estanque viejo...; ¡y cómo duele el agua legamosa al caer sobre ella el puñal!; porque el agua enmarañada de algas, turbia, dolida, es, ni más ni menos, el corazón. ¡Ay, cómo duele el corazón!

—¡Juana, Carlota!—grita la señora, asustadísima—; ¡venid, que venga alguien, que el señorito se ha puesto malo! ¡Juana, Carlota!

Acuden á las voces las criadas y el preceptor y rodean la hamaca. Gabriel está como desvanecido, y el reflejo verdoso de los árboles le pone en el rostro temerosa lividez. Todos le miran en silencio, y él comienza á inquietarse: aunque tiene los ojos cerrados, siente que le caen sobre el cuerpo las miradas de los que le rodean, y cada mirada es como una espina. —¡Oh, una cueva sin luz y sin ojos que miren! ¿Qué rumor es ése?... Sí, sí, en las cuevas suele oirse de ese modo á lo lejos el ruido del mar!... En el mar, de noche, abrirse el fondo de la barca, é irse hundiendo despacio, despacio, muy despacio, sostenido por las manos del agua, que son suaves y frescas...; irse hundiendo...

—Creo que ha perdido el conocimiento—dice el preceptor—. Sí, sí, corre á avisar al médico, Juana, y tú, Carlota, ayúdame á llevarle.

—¡Ay!—suspira la señora—; Dios perdone á la mala mujer que me lo ha puesto así.

Entran en el palacio á tiempo que anochece; el crío, olvidado de todos en su coche-cuna, abre los ojos y empieza á gorjear, como si hablase con el luce-ro, que se asoma á mirar el jardín.

V

En la «charola» se discute el caso aquella mañana con mucha seriedad y con no poca filosofía. La «charola» es la tienda de comestibles, complicada de estanco y taberna, que sirve asimismo de administración y punto de parada al coche que á diario va á Santander y vuelve al valle en busca ó conducción de viajeros y encargos. El complejo carácter del tenducho le asegura continua concurrencia; no faltan en el pueblo media docena de hombres desocupados que puedan venir á solazarse mientras las respectivas mujeres trabajan en el campo; también hay más de dos que tienen á la «esposa» criando en la corte y que vienen al mentidero á darse importancia merced á los ahorros de ella; luego los transeuntes, mendigos, vendedores ambulantes, chalanes que llegan en busca de vacas, pasiegas que van y vienen de pueblo á pueblo; porque la «charola» no corresponde propiamente á ninguno; está á la misma entrada de la hoz y sirve como de clave y portazgo al valle entero... Hoy, amén de la dueña

— mujer cincuentona, greñuda, obesa y jovial — están en el tenducho dos pasiegas de cuévano á la espalda, piernas desnudas y arremangada faldamenta, y tres de los susodichos desocupados y capitalistas varones.

—¿Estuvisteis hoy donde los Velasco?—pregunta la tabernera á las pasiegas.

—Estuve—responde la más vieja—y lo vi que pasaba. Dolor da mirarle, infelizuco; mire que son perras aquellas mujeronas de Madrid; ¡acabar así á un hombre en la flor de los años!

La otra pasiega se ríe estrepitosamente. Es moza y fresca como una mata de clavellinas.

—¿De qué te ríes tú, rapaza?—pregunta un viejo.

—De las malas mujeres y de los hombres buenos. Digo yo que no habrá sido menester mucho empeño de ella para perder al rapazuco, que á esas perdicionnes tienen siempre los hombres buenas ganas de decir que sí...

—Mucho sabes tú para los pocos años que tienes.

—Y más que no digo porque me da risa; ¡ja, ja, ja! ¡Dolor da mirarle al infelizuco! Ya lo creo, de ganas que tendrá de volverse con ella. ¡Y muy bien que hará si le gusta!—termina, dando una gallarda media vuelta que deja al descubierto unas piernas de Diana andariega sencillamente incomparables.

—¡Hará muy mal!—protesta indignada la tabernera, á quien su cargo casi oficial de expendedora de tabacos inclina inevitablemente á conclusiones conser-

vadoras—; hará muy mal, porque los señores deben de tratar con señores y no andar rebajando el nombre con mujerucas de poco más ó menos...; ya ves el niño por muchos dineros que tenga y mucha bambolla, andando los años, siempre será hijo de su madre, y tú me dirás si eso está bien.

—Lo que no está bien es que ella se lo haya dejado quitar; lo que es á mí, ya podían haber venido siete marquesas juntas á llevarse un hijo...

—Es que—observa un sesudo varón—dicen que dió por él la señora buenos dineros.

—En oro me habían de haber pagado á mí y no lo suelto. ¿Quieres el hijo? Pues con la madre en casa, que el que quiere la col quiere las hojas de alrededor..., y si no, nada.

—Pues allá ella se quedaría tan contenta; los dineros lo arreglan todo, hijuca, y lo que ella habrá dicho: entre criar yo al hijo con trabajos y para pobre y que allá me lo tengan como un señor... Además, que andando los tiempos, no va á renegar de su madre..., y más fácil es que dé algo el que tiene que el que parece de no tener...; ¿digo bien, Quico?

Quico es un mozallón colorado y bravío, de hasta veinticinco años; parece que haya venido al mundo para llevar á cabo la segunda serie de los trabajos de Hércules; tal facha de atleta le ha dado la divina Providencia; mas por el pronto, sin duda á falta de ocasión heroica, se entretiene en tallar á punta de navaja

nimias labores en una rama de avellano; hasta ahora no ha despegado los labios, pero al oír la pregunta de la tabernera alza los ojos, los guiña luego con malicia, y responde salomónicamente:

—¡Cada uno es cada uno!

Tan profunda sentencia acaba de golpe con la conversación; así los genios tienen el privilegio de la última palabra. Hay un silencio trágico; todos se miran unos á otros; la pasiega vieja suspira; la tabernera levanta los ojos al cielo; los otros dos hombres saborean en un trago de cerveza la arcana sabiduría del hércules que ha vuelto á sumirse en la minuciosa labor de talla; la pasiega moza sale á la puerta.

—¡Ya viene el coche!—grita de allí á poco.

En efecto, ya se oye por la hoz el cascabeleo, la voz del mayoral, el restallido fanfarrón de la tralla; todos se asoman á mirar impulsados por ese movimiento de expectación insaciable que á todos nos acerca á la ventana en cuanto estamos solos en una habitación, y nos hace mirar á los ojos de toda persona que á solas nos habla, y detenernos siempre que pasa un tren, atender si suenan pasos en la escalera, aunque no deseemos la venida de nadie, y atisbar la llegada del cartero, aun cuando sepamos que no hay por el mundo quien nos deba escribir.

Por esta vez la curiosidad de los concurrentes á la «charola» tiene inesperada y superabundante satisfacción; detenido que se ha la diligencia, apéanse de ella

dos desconocidas; son las dos jóvenes, y tan bonitas, que al filósofo Quico cáensele de entre las manos varita y navaja. No son las viajeras señoras ni aldeanas; vienen vestidas de claro, calzadas primorosamente, con la cabeza descubierta y graciosamente peinada; mueven al andar grato rumor de tela almidonada... y huelen muy bien; esta última observación hácela, asombrándose un poco, la moza pasiega.

—¿Aquí es?—pregunta una de ellas al mayoral, que afirma con el gesto.

La tabernera se levanta solícita.

—¿No hay equipaje que bajar?

No lo hay; las recién llegadas viajan, como princesas de aventura, sin más bagaje que su propia gracia.

—¿Ni quieren tomar algo?

Eso sí; bueno es darle al cuerpo lo que ha menester; un vaso de leche será lo mejor tan de mañana; precisamente la vaca está en casa y se puede ordeñar. También un poco de agua para lavarse la cara y las manos. Las viajeras se extasían ante la golosina bucólica.

—¡Como ésta no se gasta en Madrid!—dice una de ellas, sorbiendo despacio la tibia espuma...

—¡Son de Madrid!—afirma misteriosamente Quico, que oye la observación, y todos admiran sus facultades adivinatorias.

Lavadas cara y manos, sacudido el polvo del camino en ropas y cabellos, las viajeras consultan el reloj.

—Las diez y media. ¿Será buena hora?—pregunta la una.

—Para lo que venimos á hacer, todas las horas son lo mismo—responde la otra serenamente.

Esta sentencia filosófica despierta la admiración de Quico; decididamente, las viajeras son cosa del otro mundo, sobre todo esta de la filosofía; habla brevemente, con voz que, si bien suena á música, no admite réplica, y se mueve y anda y mira en derredor como deben moverse y andar y mirar las reinas en sus tronos; de veras da respeto, y eso que es menudita de cuerpo... Silencio, que ya vuelve á hablar.

—¿Está muy lejos de aquí la casa de don Gabriel Gutierre de Velasco?

Estupefacción general. ¡De Madrid! ¡Al palacio! ¡Y preguntando por el señorito! No hay duda, éstas vienen al respective del «caso». Á Quico le sube de punto la admiración al observar la naturalidad desdeñosa con que la madrileña ha llamado «casa» al palacio. Nadie responde al pronto, tal es la sorpresa de todos; la viajera repite la pregunta.

—No está lejos, no; un cuarto de hora largo; allí, pasado el castañar, más allá de la iglesia.

—Si necesitan compañía—susurra Quico.

No la necesitan, pero agradecen la intención. ¡Vaya unas palabritas de miel que tienen cuando quieren las forasteras!

—¿Y á qué hora vuelve el coche á Santander?

—Anohecido, á las seis de la tarde; ¡como c'a la vuelta á todo el valle!...

Las dos viajeras se apartan y celebran consejo: —

— Lo mejor será—dice Mariana—que te quedes tú aquí hasta que yo vuelva.

—¿Pero vas á ir tú sola?—protesta Inés.

—Sola y no de Dios. ¿Qué me va á pasar? Á mí no me asusta la madre, como al infeliz de su hijo, por muy fiera que sea...

—¿Y si no te reciben?

—Que me echen no te digo que no; pero de que me dejan entrar respondo; quédate y con eso mandas que nos arreglen comida. Hasta luego...

—Hasta luego, y buena suerte.

Mariana sale de la taberna y echa á andar á buen paso. Está, ¡ya lo creo!, más bonita que nunca, y parece mucho más mujer; las fiebres la dejaron un poco pálida, pero el buen aire campesino le saca rosas á las mejillas, el aire campesino que ella va respirando á pecho abierto.

¡Qué hermosa es una convalecencia en plena juventud! ¡Cómo agradece el cuerpo la salud que le vuelve y cómo le deleita la caricia del sol y de la luz y de las voces, y el buen olor del aire, y el gusto del pan, y la frescura del agua..., y qué prisa se da á vivir la carne que ha estado á punto de trocarse en polvo! Y el espíritu, como si también estuviese recién nacido, corre por la casa con alegría pueril, y se asoma á las

ventanas de los ojos maravillándose de lo que ve, y abre la puerta de los labios para decir palabras inesperadas y agradecidas, y zumba en los oídos ecos de músicas nuevas, y agita el pecho con palpitaciones entusiastas, y mueve los pies á pasos generosos, y las manos á liberalidades. ¡Oh, el gozo de volver á vivir cuando aún es la mañana de la vida!

Todo este poderoso refloreamiento mueve hoy la sangre de la modistilla; además le canta en el pecho la ternura nueva de la maternidad, que, aunque apenas ha visto al hijo, bien le dice que es madre la carne y el alma; y todo ello se exalta y vivifica en el sortilegio para ella desconocido de la mañana campesina. ¡Qué aire tan de cristal, y qué olor de olores, y qué tibieza de sol de otoño, y qué silencio tan extraño, puesto que hay en él tantos sonos, y qué paz!... Qué verdes son los árboles, mejor dicho, qué jugosos están aún aquéllos en que empiezan á morirse las hojas, y qué bien lavada y peinada la hierba, y qué clara el agua de los arroyos. Un pájaro silba en aquel árbol alto en que están temblando las hojas; silba como una flauta, ni más ni menos. Y aquella vaca, color de cobre, tan lustrosa, qué despacio va y qué á compás mueve la cabeza: ¿por qué aquí no le dan miedo las vacas? ¡Cómo ha sonado la voz de un chiquillo tan lejos y tan clara! Todo es claro aquí: hasta el humo que sale por las chimeneas; no es negro ó blanco sucio como el de Madrid, sino azul y ligero, ligero..., y se va deshaciendo

en el aire con tanta serenidad. Mariana, sin saber por qué, piensa en un niño que se está durmiendo. Y luego le vienen al corazón las palabras de Gabriel en aquella primera noche madrileña: —Me gustaría llevarla á usted á mi tierra para que viese usted lo que es bueno...— Ya está en su tierra, y ya ve que es buena; pero no la ha traído él.—¿Qué estará haciendo, en qué estará pensando ó soñando el tan incurable soñador?— Á la modistilla se le llenaban los ojos de lágrimas.— Es raro —piensa— que no le tenga yo rencor, sino tanta lástima!...—Ahora siente no haber preguntado en la taberna por saber algo de él.—¿Estará enfermo? ¿Se habrá muerto?—No, morirle, no; que se lo hubieran dicho al oírle pronunciar el nombre; pero estará triste, padeciendo, entre terrores y palpitaciones, en el caserón, como él le ha contado tantas veces; y gritará de noche y no acudirá nadie, y le tendrá el miedo los ojos abiertos, y no habrá á su lado quien se los haga cerrar con un beso..., con aquellos dos besos que él quería tanto, y la llamará de seguro: ¡Mariana, Mariana!—con aquella voz insegura y queda... — ¡Mariana! — acariciando el nombre al pronunciarlo. ¡Á toda costa hay que llevársele de aquí!

Esta ha sido la primera idea de Mariana al volver á vida consciente: ir por él, arrancarle á la tristeza negra de su hogar, llevársele, llevársele... y llevarse al hijo. Después ya veremos cómo se ha de vivir; el caso es estar los tres juntos y todos alegres; manos tiene, á

Dios gracias, y salud para ganar el pan de todos; con el dinero que dejó la madre pondrá una tienda de ropa blanca, un taller de plancha, cualquier cosa, y malo ha de ser que no salga adelante; y luego que á su lado, con su risa, Gabriel se cura, ¡vaya si se cura! y se vuelve un hombre, y trabaja también, y ¡todos felices!, hasta que á la señora marquesa se la lleve Dios—el Señor me perdone—á la gloria que tiene tan bien ganada, porque la verdad es que viendo esta tierra tan bonita dan ganas de venirse á pasar los veranos «á la finca» en paz y en gracia de Dios.

Mariana se ríe de sí misma.—¡Siempre de fantasías!—piensa, y se vuelve á reír.—Sí que hacemos una pareja calamitosa; él en las nubes por lo triste y yo por lo alegre; como quien dice, un violín de ciego y un pianillo de verbena. ¡Ay, San Antonio de la Florida y el ramo de claveles que me compró á la vuelta! ¡Jesús, qué fúnebre es este palacio visto de cerca! Parece el calabozo de aquella reina de aquel drama que vimos en Novedades. ¡Eche usted puerta y clavos en la puerta! Esta sí que es buena, ¡pues no estoy temblando! ¡Á ver si á mí también me van á dar palpitaciones! ¿Por dónde se llamará aquí?

Detiéndose un poco perpleja; contempla los sillares de piedra, las rejas tan negras, los llamadores tan grandes y tan en alto. Este palacio es mucho palacio; y aquellos dos árboles—ella no sabe cómo se llaman—plantados delante como dos sargentos que la

están mirando, sí, mirando con malos ojos... y aquel silencio como de sepultura! Decididamente, no se atreve á llamar. Más valdrá dar la vuelta al edificio á ver si tropieza con alguien... Una... dos... seis ventanas, y cerradas todas, y otras tantas al otro lado de la puerta, y cerradas también... Ahora una tapia... será la del jardín... ¡qué alta!... Una puerta pequeña... ¡si hubiera llamador!...

Buscándole, se acerca, y la puerta, que no está más que entornada, se abre... ¡sí que es un jardín! No hay nadie... ¿entrará? Sí, por esta puerta, que es de tamaño natural, no da tanto respeto... ¡Qué jardín tan extraño, sin sendas, con el suelo todo verde, y cipreses como en los cementerios, y un estanque lleno de verdín, y una fuente llorona, y muchas hojas secas sobre el agua! ¿Dónde ha visto ella una cosa así? ¡Ah!, en la Moncloa, á la izquierda bajando, y por cierto que siempre le daba mucha pena el rincón aquel. Tanta como la que ahora mismo se le clava en el pecho. ¡Ay, Señor, qué cosa tan triste es la vida algunas veces, por mucho que una se quiera reír!

VI

Gabriel lleva tres días de agitación atormentada. Algo, no sabe qué, le despierta, bien á pesar suyo, del letargo triste en que estaba hundido; alguien le llama, no sabe desde dónde, pero es preciso ir, aunque se desconozcan los caminos, porque la voz es imperiosa. Imperiosa y dulce, ¡quién la supiera obedecer! Ya ha intentado salir de casa varias veces; pero una vez en campo abierto, ¿adónde ir? El valle tiene para él una hermosura inhospitalaria; están demasiado lejos las vertientes, harto espaciados los grupos de árboles, disperso el caserío; el alma se pierde en tanto espacio, los pasos se inquietan ante la precisa elección entre tantas veredas, los ojos se turban: más vale volver al encerramiento, que las paredes de la casa, las tapias del jardín, los cipreses tienen, en su limitación de espacio, una como ficción de intimidad; en el vaivén calmoso de la hamaca hay una larga caricia melancólica, y se puede, amparado por ella, cerrar los ojos y no pensar. Pero es el caso que el pensamiento se inquieta: una

idea, un recuerdo, una esperanza quieren brotar, y duele la tierra desnuda. ¡Ay, si una mano removiese la aridez invencible, abriendo paso á la raíz doliente! ¡Si una voz pronunciase las palabras que el cerebro estéril no acierta á formar! ¡Si una mano cogiese esta mano y una voluntad guiase este paso indeciso!... Una esperanza sonríe, con fugitiva luz, un eco de voz promete, un fantasma de caricia aplaca, una sombra de mano protege. Pero, ¿de quién son la voz y la caricia y la mano, y dónde están?

Aquella mañana, la inquietud le atormentaba como nunca; no puede soñar; el corazón se vuelve loco en desatinadas impaciencias. Es preciso que venga, es seguro que viene, es indudable que ha de venir.— ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién? — pregunta el cuitado y vuelve á preguntar paseando el jardín sin descanso.

Parece que la fuente se ha callado, que los árboles dejan de estremecer sus copas, que han dejado de cantar y silbar y gorjear los pájaros. Algo va á suceder, inmenso y decisivo; alguien va á entrar en el jardín trayendo la palabra esperada; ya se acerca; pero ¿quién es?

—¡Mariana!

—¡Gabriel!

Hay un interminable abrazo, apasionado y lleno de lágrimas.

—¡Mariana!— Esa es la palabra, la idea, el pensamiento que tantas horas de tantos días ha buscado en vano.

Ni á uno ni á otro les sorprende el encontrarse juntos; es natural y era inevitable; ¿para qué han nacido? Y el abrazo no se acaba nunca, porque Gabriel se ha echado á llorar como un niño y ella le consuela besándole en los ojos...

—Has venido, has venido. Yo no me podía acordar de ti, ni de tu nombre; pero te estaba esperando, ¿sabes?, por tu voz, por tus manos... Te he sentido llegar con el corazón, pero no sabía quién eras.

Ella no parece asombrarse por las incoherentes palabras; todo lo temía, todo lo ha previsto... Medio loco por ella, naturalmente, pero ella se encarga de volverle el juicio.

—Sí, he venido, he venido. ¡Cómo era posible que no viniese teniéndote aquí! En cuanto salté de la cama, porque he estado muy mala, ¿sabes?, para morirme; pero no me he querido morir, porque todavía hago falta en el mundo... mientras estés tú en él... tú y el... otro crío; ¿dónde está?, ¿dónde está mi chiquillo de mi alma?

Habla muy de prisa, disimulando la emoción con la palabrería y esforzándose por sonreír—mujer valiente.

Gabriel, á medida que la va oyendo hablar, parece como que volviese á la tierra desde un mundo remoto; primero sonríe, suspira después, por último se acuerda...

—Perdóname, Mariana, perdóname; yo no sé ni cómo ni cuándo he venido á esta casa.

—Lo que importa saber es cómo y cuándo vas á salir de ella.—Los ojos de Gabriel relampaguean de esperanza gozosa—. Porque tú te vienes conmigo sin remedio...

—¡Sin remedio!...—suspira él, y se apaga la lumbre que las primeras palabras de ella le encendieran en los ojos.

—¡Sin remedio!...—repite ella enérgicamente conmigo y con tu hijo; ¿dónde está?, ¿quién lo tiene?

Gabriel echa á andar en silencio, y ella le sigue; rodean el estanque, pasan bajo el doliente cipresal, penetran en el laberinto perfilado por bojés — ¡qué triste jardín y qué angustia da ir pisando hojas secas detrás de aquel hombre que anda silencioso y como sonámbulo!—Llegan á la plazoleta sombreada por castaños, donde están la hamaca y el cochecillo-cuna. Mariana se acerca con apasionamiento; pero al ir á tocar al niño se detiene: está dormido, tan en paz, tan quieto, y parece un hijo de rey entre cintas y encajes... Es extraño: ella pensó que al verle iba á derretirsele el corazón en cariño, en suspiros, en lágrimas; que se le había de comer á besos, que le había de arrebatar con toda violencia, como ha leído en emocionantes folletines que suelen hacer madres desposeídas de sus hijos cuando al cabo los hallan... y, sin embargo, el corazón se le queda tranquilo, y no le acude el llanto á los ojos. Casi le da respeto aquella criatura, casi no se atreve á tocarla; mira la cara aterciopelada, y la pelusilla obs-

cura que asoma entre el rostrillo de la gorra, y la boca poco más grande que una fresa chica.. ¡y todo lo ve con indiferencia!

—Es mi hijo..., mi hijo —repite, y las palabras no le traen idea de posesión, de arrebato, ni de ternura—. Sin duda soy una mala madre y no tengo corazón de mujer... Es mi hijo, y estoy aquí tan quieta, tan tranquila. Es mi hijo, y ni siquiera sé cómo se llama..., y no me muero de alegría al verle.

—¿Por qué lloras, Mariana?—dice Gabriel.

¡Llorar! ¿Llorando ella? Sí, por cierto; lágrimas en torrente le inundan el rostro. ¡Entonces es posible que el cuerpo llore sin que el alma lo sepa!—¡Hijo mío, hijo mío!—y ya conscientemente rompe á sollozar, y arrodillándose en el suelo, junta el rostro al del hijo, y lo besa, y lo lava con lágrimas; y el chiquillo, sintiendo acaso en los limbos del sueño el halago de aquella húmeda tibieza, mueve los labios y saborea como leche el llanto de la madre...

—¡Mariana, Mariana! ¡Qué desgraciados somos!

—¡Desgraciados! —dice ella alzándose á mirarle, ya con el hijo en brazos—. ¿Por qué? ¿No estamos los dos vivos? ¿No me quieres? ¿No te quiero yo á ti? ¿No tenemos la vida entera por delante?

Gabriel suspira:

—Tú sí, tú sí.

—Y tú conmigo; la casa nos está esperando. Ya verás lo que es vida trabajando y queriéndose; cuando

me vine entraba un sol por el balcón..., porque este año no va á llegar el invierno nunca..., y eso que me han dicho que cuando estuve mala llovía á cántaros; pero, hijo mío, en cuanto abrí los ojos salió el sol; ¡ya sabes tú que somos buenos amigos! ¡Desgraciados con esta gloria de hijo, que va á ser la mismísima estampa de su madre, y que no va á hacer más que reirse, porque para niños llorones basta con uno en casa, digo yo! ¿Á ver esa cara? Vaya unos ojos tristes. Por supuesto, que de sobra sé yo lo que á ti te pasa; envidia pura que tienes del chiquillo, pensando que ahora todos los mimos van á ser para él... para él solito..., es decir, si tú eres muy bueno, puede que quede alguno para ti; ¿verdad, hijo, que vamos á querer un poco á tu padre? Mírale, mírale con esa cara de difunto que tiene. ¡Vale la pena de venir á su tierra famosa para ponerse tan pálido y tan flaco! Yo que creí que aquí estaba todo el mundo triscando por esos prados de Dios, bebiendo leche, comiendo fruta y cantando aquello de

“Y la segadora dijo al segador“...

Sí, sí, bonita tierra; mire usted que plantar en los jardines árboles de cementerio... y que el verdín le ha desteñado en la cara á tu papáito de tu alma...; suerte que esta misma noche nos le llevamos á Madrid, ¿verdad, hijo?

El chiquillo se ha despertado y abre los ojos ne-

gros como negras cabezas de alfiler; ella le besuquea y se le ofrece al padre para que le bese; y al acercarse le echa los brazos al cuello, y reparte con generosidad caricias alegres entre sus dos amores—dice—sus dos críos, sus dos calamidades!...—Y se ríe, se ríe, y todo el pasado feliz reflorece en el espíritu de Gabriel al rocío de aquel cristalino reir...

Porque en él están las inolvidables noches de Junio en Madrid, bajo el cielo tan aterciopelado y tan azul prendido de luceros, con el aire lleno de aroma á flor de acacia y á madreselva, y á tierra húmeda en los barrios extremos donde hay jardines y los han regado al anochecer... Y las claras mañanas de Marzo, cuando en las calles huele á café tostado, y en la Castellana hay una niebla leve que el sol platea, y en los árboles bien podados empiezan á querer brotar las hojas. Y los mediodías de Enero, cuando el suelo está duro y sonoro—tanto heló en la noche—y en el aire, aunque pica de frío, se ríe el sol... Y los anocheceres de Octubre, todo magnificencia y fuego á poniente, y en el Retiro el intenso amarillo de las hojas muertas que aun están en los árboles, porque el aire es tan tibio y no se mueve.

Noches, mañanas, anocheceres y mediodías, estío, primavera, invierno, otoño, en todos ha sonado la risa de ella, y la vuelta del año fué por el milagro de su gozo como una visión de mañana pascual. ¡Ay, campanas en el aire diáfano, risa en labios rojos, besos

para la risa, y el corazón sonando á fiesta en la torre!...

—Sí, chiquilla, si, tienes razón; nos vamos ahora mismo. ¡Madrid de mi alma! Y trabajaré por ti como un negro, y te querré como un loco, y seremos felices como nadie...

—¡Eso es, como nadie! ¿Qué te pasa?

Le ha sentido temblar y ha visto que en el rostro se le desvanece la ilusionada sonrisa. Siguiendo la dirección de los ojos de él, vuelve la cara, y se encuentra con el áspero ceño de una mujer menuda, morena, vestida de hábito.

—¡Tu madre!—dice, palideciendo también un poco..., Gabriel inclina la cabeza. Mariana se aparta un poco de él, pero le coge la mano.

La señora marquesa los contempla con indignación mezclada de no poca curiosidad y aun de un algo de asombro; ha venido despacio, y hace ya unos instantes que está allí...—Esta es la pasión —piensa—, el amor criminal, la sima negra y hedionda, el abismo de perdición, el pecado y la muerte, en una palabra., y sin embargo, esta mujer se ríe como una criatura, y le brillan los ojos con toda limpidez, y dice á su hijo y al mío las mismas palabras mimosas, sencillas, cantariñas, pueriles, que acostumbra las madres buenas á decir á los hijos nacidos al amparo de la ley de Dios..., y los besa ruidosamente, á la luz del día, sin misterio y sin remordimiento, como si besos y palabras surtiesen de la más pura fuente de amor...—¡Así acostum-

bra el Malo á disfrazarse de ángel de luz!—dice en la memoria de la dama un recuerdo de lectura ascética..., y quiere traer á la imaginación ejemplos de diabólicas transformaciones; mas por mucho que busca no puede hallar caso en que, para perder á un alma, Satanás haya tomado aspecto de buena madre. Sin embargo, el delito es evidente, y hay que acudir á remediar el mal...

—¡Gabriel!—dice con voz severa, acercándose.

—¡Señora!—interrumpe Mariana, interponiéndose entre madre é hijo...—; señora, considere usted...

—No tengo nada que considerar, ni es á usted á quien hablo.

—Es lo mismo, señora...

—¡Ah!—dice la dama con altanería—, ¿usted ha decidido que es lo mismo? Pues yo lo siento mucho, pero en eso no estamos de acuerdo—. Mariana hace una mueca ambigua.— Á usted le importa poco, ¿verdad?

—¿Á mí no me importa—dice la modistilla con empaque de reina—más que salvar á Gabriel y á mi hijo.

La señora sonríe irónicamente:

En eso sí que coincidimos—dice—. Usted quiere salvarle; yo también; ahora sólo nos falta saber de qué le quiere usted salvar... y cómo.

—¡De qué!—exclama apasionadamente Mariana—. ¡De qué! ¿No le está usted viendo la muerte en la

cara? ¿No le asusta á usted ese mirar de loco triste que tiene en los ojos? De eso, de eso le quiero salvar: de la muerte, de la locura, de la tristeza. ¿Cómo? ¡Cuando estaba conmigo estaba sano y estaba cuerdo, y era feliz!

—Más vale que no hablemos de cuando estaba con usted.

—¿Por qué, señora—dice Mariana altivamente—; ¿qué daño le he hecho yo á su hijo de usted?

—¿No se lo dice á usted su conciencia?

—¡No, señora, no!

—¡Es natural!—suspira la dama.

—Pero me gustaría saberlo; ¡dígamelo usted! ¿Qué daño le he hecho yo á Gabriel? Usted no me lo dice; se lo diré á usted yo, y puede que salga la historia más clara...

—¡No saldrá más limpia!

—Como los chorros del oro, señora marquesa— replica Mariana, poniendo en el «señora marquesa» todo su desdén de chula madrileña hacia toda aristocracia mundana—. Ha de saber usted que el día que me encontré á esta criatura no había querido yo á ningún hombre, ni había llorado por nadie, ni me hacía falta nadie en el mundo; así, clarito; que para ganarme la vida y estar alegre me basto yo y me sobro, gracias á Dios; y si me acerqué á él y le quise fué de pena que me dió; sí, señora, de pena y de lástima, al ver á un hombre tan lleno de tristeza y de miedo y de angustia, que

teniendo los sentidos cabales, y siendo rico y joven, le tenía envidia á una pobre mujer...; y no se había reído nunca, ¡á los veintidós años, señora!; y no sabía por dónde tirar en el mundo si alguien no le daba la mano. Me ha querido, ¿y qué?, ¿no le quiero yo á él? Ha vivido conmigo; con alguien tenía que vivir, ya que los que le echaron al mundo no le dieron arranque para vivir solo; ha vivido conmigo, pero yo he vivido de mi trabajo, ¿lo entiende usted?, y le he dado de balde el cariño, y el sol y los besos, y la salud y la alegría de vivir; ¿le parece á usted poco todavía?

—¡Él se estaba perdiendo por usted!—dice sombriamente la marquesa.

—¡Perdiendo!... Tiene gracia... Perdiéndose, ¡angelito! Y yo, ¿no me he perdido por él? Pues estamos en paz.

—Es que usted tampoco tenía derecho á perderse.

—¿Por salvarle á él no?

—Por nada en este mundo.

—Ya ve usted lo que son las cosas: á usted le parece que no tuvo derecho, y á mí me pareció que tenía obligación; él se me echó á los pies medio muerto, y me dijo: —¡No puedo vivir sin usted, Mariana—, y como vi que era verdad, lo levanté y le respondí: —Pues vámonos á vivir juntos.

—Y en pecado mortal...

—¿Es pecado quererse?

—¡Fuera del matrimonio, sí!

— ¡Pues á casarse tocan! — dice Mariana dando media vuelta.

La marquesa palidece de ira; la sangre azul de diez generaciones hierve de indignación dentro del cuerpo flaco. ¡Ya descubrió el rostro la aventurera! ¡Á casarse tocan! Bonito negocio, naturalmente, para la mala hembra ganosa de cubrir su liviandad con el noble blasón de los Gutierre de Velasco! Claro está el juego; la mujer astuta, el hombre flaco de voluntad, todo el halago de las blanduras sensuales y sentimentales, toda la invariable mentira del amor para lograr un nombre y una fortuna...

— ¡Casarse con mi hijo! Eso es lo que usted se ha propuesto conseguir, ¿verdad? — dice mirando de alto á bajo á Mariana.

— No me he propuesto conseguir nada, señora; ya le he dicho á usted que cuanto hice fué de balde y por puro cariño; usted es quien habla de bodas, que á mí me da lo mismo. Gabriel me quiso, yo le quise á él, y le pienso seguir queriendo; si nos casamos, mi hijo será marqués; si no nos casamos, puede que sea ó peón de albañil ó presidente del Consejo de Ministros ó de la República, que en treinta años figúrese usted si puede dar vueltas el mundo; de todas maneras, yo le aseguro á usted que será un hombre, y que no tendrá miedo á los fantasmas, y que si un día quiere á una mujer, sabrá defenderla y defender su cariño contra el mundo entero, más que le cueste la vida!

Hermosa está la modistilla, vibrante de emoción, echando fuego por los ojos, rojas las mejillas, apretando á su hijo contra el pecho; la marquesa la mira con cierta involuntaria admiración, que al cabo también ella es mujer fuerte, y sabe lo que vale la fortaleza:

—Hija mía—dice suavizando un poco la voz—, perdone usted la ofensa que haya podido haber en mis palabras; dispuesta estoy á reconocer el desinterés de usted y aun el cariño que pueda usted sentir hacia mi hijo; mas por lo mismo que le quiere usted desinteresadamente, debe usted comprender que el mayor bien que puede hacerle es apartarse de su camino.

—Es que él me quiere á mí...

—Piense usted que se ha alejado por su voluntad.

—Es que me necesita.

—Y que en todo este tiempo no ha intentado volver á su lado, ni siquiera comunicarse con usted...

—¿De modo que usted cree que va á resignarse á vivir sin mí?

—Eso es él quien ha de decirlo. Gabriel, hijo...

Lamentable cosa es ver al noble vástago de la noble casa apoyado en el tronco de un castaño, con el rostro lívido, mirando como animalejo medroso á las dos mujeres que se están disputando su alma.

—Gabriel, hijo—repite la madre—, tú verás lo que haces; esta mujer pretende que no puedes vivir sin

ella; la limpieza de tu nombre no te permite dársele á mujer que no supo guardar su honra; la de tu conciencia no te ha de consentir vivir con ella fuera de toda ley.

— Gabriel—dice serena y tristemente Mariana—, por ti vengo á rogarte, que no por mí; yo sabré llorar sola como he sabido reirme; pero tú te mueres si te quedas aquí, te mueres de tristeza y de miedo, te estás muriendo...

— ¡Mariana, Mariana!—solloza Gabriel.

— Hijo—dice la madre ásperamente—, nadie se ha muerto por cumplir su deber. Y aunque vivieras siglos con ella, ¿de qué te servirían si al cabo habías de morir maldito de Dios y de tu madre?...

— Gabriel, acuérdate de todo.

— Óyeme á mí—dice la madre—, que te he dado la vida.

— Óyeme á mí—dice la amante—, que daría la vida por ti.

El cuitado se lleva las manos al pecho, y se desploma en tierra. Las dos mujeres se miran un instante en silencio. Al fin habla Mariana:

— Señora—dice—, Dios nos perdone á todos el mal que hacemos queriendo hacer bien.

— Sí—dice la marquesa sordamente—; Dios nos perdone—. Y se arrodilla en el suelo para sostener al hijo desmayado. Mariana suspira mirando largamente á Gabriel y echa á andar con el niño en los brazos.

—¿Adónde va usted?—pregunta la señora,

—Á mi casa... ¿Qué voy á hacer aquí? Gabriel está perdido para siempre. Adiós, y ojalá no le remuerda á usted nunca la conciencia por lo que ha sucedido aquí esta mañana.

—Deje usted al niño—dice la marquesa—; aquí le criaremos como corresponde y aprenderá á honrar á su madre; le prometo á usted que le verá á menudo.

—No, señora; no—responde gravemente Mariana—; hijo por hijo, tanto como para usted el suyo, vale para mí el mío, y ha de ser como yo quiero que sea; dígame usted á su padre que yo me lo he llevado, y que si algún día nos quiere ir á buscar, el hijo y yo le estamos esperando... sin esperanza. . pero con los brazos abiertos.

Y sale despacio, sin volver la vista una sola vez, con aquel su paso de reina, sin querer llorar, aunque se le parte el corazón pensando en el cuitado, que se queda tendido á la sombra del cipresal noble. ¡Sí que es triste la vida algunos días, sí!... ¡pero para ti no lo será, hijo, porque eres hombre, y porque serás fuerte; eso te lo aseguro yo!

—¡Mariana, Mariana! —gime Gabriel, volviendo á la vida—. Mariana, ¿dónde estás?

—Se marchó, hijo — dice la señora acariciándole con ternura, acaso por primera vez en su vida—; pero no te aflijas, que está aquí tu madre.

Y él llora interminablemente.

VII

Á la media noche, el solar de los Gutierre de Velasco está silencioso como nunca; horas ha se apagaron en él todas las luces y se cerraron todas las puertas, y es de creer que todos sus moradores duermen.

Duerme, sí, la señora marquesa, aunque oraciones y penitencias la tuvieron hasta hace bien poco despierta; duerme el preceptor en la inocencia de su sabiduría; duerme la servidumbre en la paz de un sueño sin sueños. Pero Gabriel, no pudiendo dormir, se ha vestido, y pasea, y se sienta, y vuelve á pasear y á sentarse, y abre la ventana, y mira al campo, y nada ve, porque la noche es negra y el valle parece haberse hundido en el no ser. Ni siquiera hay estrellas en el cielo. Nublado está; el aire es húmedo y el viento se queja en los árboles. ¿Sólo en los árboles? Á Gabriel le parece que también en su corazón hay obscuridad y vacío y queja; que aunque los labios callen, el dolor, sólo por serlo, tiene voz propia; y con sólo existir se duele y se lamenta. Así el incienso sobre la brasa,

silenciosamente, alza su voz de humo y de aroma...
¡Ay el corazón!

¡Después de todo, la vida es tan corta, y tal vez somos irresponsables! Esta idea se le ocurre á Gabriel de un modo extraño, fuera de toda elaboración intelectual; seguramente él no estaba pensando en nada y menos que en todo en el problema de su responsabilidad moral; las palabras han venido de fuera, como si alguien las pronunciase en la noche, y él las ha oído sonar sin comprenderlas, sin comprenderlas en un principio; sólo repitiéndolas pasado un momento ha conseguido entender, á través del sonido, el significado.—¡Tal vez somos irresponsables!—Y siente una alegría infinita, como una plena liberación.—¡Irresponsables!—Sí, así debe ser; la vida nos envuelve, nos lleva, nos arrastra; cosa de viento y polvo. Y aunque el camino sea duro, y el empuje violento, ¡qué descanso sentirse arrebatado irremediabilmente, cerrar los ojos y dejarse arrastrar..., porque casi todo el mal de los males está en la oposición que les hacemos queriendo evitarlos!... ¡Irresponsables!

Gabriel sale del cuarto, atraviesa cautelosamente los corredores, baja la escalera. Puesto que la conciencia se declara vencida é inútil, bien puede él ir donde le llama su deseo: pero la puerta está cerrada con profusión de llaves, cadenas y cerrojos; ¿quién es capaz de abrirla en la obscuridad? Y desanda lo andado, tristemente. En su habitación, la lamparilla

que agoniza en el vaso suscita sombras tan extrañas y tan violentas, que todo el aire parece estar turbado por el aleteo de negros pajarracos maléficos; no hay duda, impalpables murciélagos azotan el rostro de Gabriel; las alas de sombra le dan en la frente, en los ojos, en la boca, luego van á chocar contra las paredes, contra los muebles, caen al suelo, de cierto malheridas, y el silencio en que chocan y caen es, sin duda, el más insoportable tormento para el alma medrosa. Ni gritar puede para pedir auxilio; tal le paraliza el terror, y sólo una idea le resta en la derrota de toda consciencia: ¡huir, escapar!

Afortunadamente no está el balcón muy alto, y hay bajo él una ventana con reja. Gabriel, de niño, nunca bajó al jardín por otro camino; la memoria mecánica le hace encontrar los acostumbrados puntos de apoyo para pies y manos. Cuando salta al jardín, se apaga por completo la lamparilla. ¡Qué caricia tan honda el aire húmedo y negro de la noche! El viento se sigue quejando. Gabriel va de prisa, bien hallado con la que se le antoja libertad. Ya el mundo es suyo, y pronto habrá llegado adonde le está llamando el corazón; pero acontece que, ahora que ha decidido marchar, todo instante se le antoja un siglo; alas quisiera tener como el viento, como el destino... ¿Qué suena? Es el caballo que relincha en la cuadra, porque ha sentido pasar á su dueño. Gabriel bendice al animal por su oportuno llamamiento... Sí, á caballo y de prisa. Pron-

to está aparejado el animal, y pronto el jinete sobre él; en el portillo del jardín la cerradura salta con poco esfuerzo... ¡el valle!

La sombra se aparta, dando paso al que huye, y se vuelve á cerrar tras de él estrechamente; no se ve nada; los grupos de árboles y el caserío, sombras más intensas en la intensa sombra, las adivina el cuerpo sin que las vean los ojos; el viento arrecia. Va el caballo á galope, y á su paso van ladrando los perros en casas y heredades, y respondiéndose unos canes á otros, la noche tiembla en un inmenso aullido delator. Así al menos lo piensa el jinete, que espolea al caballo para huir antes de que despierte todo el pueblo, porque él está seguro de que el pueblo todo se ha de levantar á cortarle el paso, á aprisionarle, á aherrojarle para siempre... y para siempre lejos de su amor; así va rezando á modo de exorcismo el nombre de ella: - ¡Mariana, Mariana, Mariana!...

Caballo fantasma, jinete insensato. Junto á la «charola» debe de haber brujas. Huele á azufre. Afortunadamente los perros se han callado, pero ahora se oye mugir una vaca. ¡Oh, el viento, cómo llora! ¡La hoz! ¿Qué es esto húmedo que da en el rostro? Rompe á llover, primero mansa, luego furiosamente, y el viento, apoderándose del agua, azota con ella el rostro de Gabriel y le ciega y le aturde. Pronto las vertientes de la cañada son como torrentes; el agua cae y cae arrastrando yerbas y pedruscos, y el suelo se con-

vierte en cauce, y corre un río por la hoz. Entonces hay una lucha insensata; el caballo quiere huir, retroceder, volver á valle abierto, á casa; el jinete no le deja; es preciso salir de la hoz, pero del otro lado, adelante, camino de la vida... ¡Si saliera la luna, si asomara una estrella! Pero la noche es de esas negras noches campesinas, y el viento y el agua hacen más densa la obscuridad; la hoz rebrama temerosamente. El caballo salta y se encabrita; sin duda está loco de espanto, como el jinete loco de obstinación, y luchando locura contra locura, pasan, quién sabe, si minutos ó siglos; ello es que en las tinieblas se oye un grito trágico, y luego el galopar desatinado de un caballo por todo el valle.

Amanece: calló el viento y ha cesado la lluvia; el valle está empapado, verde, quieto, como saboreando en santa paz la bendición de Dios que ha caído sobre él en la noche. Cierto que aún por la hoz y las callejas va el agua en arroyos; pero ya las corrientes son mansas y hacen poco ruido; el aire, levemente brumoso, parece que quisiera sonreír al cielo, de pálido azul, donde no ha quedado una sola nube. Á poniente hay una leve claridad rosada. Suena el Ángelus en las espadañas y aparece el humo sobre algunos tejados. En el palacio de los Gutierrez de Velasco alguien despierta despavorido al oír los relinchos y el patear furioso de un caballo contra la puerta. Ábrenle; viene desbridado, con la silla rota, cubierto de barro. ¿Quién lo sacó esta noche?

En la habitación de Gabriel, el balcón abierto, los cristales rotos por el vendaval, el agua que se entró por la estancia y ahora inunda el suelo, dicen la verdad.—¡Hijo, el hijo, llámole el infierno, lleváronle las brujas, halló la muerte..., el caballo lo dice, que ha vuelto solo y loco!; pero ¿dónde está? Llamen gentes, pídase ayuda, regístrese el valle, hállese muerto ó vivo al último Gutierre de Velasco..., y de prisa, que ya va adelantando la mañana..., y sin alaridos, y sin clamoreo... ¡Dios lo quiso! ¡Pero que vuelva á casa el hijo vivo ó muerto!

Entretanto, á la entrada de la hoz se ha detenido una carreta, y el conductor da voces; acuden gentes de la «charola». Tendido en tierra está Gabriel. Cayó y partióse la cabeza al caer; blanco tiene el rostro más que un blanco lienzo, que toda la sangre del cuerpo se le fué por la herida, y el agua corriente se la llevó y lavó toda mancha. ¡Bien orgulloso puedes estar, amor, pues se vertió por ti hasta la última gota de una sangre, nadie sabe si roja ó si azul, pues que la arrasó el agua!

La carreta va cargada de yerba seca; huele bien; sobre la balumba mullida y fragante colocan el cuerpo piadosamente. En el rostro del muerto hay tanta paz, y casi una sonrisa, mientras va cara al cielo, mecido suavemente por el vaivén de la carreta, camino de su casa, en la paz del valle.

EL AGUA DORMIDA

Hoy ha reñido mamá con la Paca; casi todos los días riñen, pero hoy más que nunca; cuando mamá se ha marchado al ensayo, Paca se ha quedado llorando como un becerro, como dice mamá, y me ha cogido en brazos, y me ha dado no sé cuántos besos, y me ha dicho: —¡Ay, pobrecita mía, qué desgraciadas somos, pero qué desgraciada: somos!—Á mí me parece que no somos tan desgraciadas como dice ella; pero ella sabrá por qué lo dice, y á mí me daba mucha pena oírsele decir, y además, me apretaba tanto mientras lo decía, que me daban también á mí ganas de llorar, y ¡claro!, lloré, y cuando mamá ha vuelto, que ya era cerca de anochecer, nos ha encontrado á Paca y á mí á oscuras, porque en el cuarto de la fonda anochece más pronto que en la calle, y llorando, llorando. Ella, en cambio, venía muy contenta, y traía un manojo muy grande de rosas muy pequeñitas y que olían muy bien en la mano, y se ha asombrado tanto de vernos llorar, y se ha llevado un susto, y nos ha preguntado si había sucedido una desgracia, y cuando ha visto que no, y

que lloramos porque ella había reñido con la Paca, se ha estado riendo un rato muy grande, y la ha llamado grandísima bestia, y le ha regalado una sortija y dos faldas que no se ha puesto más que una vez; luego me ha cogido á mí en brazos y también me ha dado muchos besos y me ha llamado querubín y cielo mío y estrella de tu madre, y yo debo de ser tan bestia como la Paca, ó más, porque siempre que mamá me llama cielo mío me pongo muy contenta por dentro y lloro como si estuviera triste. Mamá me pregunta que qué me pasa, y cuando se lo digo se vuelve á reir, y me vuelve á abrazar, y le dice á la Paca: —¡Cómo se parece á su madre esta hija de mi alma!—Y la Paca contesta que más valiera que no me pareciese tanto...

... No sé por qué dice Paca que más valiera que no me pareciese tanto á mamá, porque mamá es muy guapa, más guapa que ninguna de las señoras que yo he visto nunca, y ya quisiera la Paca parecerse á ella, siendo tan fea como es, y tan chiquitita, y medio jorobada, y con los ojos que siempre le están haciendo chiribitas como si se acabase de despertar y abriesen el balcón de golpe. Pero ella no debe de parecerse tan fea como es, porque se está mirando al espejo y pone una cara tan satisfecha, no sé cómo, porque á mí me parece que si fuese tan fea como ella, me daría rabia mirarme. Mamá es muy guapa y muy alta y va siempre

muy bien vestida, y cuando va al teatro á cantar, más, con un traje azul bordado de plata, y otro negro con rosas de seda, y otro blanco con flores blancas también y hojitas verdes muy menudas, y otro que parece todo de oro; lo que no sé es para qué querrá la Paca los trajes que mamá le regala después que riñen para consolarla, porque no se los pone nunca, y yo no los vuelvo á ver por ninguna parte. Además de los trajes, mamá tiene muchas pulseras muy bonitas, y sortijas, y collares de perlas, y de diamantes, y de esmeraldas, sobre todo uno, que á mí es el que más me gusta, que se le trajo el duque el primer día que cantó *Carmen* en Milán, y cuando se los pone parece una reina; pero no una reina de verdad, sino una reina como las de los libros de cuentos; porque reinas de verdad á mí me enseñaron una, una noche en un palco del teatro, y era casi tan fea como la Paca, y por el descote del traje se le veían unos huesos muy grandes; á mamá no se le ven huesos, porque tiene la carne muy blanca y suave-cita, y se da una cosa que huele muy bien y que no sabe hacer nadie en el mundo más que la Paca, dice ella; y digo yo que por qué no se la dará ella también, que buena falta le hace. Y ahora tiene el pelo de color de oro, mamá digo, y le reluce casi como una pulsera, y así me gusta más á mí que cuando le tenía negro como yo le tengo ahora; cuando sea mayor me gustará tenerle también dorado como ella, y así me pareceré más, y rabiará la Paca, que bastantes veces

me hace rabiarse á mí diciéndome que soy una pobre criatura y que valiera más que no hubiese nacido.

... Yo he nacido en Constantinopla; ayer lo supe, y me chocó, porque la Paca me ha dicho tantas veces que á los niños los traen de París, y París no es Constantinopla; pero puede que de París no traigan más que á los niños, y de Constantinopla á las niñas; luego se lo preguntaré. Lo supe porque estábamos en el cuarto de mamá del teatro, y mientras ella se acababa de peinar en el cuartito de dentro, el duque me tenía á mí en brazos; por cierto que siempre me coge en brazos mientras mamá se peina y me da muchos besos, y á mí me da muchísima rabia, porque tiene la boca mojada y sabe á pastillas de menta, y á mí no me gustan las pastillas de menta ni los bombones de chocolate, y todo el mundo me los está regalando siempre, como si no hubiera otra cosa que regalar más que bombones de chocolate; bueno, pues el duque me tenía en brazos como todas las noches, y preguntó: —¿Dónde ha nacido este pimpollo?—Y mamá, desde dentro del cuarto, respondió que en Constantinopla, y el duque se me quedó mirando, y dijo: —Sí que tiene en los ojos todo el sol de Oriente. —Y mamá se echó á reír muy fuerte, como ella se ríe, y dijo que no era el de Oriente, sino el de Andalucía; y el duque preguntó: —¿Usted es andaluza?—Y mamá se volvió á reír

mucho más fuerte que antes, y dijo:—Yo, precisamente, no; soy gallega.—Y entonces el duque se rió también, y dijo: ¡Qué suerte tienen algunos andaluces! Yo soy valenciano.—Y mamá respondió:—Cerca le anda; lo malo es que está Murcia por medio.—Cuando mamá dijo eso, el duque puso muy mala cara, y digo yo que qué le importará al buen señor que esté Murcia entre Andalucía y Valencia, si es una cosa que es verdad, porque lo he visto yo en el mapa, y que no tiene remedio; y se lo he preguntado á la Paca, y la Paca me ha dicho que no me ocupe de lo que no me importa, y luego, cuando me he dormido, la he oído que se lo contaba á mamá y le decía muy incomodada que podía tener más cuidado con lo que habla delante de mí, y que además es una imprudente, porque el duque es un hombre formal y de dinero, y hay que estar chiflada del todo para tirar la suerte por la ventana por causa de un loco de atar, y además vanidoso como una mujer. Entonces mamá se ha enfadado muchísimo y ha dicho que ella no necesita consejos de nadie, y menos de Paca, que es tonta de capirote, y que, á Dios gracias, se sabe ganar la vida y puede hacer de su capa un sayo, y que está de duques y de viejos hasta por encima del moño, y luego se ha puesto á cantar y á bailar y á darle muchos besos á un ramo de claveles que le habían entrado en el entreacto; y Paca le ha dicho:—¡Canta, canta, que ya te darán á ti los clavelitos!—Y mamá seguía cantando, y decía:

El clavel que tú me diste
el día de la Ascensión,
no fué clavel, que fué clavo
que me clavó el corazón.

Entonces se volvió á mirarme y vió que tenía yo los ojos abiertos, y se acercó á mi cama y me abrazó y me dijo:—Ya se ha despertado mi hijita de mi alma.

—Naturalmente—gruñó la Paca—, ¡con el escándalo que estás armando!

—¡Ay, qué cara de serafín tiene el sol de su madre! ¿Verdad, alma mía, que te gustan muchísimo los claveles? —Y me metía el ramo por la cara.—¿Verdad que son la flor más bonita del mundo, y que huelen á gloria, y que saben á cielo?—Casi me daba miedo de verla tan contenta sin saber por qué, y ella lo notó y me dijo: ¡Duérmete, duérmete, cariño mío, y no le hagas caso á tu madre, que está loca perdida!

... Esta tarde ha venido á visitar á mamá una señora que dice que era amiga suya cuando eran pequeñas, y que dicen que baila muy bien, pero que no puede bailar porque se le han puesto las piernas malas, y está muy pobre, y mamá le ha dicho que se quedara á comer con Paca y conmigo mientras ella se iba al ensayo, y al volver le ha regalado un sombrero y dos chaquetas y un alfiler. Mientras mamá ha estado fuera, ella y la Paca se han encerrado en el cuarto y han es-

tado habla que te habla, y á mí me han mandado al pasillo á jugar con *Fly* y no he oído nada de lo que hablaban más que una vez que la señora decía: --¿Si-gue tan loca como siempre?—Lo mismo, hija—decía la Paca—. Y la señora ha dado un suspiro muy grande, y ha dicho: --¡Ésa acabará como yo! --Y la Paca entonces ha contestado:—Y que será porque le dé la gana, porque tiene más suerte que un ahorcado y gana el dinero á espuertas; pero lo mismo se le va que le viene.—Un poco antes de venir mamá han abierto la puerta y me han hecho entrar, y la señora me ha dicho muchos cariños, y Paca ha empezado con lo de siempre: que soy una pobre criatura y que me tiene lástima; ¡más le tengo yo á ella! Y luego la señora le ha preguntado á mamá que por qué me lleva rodando por el mundo, y mamá ha dicho que porque es una buena madre y no se quiere separar de mí, sino tenerme siempre á su lado para que aprenda lo que da de sí la vida y no sea tan desgraciada como ella; y Paca, metiéndose como siempre donde nadie la llama, ha dicho que mejor estaría interna en un colegio, pero que cada uno tiene su modo de matar pulgas.

...No sé por qué dirá mamá que es desgraciada: á mí me parece que no lo es, porque todo el mundo la quiere y le dice que es muy bonita, como es verdad, y que canta muy bien, y en el teatro siempre le están

haciendo visitas y regalándole cosas, no bombones de chocolate, como á mí, sino joyas y abanicos de concha y de plumas y muchísimas flores; el día del último beneficio en París le regalaron tantas cestas, que no sabíamos en casa dónde ponerlas, y al otro día daban lástima cuando se secaron todas y nos las dieron para jugar á mí y á *Fly*, é hicimos un circo y saltábamos por las asas de las cestas como los caballos por los aros. *Fly* hacía el caballo y yo la *écuyère*; me gustan las *ecuyeres* y los caballitos, y muchos días por la tarde, cuando estamos de quieto en una ciudad, me empeño en que me lleve la Paca al circo; en París íbamos todos los domingos y los jueves por la tarde con un novio que tenía la doncella que era dependiente de un almacén muy grande, y le regalaba frasquitos de perfume, y nos convidaba á merendar, pero pagaba ella; también una tarde fuimos con él por el río embarcadas, y luego bajamos en un pueblo que era todo como un jardín muy grande, y estuvimos comiendo unos peces fritos muy pequeños y muy feos y que sabían muy mal, pero que la doncella decía que eran muy ricos, y bebiendo sidra, que esa sí que me gustaba á mí. Luego me dió mucho sueño y me dormí, y cuando me desperté era muy de noche y veníamos en un tranvía que hacía mucho ruido y no salía nunca de un túnel muy largo, y yo tenía muchas ganas de llorar y estaba muy mal á gusto, aunque la doncella me llevaba en brazos, y cuando ya salimos á la calle hacia

mucho frío y á fuerza de llorar me quedé dormida, hasta que al otro día me desperté en mi cama y me sabía muy mal la boca, y la doncella me dijo que no le dijese á mamá que habíamos bebido sidra. Entonces no estaba la Paca con nosotras, porque se había ido á su tierra, que es la misma tierra de mamá, que no sé quién se le había muerto.

Eso es lo más malo de todo, cuando tenemos que viajar de noche y á mí me da tantísimo sueño; y siempre que me despierto llegamos á una estación donde hay que bajarse, y siempre hace frío, y la Paca coge las maletas y mamá me lleva á mí de la mano, y va muy de prisa, y yo casi no la puedo seguir, y me gustaría tirarme en el suelo y que me dejaran allí durmiendo; pero vienen muchos hombres que dan voces y se empeñan en que vayamos á muchos hoteles á un tiempo, y cuando por fin subimos á un coche y yo me duermo otra vez hay que volver á despertarse en seguida para bajar en el hotel, y las calles dan mucho miedo, porque están muy oscuras y al mismo tiempo hay muchas luces. Algunas veces hay que pasar encima de un puente y suena el coche á hueco y á mí me parece que nos vamos á hundir, y hay en el agua, muy negra, unas luces muy largas que se mueven; y cuando llegamos al hotel mamá se empeña en que antes de dormirme tengo que tomar un vaso de leche caliente que no se acaba nunca, y yo siempre me pongo á llorar, y entonces Paca dice que esta chiquilla es un

engorro, y que entre yo y el perro y la cotorra le amargamos la vida, y que hay que tener vuelto el juicio para ir corriendo el mundo con una criatura y un perro y una cotorra.

No sé dónde querría ella que nos dejaran, y si mamá nos quiere á los tres, hace muy bien en llevarnos; además, aunque á mí me dejaran en el convento, como ella dice, á *Fly* y á la cotorra no los admitirían, como algunas veces no los quieren admitir en algunos hoteles, que tiene Paca que irse con ellos á vivir á otra fonda, y mamá y yo nos quedamos solas. Eso sí que me gusta á mí, quedarme sola con mamá, porque entonces ella me viste, y me lava, y me peina, y me acuesta, y me levanta como si fuese su muñeca — así dice ella —, y me da todos los gustos que quiero, y me deja que me ponga todos sus collares, y me cuenta cosas de cuando ella era pequeña y vivía con su padre y su madre en una casa que tenía un huerto y vacas y gallinas.

Así me gustaría á mí que viviésemos, con gallinas y vacas y un huerto muy grande. En Suiza hay muchas vacas; yo lo sé porque estuvimos allí hace dos veranos, cuando mamá se puso mala, y fuimos á descansar y á tomar mucha leche; estábamos en una montaña, en un hotel muy elegante, donde había muchas señoras que tenían también una niña ó un niño, y algunas cantaban como mamá, y otras bailaban, y otras no hacían nada, pero todas estaban muy aburridas de tanto

descansar. Á mí me gustaba mucho estar allí, y eso que las otras niñas eran casi todas muy malas y estaban siempre hablando picardías y haciéndose rabiar unas á otras, dándose tono con que su papá era esto y lo de más allá, y á fin de mes iba á venir á buscarlas. Claro que no venía ni á fin de mes ni nunca, porque no tenían papá, lo mismo que yo.

Á mí, cuando era más pequeña, me preocupaba no tener papá, porque una niña, que era hija de un tramoyista de un teatro, me dijo que todos los niños tienen que tener padre y madre y que es una tristeza muy grande no tenerle; pero ya no me importa, porque un día se lo dije á Paca y me dijo que era una tontería, que sin padre se puede una pasar y que con tener madre basta; digo yo que debe de ser verdad, porque yo con mamá tengo bastante, y, en cambio, si me pongo á pensar que podía ser una niña sin madre, me da mucha pena, aunque me figure que podía tener un padre tan rico como el duque, ó tan guapo como Antonio Arenas, ó tan bueno como Juan Manuel. Lo de que Antonio Arenas es guapo lo digo porque mamá lo dice, pero á mí no me parece tanto; tiene los ojos negros muy enfadados, y siempre está arrugando la frente, y es muy orgulloso. Cuando entra en el cuarto de mamá, sin que nadie le vea, se va mirando en todos los espejos, y hasta cuando habla coge uno chiquitito que mamá tiene encima de la mesa y hace que juega con él, pero se mira. Además tiene muy mal genio, y á mí

no me quiere, ni yo á él; pero él hace que me quiere muchísimo cuando mamá está delante, y se figura que me engaña cogiéndome en brazos y diciéndome cosas, como si yo no me acordara que una noche mientras mamá estaba en escena le tiré del bigote por jugar y sin hacerle daño, y él me dió un empujón y me dijo: —Déjame en paz, chiquilla—. Lo que es que yo no quiero decírselo á mamá, pero en cuanto me regala bombones ó cualquier cosa, aunque me guste mucho, la tiro al cubo ó á la espuerta, de rabia que me da.

Juan Manuel sí que me gustaría que fuese mi padre: ése sí que es bueno y me quiere, y yo á él. Mamá dice que no le gustan los hombres con lentes; yo digo que cuando una quiere á las personas, lo mismo da que tengan lentes que no los tengan, y más vale que le miren á uno de buen corazón, aunque las personas sean cortas de vista. Lo que es buen corazón sí que le tiene Juan Manuel. Siempre está jugando conmigo y preguntándome cosas de si me gustaría ser esto ó lo otro, y algunas veces se ríe de lo que yo le digo; pero no me enfado, porque ya veo que no es por burlarse de mí, sino porque le hace gracia el ver que soy una chiquilla ignorante. Sí que soy ignorante, porque conozco otras niñas más pequeñas que yo que saben hasta dividir, y dan tres ó cuatro libros de memoria, y

saben coser y bordar, y hacer malla; pero es porque van al colegio y yo no puedo ir, porque siempre estamos de viaje; algunas veces que estamos quietas en un sitio, mamá hace venir á casa á una profesora; así he aprendido á leer y á escribir; y Paca me ha enseñado á coser los botones y las cintas de la ropa, y mamá el solfeo y á tocar el piano; pero de todo sé muy poco, porque de una vez para otra se me olvidan las cosas, y además cada profesora trae siempre libros nuevos y es un barullo. Mamá dice que dentro de dos años me enviará unos meses á un convento para que las monjitas me preparen á hacer la primera comunión. Todos los domingos voy á misa con Paca por la mañana temprano, y Paca compra velas para ponérselas á los santos cuando quiere que le toque la lotería, pero no le toca nunca; será que á los santos no les importa que les pongan velas; á mí, si fuera santa, no me gustaría tampoco, porque las velas dan mucho calor y humo; en cambio las flores son bonitas y frescas, y ésas sí que me gustan mucho, y también los peces en una pecera de cristal.

... Las personas á quienes una quiere mucho le adivinan á una los pensamientos: mamá acierta muchas veces lo que estoy pensando, y Paca también me da muchas cosas antes de que yo se las pida; pero yo no me había fijado hasta ayer que me lo dijo Juan Manuel.

Yo tenía muchas ganas de una pecera con peces chiquititos; pero me parece que no se lo había dicho á nadie, porque como siempre me dan todo lo que pido, muchas veces me da vergüenza pedirlo; Juan Manuel vino al cuarto de mamá como todas las noches, y me dió un paquetito muy bien atado con una cinta azul, y era una caja de cartón; yo me figuré que tendría dulces dentro, pero tenía una pecera muy chiquitita con cinco peces colorados como hebras de algodón, y me dió tanto gusto, que no sabía ni decir muchas gracias. Viendo que no decía nada, él me preguntó: —¿No te gusta?— Y yo le dije que me gustaba mucho, pero que no podía figurarme cómo había adivinado que yo tenía gana de una pecera; y entonces él me explicó lo que he dicho antes: que cuando queremos á las personas y ellas nos quieren—y aunque no nos quieran, dijo también él, pero en eso sí que me parece que no tiene razón—adivinamos lo que están deseando. Sí que será verdad; pero ahora siempre que desee una cosa no me voy á atrever á mirar cara á cara á Juan Manuel, porque él dice que se adivina en el color de los ojos. Eso sí que debe de ser guasa, porque los ojos todos los días los tiene uno del mismo color y cada día desea una cuatro ó cinco cosas distintas.

El caso es que él adivinó lo de la pecera; pero de poco me ha servido, porque me ha pasado una historia. Ayer estábamos almorzando en el hotel y en nuestro cuarto mamá y Paca y yo, porque mamá no se ha-

bía peinado todavía y no pudimos bajar al comedor; mamá estaba nerviosa, y se levantó á medio almorzar, y fué á buscar á la cotorra para que le echase las cartas, que sabe echarlas como una persona; le ponen la baraja encima de la mesa y ella va sacando los naipes con el pico, y mamá lee lo que quieren decir; sacó tres ó cuatro, pero no eran á gusto de mamá, que se enfadó mucho y mandó á Paca que se llevase la cotorra, y entonces empezó á echarlas ella sola, y en seguida se puso muy contenta, porque salió un caballo; yo le pregunté que qué quiere decir un caballo, y ella dijo que un hombre simpático, y yo, sin pensar, dije:—¡Será Juan Manuel!—Mamá entonces se enfadó conmigo, y me dijo:—¡No sé qué te ha dado ese tipo para que le tomes ese cariñazo!—Á mí me dió pena por dos cosas: primero, porque dijo «ese tipo», y Juan Manuel no es un tipo, ni tiene la culpa de gastar lentes; y luego porque se figuren que yo le quiero porque me regala cosas que me gustan. Esto era lo que me daba más tristeza: tanto, que casi no lo podía sufrir, como si me pasase una cosa muy mala ó como si hubiese dicho una mentira y me remordiese la conciencia; porque yo le quiero muchísimo, porque es bueno, y aunque no me regalase nada le querría lo mismo; y lo peor es que puede que él también se figure que le quiero por las cosas que me regala. ¡No es verdad! Más cosas me regala el duque, y no le quiero ni la mitad, y á Antonio Arenas, aunque me regalase una muñeca negra, que, después

de la pecera, es lo que más me gusta en este mundo, no le podría ver ni en pintura. Estaba yo pensando todo esto, y muy triste, cuando vi la pecera que estaba en mi mesita de noche, porque ayer me quise dormir con ella delante; y cuando la vi, como me gustaba tanto, tanto, yo misma me puse á figurarme si le que-rría más desde que me la había regalado, y como eso no podía ser, cuando salimos, sin que nadie me viera, la cogí y la guardé en el manguito, y á la primera niña que me pidió limosna en la calle se la di. ¡Me dió una pena dársela, y al mismo tiempo una alegría! Y en cuanto he visto á Juan Manuel y me ha preguntado por los peces, se lo he contado; por cierto que se ha quedado mirándome con unos ojos muy raros, como tristes—es decir, no sé si muy tristes del todo, porque tenía los lentes puestos —, y me ha besado las manos muy despacito, como á una señora; pero no me ha dicho si le parecía bien ó mal; puede que le haya molestado que haya yo regalado á otra persona una cosa que él me había regalado á mí, aunque, si dice que se ven tantas cosas en el color de los ojos, ya podía haber visto que todo era por buena intención. Cuando quiere una á las gentes mucho, mucho, no sabe cómo acertar para que estén contentas.

¡Qué susto me he llevado anoche! Á mí me dolía mucho la garganta; mamá no quiso que fuese al tea-

tro, sino que me mandó acostar tempranito y quiso que Paca se quedase conmigo para cuidarme, y se llevó á una doncella del hotel para que la ayudase á vestir. Paca se cansó de contarme cuentos, y me dijo que me durmiese; pero yo no me podía dormir, como no estoy acostumbrada á acostarme temprano, y además subía mucho ruido de los comedores del hotel, porque cenan con música. Yo hubiese querido jugar con *Fly*, pero Paca dice que los perros no se deben subir á las camas, y además estaba dormido y la cotorra también; al poco rato, Paca se adormiló en el sillón y se le cayó el libro que estaba leyendo, y al dar en el suelo sonó de una manera que á mí me pareció cosa de ladrones, y me dió miedo; pero no dije nada, y escondí la cabeza debajo de la sábana, y al poco rato creo que me dormí.

Cuando me desperté, porque tenía mucha sed, creí que era de día, como siempre que me despierto, pero era todavía de noche. Paca se acercó á darme agua, y cuando le pregunté: ¿Ha venido mamá?, me dijo que sí; pero con un aire tan raro, que me desperté del todo, y entonces vi que no era verdad, que mamá no había venido, y además en el reloj eran las cuatro y media. Siempre venimos del teatro antes de las dos; así es que me empeñé en que mamá se había muerto, y aunque Paca me decía que no, y que me durmiese, no me dormía, y empecé á llorar y á decir que fuésemos á buscarla. Paca me dijo que llovía mucho y que

por eso mamá no había podido venir y estaría esperando en el teatro á que pasase el chaparrón; pero eso es una tontería, porque como venimos en coche, aunque llueva mucho no nos mojamos.

Yo llorar y llorar, y Paca decirme que era una niña tonta, y que me durmiese, y que mamá estaba cenando con unos señores, y que en seguida iba á volver; pero como me había dicho dos mentiras seguidas, no la creí, y ella se enfadó mucho conmigo. Entonces á mí se me ocurrió una cosa: hice como si la creyera, y cerré los ojos, y respiré muy fuerte, y ella anduvo dando vueltas por el cuarto, y cuando se figuró que me había dormido, se acostó, y ella sí que se durmió de verdad, porque roncaba mucho, como ronca siempre que está dormida, aunque ella dice que no ronca.

Cuando vi que estaba como un tronco, me vestí despacito, sin ponerme los zapatos para no hacer ruido, y dije: ¡Voy á las casas de socorro á buscar á mamá, porque si Paca no quiere que salgamos porque llueve, es que á ella no le importa que mamá se haya muerto, pero á mí sí! Y empecé á bajar la escalera, y ¡tenía un miedo! No estaba á obscuras, pero no había nadie. Aunque pisaba encima de la alfombra, sonaba la escalera, y al llegar á la puerta me encontré con que estaba cerrada y el portero estaba dormido en el cuartito de cristales y roncaba también, más fuerte que la Paca. Ya sé yo que tirando del cordón de la puerta, abre y no se levanta; pero no me atrevía, y me senté

en el último escalón, y ¡tenía un frío! Por fin se paró un coche en la calle, y yo pensé: ¡Será mamá! No era; tiraron del cordón, y se abrió la puerta, y entró un señor muy viejo y muy elegante, que venía borracho, y al entrar tropezó conmigo, pero no me vió, y subió la escalera, cayéndose en todos los escalones y diciendo palabrotas feas siempre que se caía y se levantaba; la puerta se había quedado un poco abierta, y yo, como soy pequeña, salí casi sin empujarla; pero hizo un poco de ruido, y el portero dijo: ¿Quién va?, y cerró tan de golpe, que me cogió las faldas, y yo no podía ni andar ni llamar, sino que me quedé sujeta como si me hubieran pegado á la puerta. Llovía, llovía y hacía tanto frío, porque las medias se me calaron en seguida con el agua que había en el escalón de mármol; y estaba tan obscuro y no pasaba nadie, y aunque yo tiraba con todas mis fuerzas, el vestido no se quería romper. Yo pensaba que mamá se estaba muriendo, y que si pasaban los guardias me llevarían presa, porque se figurarían que había venido al hotel á robar, y entonces me entró muchísimo miedo, y di muchas voces llamando á la Paca; pero cuanto más fuerte gritaba, menos se me oía, porque era como si las voces sonaran hacia dentro y no las oyese nadie más que yo...; y seguía lloviendo y haciendo frío, tanto, que de puro frío se conoce que me dormí, no sé cómo, porque yo creí que no se podía una dormir de pie, y dice Paca que cuando abrieron la puerta del

hotel me caí; y es verdad, porque con el escalón de mármol me he hecho un chichón muy grande en la frente, que no se me ha querido quitar aunque Paca me ha puesto una perra gorda muy apretada con una venda. Pero yo no me he enterado de nada, porque me he despertado en mi cama y ya muy de día, y estaba la Paca á la cabecera con un señor que dicen que es el médico, y que ha dicho que no sería nada, y que me podía levantar en cuanto tomase una taza de café muy caliente. Paca le ha pedido que por Dios no dijese nada á mamá, y á mí también me ha dicho que no se lo diga, porque se enfadaría mucho conmigo y con ella. Me ha vestido y hemos ido al teatro á buscarla, porque yo he estado dormida tanto tiempo, que cuando me he levantado ya era la hora del ensayo. No se lo he dicho; pero como yo pensaba que se había muerto, y he visto que no, y que estaba tan buena como siempre y muy contenta, me parecía una cosa del otro mundo y no hacía más que mirarla, mirarla; tanto, que ella me ha dicho que por qué la miraba, y yo, sin contestarla, le he dado muchos besos, y luego me he escondido detrás del biombo para llorar á gusto, porque yo soy tan tonta que lloro de alegría, y entonces ha entrado Antonio Arenas y no me ha visto, y no sé qué le ha dicho á mamá muy bajito, y ella le ha contestado:—¡No!—; y él ha dicho:—¿Por qué—; y mamá ha contestado:—La niña..., no sé qué se figura; pero tiene una cara muy rara, ¡y no quiero!—Y él

ha puesto los ojos enfadados y ha dado media vuelta, y ha dicho:—¡Demonio de chiquilla!—Mamá no lo habrá oído, pero yo sí, porque cuando lo ha dicho estaba mirando al biombo. Luego ha venido mucha gente á ver á mamá, y también el duque, y no me ha visto nadie, y luego Juan Manuel, y al entrar no me ha visto tampoco, pero al salir sí, y ya se habían marchado todos menos Antonio Arenas, y Juan Manuel me ha dicho:—¿Qué haces ahí?—Y cuando ha visto que lloraba me ha cogido de la mano, y me ha dicho:—Vente conmigo.—Y hemos estado fuera en un palco, y cantaban *Carmen*, y todo el mundo aplaudía muchísimo, como siempre que canta mamá; pero yo no podía ponerme contenta, y cuando el torero hace como que la mata se me ha figurado que era de veras, y me he puesto á dar unos gritos tan grandes, que me han tenido que llevar dentro, y mamá me ha dicho que soy una chiquilla tonta, y tiene razón, porque ya he visto *Carmen* lo menos cien veces, y nunca me había parecido de veras. Mamá me ha preguntado que de qué tengo ese chichón; Paca ha dicho que me he caído de la cama soñando; yo no he contestado por no decir una mentira; pero á Juan Manuel se lo he contado todo y me ha dicho que no se lo dirá á nadie.

... Estoy muy triste y tengo muchas ganas de que nos vayamos de aquí. Todo el día estamos metidas en

casa; es decir, Paca y yo, porque mamá se marcha antes de almorzar y no vuelve muchos días hasta que volvemos del teatro; se conoce que tienen mucho que ensayar, y se pasa allí todo el tiempo, y allí almuerza y cena; pero no sé por qué no quiere que le llevemos la cena de casa como otras veces, y vayamos á cenar con ella; además, todos los días llueve y no podemos salir á paseo, más que algunos en coche, y en coche con Paca no me gusta salir, porque vamos como dos estatuas y no hablamos palabra. En cambio, con mamá da gusto ir á todas partes; siempre está contenta y se ríe y habla, y además la saluda todo el mundo, y entramos en las pastelerías, y tomamos te, y en las tiendas, y compra muchas cosas para ella y para mí; ahora también me compra cosas y me trae cuando vuelve á casa juguetes y libros; pero á mí no me gusta que me traiga así todas las cosas en montón, que no sé cuál mirar primero, sino ir las viendo yo por la calle con ella, y que me dé ganas de tenerlas, y que entonces, por darme gusto, me las vaya comprando una á una.

—No se puede vivir sin usted—le dijo el duque á mamá la otra noche, y mamá se echó á reír mucho y le dijo que estaba loco; pero yo creo que no está loco y que tiene razón: no se puede vivir sin mamá, porque en cuanto ella no está en casa se queda todo tan callado y tan triste... Á mí me gusta que haga mucho ruido, y que cante, y que toque el piano para bailar yo, y que baile ella; algunas veces se sienta en el suelo

y juega conmigo á las comiditas ó al ratón y al gato; también me gusta cuando vamos al mar y nos bañamos juntas, y ella nada tan bien, y me enseña á nadar á mí; y el año pasado cuando estábamos en París y tenía ella un caballo grande y yo uno pequeño, y salíamos todas las mañanas á pasear al Bosque, y estábamos siempre tan contentas. Es raro: cree una que le gustan las cosas y luego resulta que no son las cosas las que le gustan: es muy difícil de explicar y yo al principio casi no lo entendía, pero es verdad: creía yo que me gustaba tanto mi muñeca negra, y mi cocinita holandesa, y mis libros de cuentos, y siempre me divertía tanto con ellos, y me figuraba que los quería como si fuesen personas; y ahora que mamá no está en casa, no me divierte jugar con la cocina, ni vestir á la muñeca, ni siquiera leer los cuentos de los libros; no me divierte, no; y la muñeca me da rabia y los libros ganas de llorar, porque como estoy sola, las penas que les pasan á las niñas de los cuentos me parecen penas de verdad y como si me pasaran á mí misma, y no los quiero leer por no ponerme triste. Además, cuando viene mamá no está contenta como antes; no es que esté triste, sino que está contenta como para ella sola, y no me dice tonterías como antes ni juega conmigo, sino se sienta en la butaca ó se echa en la meridiana, y se está con los ojos cerrados y se sonríe, y á veces hasta se ríe sola, y cuando le pregunto que por qué se ríe me da un beso, pero no me contesta. Otras veces se pone al piano y

canta; pero no las cosas que á mí me gustan, sino unas cosas que son como coplas muy largas y que dice Paca que son cantares del campo de Murcia, y todas son de gentes que se mueren ó se dan puñaladas... En fin, tengo que distraerme como puedo, y le he dicho á Paca que me compre un bastidor con un cañamazo para bordar flores; pero es también una rabia, porque las cosas no son como son; quiero decir que cree una que las rosas son de color de rosa y borda una rosa con seda de color de rosa, y resulta que la rosa que sale no es como las rosas de verdad y parece un pedazo de pan mojado en vino: y los tallos cree una que son verdes, y si los borda verdes no parecen tallos; yo digo que todo debía ser de un modo solo y saber una cómo es, y no que se está una figurando las cosas, tan contenta porque cree que sabe cómo son, y luego son de otra manera. Y lo peor es que no sabe una por qué está contenta y por qué está triste, y cuando tiene pena no puede llorar, y cuando está contenta llora, y los demás creen que está una triste y le llaman á una chiquilla tonta, que es lo que más rabia me da. Lo que también me da muchísima rabia es que cuando á una le pasa algo las personas mayores que ven que una se aflige dicen que dichosos los niños que lloran sin motivo, y también que cuando se queda una quieta y sin hablar porque está pensando, los demás dicen que tiene una sueño.

¡Si esta noche viniera mamá á comer con nosotras

antes de la función! Pero puede que no venga; lo que hago para consolarme es coger un pañuelo suyo, ó su manguito, que huele lo mismo que ella, y darle muchos besos mientras comemos.

... Mamá ha reñido anoche muy fuerte con Antonio Arenas en el cuarto del teatro. Á mí me cogió la Paca de un brazo y me llevó á la calle, aunque yo no quería, porque me daba miedo, y me agarré á la puerta, y desde el pasillo oí que seguían riñendo y que mamá lloraba, y él decía que ó errar ó quitar el banco, y que él no era ningún primo. Paca me compró pasteles para consolarme, como si con pasteles se le olvidaran á una las cosas; lo que sí me consolaba un poco era pensar que, como estaban regañando tanto, Antonio Arenas se enfadaria de verdad y no volvería al cuarto; pero como siempre las cosas son al revés de lo que una se figura, él ha vuelto esta noche y está muy contento y mamá también, y no ha venido al cuarto nadie más, ni el duque, ni Juan Manuel, ni nadie, y eso que estaban en el teatro, que los he visto yo, al duque en su butaca de todos los días, y á Juan Manuel en el palco donde estuvimos la otra noche, pero detrás de la cortina, que de seguro no le ha visto nadie más que yo.

Antonio Arenas se paseaba y se miraba en los espejos más que nunca, como los tenía todos para él;

mamá ha dicho:—¿Está usted contento, señor tirano?—Y él ha contestado riéndose:—¡Ay, mujeres, mujeres!—Y mamá le ha dicho:—¡No te rías, que me da mucha rabia!— Á mí también me da muchísima rabia oírle reír, porque parece que se lo sabe todo y que se figura que en todas partes manda más que nadie. Lo que es en mí no manda; que no se haga ilusiones, aunque creo que no se las hace, y de sobra sabe que no le puedo ver ni en pintura, que esta noche se ha empeñado en darme un abrazo para hacer como si me quisiera, porque estaba mamá delante, y yo le he mordido una mano como si no supiera lo que me hacía, y él se ha atado un pañuelo y me ha llamado fierecilla con muy mala sangre. Yo tenía muchísimo miedo de que se enfadase mamá, pero no sé por qué le ha hecho gracia, y ha dicho que se alegra, que así me sabré defender cuando llegue la hora; y él ha dicho:—¡Sí, sí; Dios nos libre de los cuartos de hora de este angelito, que va á ser de perlas!

Al salir estaba Juan Manuel en el vestíbulo, y yo he querido echar á correr para preguntarle por qué no había venido á vernos; pero mamá, que me llevaba de la mano, me ha dado un tirón y me ha dicho:—¡Vamos, que es muy tarde!—Yo la he contestado:—Mamá, es que está ahí Juan Manuel y nos mira, y voy á preguntarle...—Y mamá me ha tapado la boca con el boa, porque dice que iba á coger frío, y me ha hecho bajar corriendo la escalera, y yo le he dicho adiós con la

mano á Juan Manuel, que entonces se ha quitado el sombrero y ha pasado de largo; yo digo que mamá no le habrá visto ó se habrá enfadado con él porque no ha entrado á verla, y se lo he preguntado á Paca y me ha dicho que no, pero que lo mejor será que cuando vea á Juan Manuel en el teatro ó en la calle me haga la distraída y no le salude.

... Se ha acabado el teatro y nos vamos á marchar á otra parte, pero aún estaremos aquí tres ó cuatro días para descansar: la última noche cantaron *Carmen* para que mamá se despidiese, y estuvo el teatro lleno de gente, y el cuarto de mamá también, y de flores y de regalos; pero mamá no estaba contenta, y aunque se quería reir, era de mentirijillas y casi se le saltaban las lágrimas, no sé por qué; así es que yo, que ctros días de despedida estoy tan contenta, no me atrevía á alegrarme y andaba por todos los rincones, dice Paca que como un alma en pena.

Verdad es que aunque vinieron muchos señores, no eran los conocidos; el duque envió una corona, y Juan Manuel una cesta de flores; pero ellos no vinieron, y me dió mucha pena, porque digo yo que por qué nos habrán dejado de querer. Yo creí que cuando la gente le quería á una, no podía dejar de quererla nunca; por lo menos, yo no dejaré de querer nunca á Juan Manuel, ni á mamá mucho menos, ni á Paca, aunque algunas

veces se pone tan pesada, ni á *Fly*; de la cotorra no digo nada porque se nos ha muerto, y mamá lloró mucho, porque dice que la cotorra era su buena suerte, y que ahora, de seguro, todo le saldrá mal.

Tampoco Antonio Arenas estuvo en el teatro la noche de la despedida; pero ahora viene todas las tardes, y sale á paseo con mamá, y otros días cena con nosotras, y creo que va á venir también de viaje. Vamos á Amsterdam, que dicen que es una ciudad muy rara, donde va el agua por las calles, y las casas están torcidas, y donde no hablan ni español, ni francés, ni inglés, ni italiano, que es lo que sabemos hablar nosotros, es decir, mamá y yo, porque la Paca dice que no tiene más que una lengua y que es española, y que el que quiera entenderse con ella que aprenda el español. Y en los hoteles es una risa, porque no sabe pedir ni un vaso de agua.

Á mí me preguntan que cuándo he aprendido á hablar tantas lenguas, y yo no lo sé; me parece que desde pequeñita las he sabido todas, y cuando empiezo á hablar con una persona, hasta que me fijo, no sé en qué lengua hablo, y antes creía que todas eran la misma, y otras veces me pasa que cuando vamos á un sitio donde hablan una lengua que yo no sé, al principio no entiendo lo que dicen; pero luego, de golpe, sin comprender las palabras, me entero de lo que están diciendo; y Paca dice que debo de tener un demonio en el cuerpo.

... Hemos hecho un viaje muy fastidioso porque llovía mucho, y Antonio Arenas en el tren tiene muy mal genio, y á mamá le dolía la cabeza, y *Fly* no estaba á gusto en su cesta y no dejaba de ladrar, y á mí me decían que me durmiese, pero no podía. Y si me llegaba á dormir soñaba con una cosa muy grande, muy grande, que no sé cómo es; pero que muchas noches sueño con ella, y me da muchísimo miedo; así es que empezaba á gritar y tenían que despertarme.

Mamá dice que es que soy sonámbula, y que ella, de pequeña, lo era también, y salía dormida al tejado de su casa, y al campo, y que una noche se metió en un río que pasaba delante de su casa, y que si no la sacan, se ahoga. Desde entonces yo tengo mucho miedo de ahogarme, y en cuanto llegamos á un sitio nuevo, lo primero que hago, antes de acostarme, es ver si pasa el río por delante de casa; y aquí en Amsterdam sí que pasa, porque pasa por casi todas las calles; es decir, no es un río, porque es un canal, pero da lo mismo, porque de agua es, y una agua más miedosa que la de otros ríos que he visto yo, porque se está quieta como la de los charcos, y es muy verde y muy sucia.

Llegamos de noche, y entonces, desde el coche, el agua parecía negra y las luces de las barcas y de los faroles de los puentes y de las ventanas de las casas hacían muy bonito, como si fueran fuegos artificiales; pero mamá dijo que le daban muchísima tristeza y

que eran aguas muertas y las luces como puñaladas; y Antonio Arenas dijo:—¡Melodramático está el tiempo!—y se echó á reír.

El hotel es bonito y muy alegre, y tiene un comedor de cristal, todo lleno de árboles y de flores hasta el techo, y las mesas están metidas en unos como cuartos pequeñitos; así es que está uno en el comedor grande y oyendo la música, y, sin embargo, parece que está uno solo y en su casa. Á mí algunos días me parece que me gustaría tener una casa que fuera para nosotras solas, como una vez que estuvimos en Roma, que teníamos una villa con un jardín y muchísimos granados. Entonces era yo muy pequeña, y me acuerdo de un señor con barba blanca que era pintor, y nos quería mucho y venía á vernos; y un día ya no vino más, y me dijo Paca que se había muerto; pero la cocinera me dijo que no se había muerto solo, sino que le había matado otro señor que también nos quería mucho, pero digo yo que será mentira.

En Madrid también se pegaron un día dos señores en el cuarto de mamá en el teatro, pero no se mataron porque mamá se puso en medio, y á ella le hicieron una herida en la cabeza, y se desmayó y tuvo que salir á cantar con una peluca que le tapaba casi toda la frente para que no se le viese la herida. Yo no sé qué gusto sacan los hombres en pegarse y matarse; yo quisiera que todo el mundo estuviese contento; dice la Paca que no puede ser, porque á todo el mundo se

le antoja lo que tiene el vecino. Yo digo que hay muchísimas cosas iguales, y que todos pueden tener la que les parezca; pero Paca dice que no, porque las gentes no quieren una cosa igual á las que tiene el otro, sino la misma; y puede que tenga razón, porque una vez un niño en una fonda lloraba porque quería las patatas que se había comido su hermano, y aunque le daban otras seguía llorando por aquéllas, y otra vez la hija de un apuntador quería mi manguito, y mamá le compró uno igual, y no le gustaba, y no se puso contenta hasta que le dí yo el mío, que era más viejo y tenía ya el forro descosido.

Pero yo creí que los hombres no eran caprichudos como los niños, porque las personas mayores siempre están diciendo que los chiquillos no saben lo que quieren, y que además cuando ellas eran pequeñas eran tan buenas y no se les antojaba nada de los demás, ni eran tercas. Puede que dé lo mismo ser niño que persona mayor; pero entonces, ¿para qué es uno primero pequeño y tiene que ir creciendo poco á poco? Yo antes creía que las personas mayores eran siempre personas mayores, y los niños, niños; pero ya sé que no, porque me acuerdo de cuando era tan pequeña que no llegaba con la cabeza á la mesa, y para ver las estampas de un libro tenía que ponerle en una silla y yo de pie delante. Ahora ya leo sentada en la mesa como una señora, y cuando vamos á un hotel no tienen que pedir para mí una silla de brazos ni un almohadón, y

Paca ya me viste en el suelo, que antes me subía á una silla como si fuera un monigote.

¡Cada vez que lo pienso me da un frio! Como si todavía me estuviese mojando el agua por todo el cuerpo, aunque no la sentí más que un instante, porque en seguida que caímos se me entró por la boca, y por los ojos, y por los oídos, y además dicen que me dí un golpe en la frente con una piedra ó con una barca, y me ahogué; es decir, no me ahogué, puesto que ahora estoy viva y el que se ahoga se muere; pero me quedé sin sentido, y cuando nos pescaron dicen que parecía que estaba muerta, y mamá también, y que tenía el pelo y la cara llenos de esos yerbajos verdes que nacen sobre el agua de los canales. Pero yo me puse buena en seguida, en cuanto devolví toda el agua que había tragado, y me dieron á beber ponche muy caliente con ron, que estaba muy rico.

Mamá todavía está mala, y eso que hace ya casi un mes que nos ahogamos, porque también se dió en la cabeza al caer, y además, no sé qué dicen que tiene el agua del canal, que le ha dado una fiebre y no se le quita; así es que se pasa el día y la noche delirando, y unas veces habla, y otras se queja, y otras canta con voz muy ronca, y Paca y yo no sabemos qué hacer.

El dueño del hotel dice todos los días que no quiere enfermos en su casa, y que mamá se tiene que ir al sa-

natorio; pero el médico dice que no puede salir de la cama, y yo me alegro; es decir, no me alegro de que no pueda salir, sino de que no se la lleven, porque qué iba á ser de ella sin nosotras y de nosotras sin ella en esta ciudad tan grande y tan triste, donde no nos entiende casi nadie...

No sé cómo fué; ya llevábamos aquí cuatro ó cinco días, y mamá había cantado ya dos noches y le habían aplaudido muchísimo, como siempre, y ella estuvo muy alegre, tanto que, como hacía buen tiempo, fuimos todos embarcados en un vaporcito á un pueblo que tiene las casas muy pequeñas, y comimos en un jardín; y como había música bailamos, y nos divertimos muchísimo viendo los chiquillos que van vestidos como en las tarjetas postales, con zuecos de madera blanco y pantalones muy anchos y un gorro como de dormir. Pero á la vuelta yo no sé qué pasó, que todos nos pusimos de mal genio, y nosotras nos fuimos por un lado, y Antonio Arenas por otro, porque él no vivía en nuestro mismo hotel, y ya no le hemos vuelto á ver nunca más, de lo cual me alegro muchísimo, porque no nos faltaba más que tenerle aquí, ahora que mamá está tan mala y que nosotras tenemos tanta pena. Cuando una tiene pena dan mucha rabia las gentes antipáticas, por lo menos á mí. Además de rabia, me da vergüenza que me vean llorar, y siempre me voy á un rincón, y escondo la cabeza contra la pared, y así estoy más á gusto. Bueno; el caso es que él no volvió

y que mamá estaba muy nerviosa, y cada día más, aunque Paca le decía que á la mujer que se apura por un hombre la debían ahorcar, y que el mejor para tapadera de un horno, y que á enemigo que huye, puente de plata. Mamá no contestaba ó la llamaba imbécil, y aquel día estuvo toda la tarde fuera de casa, y Paca y yo ya estábamos llorando creyendo que tampoco ella iba á volver, y Paca me hizo rezar con ella no sé cuántos padrenuestros y salves. Cuando ya era casi de noche, volvió, y parece que estaba otra vez muy contenta, porque se puso al piano y estuvo cantando, cantando, y luego me cogió á mí en brazos y se puso á dar vueltas conmigo como si bailara vals, y riéndose, pero tan de prisa, que yo no podía respirar y me daba susto, aunque no me atrevía á decir nada, porque no se volviese á poner triste. Luego dijo que antes de comer iba á dar una vuelta conmigo y á comprar flores, y me hizo vestirme muy bien, y salimos las dos, y yo me alegré mucho, porque era como antes cuando mamá me llevaba siempre con ella y me compraba tantas cosas. Como era ya de noche, las tiendas estaban muy bonitas y muy bien alumbradas; pero no nos parábamos en ninguna, y yo decía: ¿Dónde iremos? Mamá no decía nada; pero luego empezó á hablarme muy de prisa, y me dijo que era muy desgraciada y yo también, y yo le contesté que no, porque ella era muy buena y yo la quería mucho; y ella me respondió que no era buena, pero que no importaba, porque ya se

había acabado todo. Entonces me cogió en brazos como en casa, y yo no quería, porque ya soy mayor, y la gente se nos iba á quedar mirando por la calle; pero aunque se lo dije no me hizo caso, y echó á correr conmigo, y yo le dije: ¿Dónde vamos, mamá?; mira que nos vamos á caer al agua, porque íbamos corriendo hacia el canal, y ella dijo: ¿Te da miedo el agua? Y yo le iba á decir que sí, pero no se lo dije, porque nos caímos; y yo quise gritar y no pude; pero dicen que nos vieron caer, y que unos hombres se tiraron al canal, y que nos alcanzaron entre el barro y las yerbas verdes, y al principio no sabían quiénes éramos, hasta que la Paca vió que no volvíamos, y salió á buscarnos con un camarero que era italiano y entendía un poco el español, y nos encontró ahogadas en una Casa de socorro, y nos trajeron al hotel.

... Digo yo que por qué todo el mundo no podrá pasarlo bien á un tiempo, sobre todo las madres y las hijas, y que por qué las cosas que le gustan á una no le han de gustar á todas las personas á quienes una quiere, y entonces sí que lo pasaríamos bien. ¡Qué gusto me da á mí que ya se haya pasado el invierno, y que vivamos en el campo, y que tengamos gallinas, y palomas, y una vaca, y dos perros, y un burro que saca el agua de la noria, y un árbol que da guindas de veras, y una parra que tiene ahora las uvas en flor! Yo

no sabía que las uvas eran flores antes, ni que podía haber flores verdes; pero me lo ha explicado la señora Andrea, que es la casera, es decir, la mujer que tiene cuidado de esta casa cuando no vive nadie en ella, y su marido cuida el jardín y ordeña la vaca, y ella nos hace la comida, ¡y á mí me gusta tanto la leche recién ordeñada!

Hace ya dos meses que estamos aquí, y yo cada día estoy más contenta, es decir, cuando no me acuerdo de que mamá está cada día más triste, y eso que aquí se le han quitado las fiebres y se ha puesto buena del todo.

Si llegamos á estar más tiempo en Amsterdam se muere. Dice Paca que ya no sabíamos qué hacer, y que no teníamos dinero, y que había vendido las joyas de mamá, sin que mamá lo supiera, porque estaba en la cama y no se le podían dar disgustos, y una tarde pasamos un apuro muy grande porque se quedó sin fiebre, y se sentó en la cama, y pidió su collar de esmeraldas, y Paca no la podía convencer ni quitarle la idea de la cabeza. Pero parece que los periódicos contaron que nos habíamos ahogado y que mamá estaba muy enferma, y lo leyó el duque, y aunque estaba en España, vino á buscarnos, y nos trajo á este pueblo, que es en Galicia, junto á una montaña, y esta casa es suya, y quiere que nos estemos aquí siempre, y viene á vernos de cuando en cuando; es decir, venía, porque ahora está en Londres, acompañando al rey y á la rei-

na, y luego dicen que se va á ir á Rusia de embajador.

Yo antes no le quería mucho; pero ahora, como nos ha traído de Amsterdam y estamos en su casa, sí que le quiero, y mamá, al revés, parece que le ha tomado rabia, y muchas veces, cuando venía, no le quería hablar. La Paca la llamaba estúpida; pero el duque decía que á los enfermos hay que dejarles tener caprichos. Y se conoce que el capricho grande de mamá es estar triste; claro que no tiene más remedio que estarlo un poco, porque como estaba tan sofocada cuando nos caímos al agua, se enfrió mucho, y no puede cantar porque se le ha puesto la voz ronca; el médico de aquí le dice que ya le volverá la voz, y ella se empeña en que no, y que no, y que la ha perdido para siempre, y que más se quiere morir del todo que estarse metida en este rincón; por eso digo que es una lástima que todos no podamos contentarnos á un tiempo, y que le parezca un rincón esta casa, que á mí me gusta tanto.

Hay muchas cosas que una no entiende, y ayer se lo decía yo á mamá, y que tengo muchas ganas de llegar á mayor para entenderlo todo, y ella me dijo que más me valiera morirme, ¡y eso sí que no!, que me gusta mucho vivir, y ser una mujer como ella, y ver todas las tierras que no he visto, y cantar.

Ya he pasado todo el solfeo, y mamá dice que voy á cantar mucho mejor que ella cantaba antes; eso sí que no será verdad, porque yo creo que ella es la que mejor cantaba del mundo y la que era más bonita y to-

davía lo es, aunque está un poco más delgada, y le cortaron en las fiebres el pelo tan dorado que tenía, y ahora le ha vuelto á salir muy rizado; pero negro otra vez, como antes; es raro, porque á mí me lo cortaron también, y me sale otra vez, y yo creí que iba á ser rubio, como me gustaría tanto, y me sale negro, como siempre.

Por eso también tengo gana de ser mayor. Y me gustaría también ser pájaro, y algunas veces pienso si será verdad lo que dice el cuento, que clavándose un alfiler de cabeza gorda en la cabeza se vuelve una paloma como la hija del rey; y me dan unas ganas de clavármele para ver si es verdad; porque de todas las cosas que sueño la que más me gusta es volar; y lo sueño muchas veces, y otras que bajo las escaleras y que voy muy de prisa por las calles sin tocar con los pies en el suelo. Tantas, tantas veces lo he soñado, que de veras, de veras, no sé si es mentira ó verdad, porque siempre que lo estoy soñando me digo yo á mí misma: ¿Es que lo sueño?, y contesto: No, no; otras veces es que estaba soñando, pero ahora es que es así.

¿Será una misma la que sueña las cosas, ó es que nos las contará alguien mientras está una dormida? Digo yo que si será verdad que hay hadas y que hay ángeles; y cuando veo un palo pequeño caído en la calle ó en un jardín, siempre me dan ganas de cogerle, pensando si será una varita de virtudes; pero no le

cojo, porque me da vergüenza que se rían de mí si no lo es. ¡Si supiera que es verdad lo de volverse paloma! Pero también si me volvía, y luego no me gustaba, y no se me veía el alfiler debajo de las plumas, y nadie sabía que me lo había clavado, y no me lo podían sacar, y me quedaba paloma para toda la vida... Lo que sí quisiera es que á mamá le volviese la voz, para que estuviese contenta, porque ahora no hace más que desesperarse y decir que se quiere morir, y anoche, cuando yo estaba sentada en el poyo de la puerta con la casera, por la ventana del comedor oí que hablaba con la Paca y le decía que como pudiese aprendería á bailar, para no pudrirse aquí entre las vacas y las gallinas, la Paca le dijo: — ¡Ay, hija mía, ya tienes los huesos muy duros!— Y ella no contestó; pero cuando me marché yo á acostar y le fui á dar un beso como todas las noches, me tuvo mucho tiempo abrazada, y dijo que cuando nace una mujer la debían estrellar la cabeza contra una tapia.

BEATA PRIMAVERA

Cuando abrió los ojos, el rayo de sol que con gaya insolencia se colaba por la ventana le puso de muy mal humor: decepción de haber esperado inconscientemente para el negro propósito la complicidad de un cielo gris y encontrarse con la frivolidad casi femenina de un primer día de primavera. Porque es de saber que fué un primer día de primavera, y de Carnaval por añadidura, en una ciudad pequeña y alegre, de las de mar azul y flor de naranjo, corte de un reino cuyo nombre—palabra al fin—poco importa pasar en silencio.

Y la palpitación vernal de este día de fin de Febrero vino á suceder, súbita é inesperada, al largo tedio de un invierno inusitadamente melancólico. Lloviera aquel año, desde fin de Septiembre, con toda tenacidad; germinaran por todo el reino, á favor de la humedad propicia, los hongos y las meditaciones; algunos catedráticos sintieron veleidades luteranas, y algunos amantes bien correspondidos llegaron á pensar en el suicidio; en resumen, todo el claro metal del op-

timismo colectivo húbose de empañar en aquel pueblo hecho á tostarse los sesos al sol, bajo la pesadumbre de un tercio de año lluvioso.

Empujados los hombres del ágora al hogar por la inclemencia persistente del cielo nublado, diéronse á atormentar á las pobres mujeres con sus filosofías accidentales—por ende pesimistas, pues bien sabido es que quien por accidente filosofa suele salir del laberinto con las manos en la cabeza—, y ellas, ¡cuitadinas!, amedrentadas ante el incipiente trascendentalismo con que los maridos, antaño hartos inconsistentes, emponzoñaban hogaño, á fuerza de sentidos ocultos, las más deleznable futesas, andaban descorazonadas y mustias, amén de un tanto desgreadas, porque la humedad—dicen ellas—es inconveniente insuperable al buen artificio de la cabellera rizada á fuego.

Fué, pues, invierno melancólico, de tedios, de críticas acerbas y de intolerancias. Tan de barro parecía en la corte el cielo como el suelo; con la resignación desesperada que suele acometer ante el dolor á las gentes felices, el pueblo, hundido en gris, llegó á considerar el cielo azul como una paradoja y murmuró, agravando con voluptuosidad iracunda el propio tormento: «Lloverá siempre; no saldrá el sol nunca.»

Y salió con toda la alegría insolente de la amada que se fué porque quiso y que vuelve porque le vino en gana; salió bien seguro de que con sólo mostrarse había de ganar, no ya perdones, sino agradecimientos;

salió y trajo la primavera consigo, aquella mañana en que su primer rayo puso de mal humor al héroe de esta historia, que bien puede haber sido tan verídica como otra cualquiera.

El cual héroe era hombre como de treinta años, alto, moreno, limpio, un poco pálido por la maceración del largo estudio; y tenía en los ojos, casi negros, la chispa que enciende el más peligroso de los sueños: el sueño de hacer bien á la humanidad entera, aun á costa de la propia vida.

La ventana por la cual entró el sol madrugador daba luz á una estancia decorosísimamente pobre, tal como sólo puede serlo la pobreza voluntaria; la cama era de hierro, pequeña, con ropa blanca; sobre la austeridad de la mesa desnuda, cuatro libros, más la ilusionada protesta de un manojo de rosas, puestas en un jarro de loza ordinaria. Y un espejito en la pared gris, ante el cual, luego de abundantes abluciones, el héroe se peinó pulcramente el cabello, que era negro y rizado en grandes ondas, de ese que algunos poetas han llamado hermosamente «vivo», y que hace soñar á las manos con caricias sedeñas.

Peinábase, digo, y mientras se peinaba frente al cristal que reflejaba el sol, fué meditando cómo su mal humor era un absurdo, pues de no haberse despejado el cielo, mal hubieran podido organizarse los regocijos carnavalescos, con su tradicional cabalgata, y á persistir la lluvia seguramente no hubiera de haber

salido el rey á mezclarse en la zambra popular, como á buen soberano corresponde; luego el sol, á quien recibiera con malhumorado entrecejo, era ni más ni menos que su cómplice; y bien merecía una acción de gracias. Llegada á este punto, la meditación del héroe cristalizó en una remembranza lírica; involuntariamente pronunció en voz alta las sonoras palabras del poeta:

Saluta il sol, benigno, trionfale

con tan extraña exaltación que le vinieron las lágrimas á los ojos, lo cual volvió á malhumorarle intensamente, porque «no es hoy día de lirismos ni de sensualidades», razonó, terminando á toda prisa el arreglo de su persona y abriendo la ventana de par en par. Entró el aire á torrentes, tibio y oliendo á primavera, á toda la turbadora renovación de vida, á ese algo acre, inmaduro, sabor del tallo que aún no es del todo verde, gusto de hoja que aún no ha perdido por completo el pliegue de la yema, y el héroe, sin querer, sorbió la bocanada tibia en una aspiración tan honda que casi fué un suspiro, y se desperezó lenta y largamente como un gato bajo una caricia.

Ya esta vez la reacción consciente no fué de mal humor, sino de ira, tal como la engendra el remordimiento en las almas que se creen seguras de sí mismas: «¿Es posible, por un poco de aire que está tibio y que huele bien, toda esta blandura sensual? ¡No,

no!» Y cerró de golpe la ventana. «Seamos fuertes.» Para lograrlo fué en busca del que había de ser instrumento de su fortaleza: era un puñalito morisco, nielado, pulido, incrustado de sutiles arabescos de oro; la hoja firme y flexible como cosa viva.

—Parece una llama—pensó, y siguió pensando cómo era el arma primorosa bien digna de hundirse hasta el puño en el pecho de un rey galante, cruel y tirano. ¡Bien digna, ya lo creo! Acaso el corazón del ungido, antro de babosas minucias, de pueriles rencores, de ambiciones personales é inconsistentes, no mereciese puñal tan bello. Porque lo era, completa, definitiva, armoniosamente bello como una estrofa, como una mujer, como un pensamiento, en fin, realizado en perfección de forma...—De poco sirve cerrar la ventana si la primavera se ha quedado dentro.

El héroe se dió cuenta de que todas aquellas divagaciones estéticas tenían bien poco que ver con la «fiebre roja», que todo el invierno le venía encendiendo la sangre, la que aún toda la noche anterior le hizo dormir bajo alas de pesadilla, fiebre mitad y mitad de amor y de homicidio, que aun ayer le hacía temblar y jadear desatinadamente á la evocación de la sangre brotando encarnada y caliente de la herida regia, y del pueblo hecho libre por la efusión bienaventurada.

¡El pueblo hecho libre! ¡El corazón del rey partido por su mano! ¡La propia vida, luego, sacrificada á las

venganzas oficiales, con cuán intensa voluptuosidad generosa sólo Dios lo sabe!

El héroe mamó leche de mujer piadosa, y aún dice «¡Dios lo sabe!» por decir «¡Lo sé yo!»

¡Oh calentura buena!, ¿dónde estás? —El héroe se sentó, apoyó los codos en la mesa, hundió la cara en las manos y se llamó á sí mismo para encontrar la roja palpitación febril. ¡Trabajo inútil! En vano fué que, anticipadamente, combinase detalles de instante, de actitud, de movimiento; la idea del acto perdiera toda plasticidad, como en ese artificio teatral en que, para representar las peripecias de un sueño, vanse moviendo los personajes sin hacer ruido y á media luz tras el misterio de una gasa verde...

¡Tanto mejor! —arguyó levantándose—. Así mataré en plena posesión de mí mismo, sin arrebató, sin niebla pasional, serenamente, como corresponde á quien cumple un deber de conciencia..., y no erraré el golpe, por añadidura.

Satisfecha la conciencia con el sofisma, guardó el héroe el puñal en el bolsillo izquierdo, sobre el pecho—no sin acariciarle levemente—, cogió una rosa, y salió á la calle. Como le deslumbrase el azul, bruñido á sol, del cielo, llevóse á los ojos la mano en que tenía la rosa, y al sentir la frescura de los pétalos se enteró de que los párpados le ardían, como después de una noche de amor ó de insomnio. «Y, sin embargo, he dormido siete horas, y el amor...» La sonrisa de casti-

dad orgullosa terminó la frase muy á satisfacción del cuitado.

Y, sin embargo..., el amor estaba en el aire inevitablemente. Las calles resonaban á la voz multicolorde de la locura carnavalesca; gritos, músicas, rodar de coches, gañidos de imposibles trompetas, rumor de estrofas y palabrería. Tal bocanada de viento leve movía á intervalos los rasgos fingidos y las descaradas percalinas; las mujeres, tan insolentemente alegres como el sol, pasaban dijérase cerniéndose en el aire elástico y sonoro, «acuñado en canción», ha dicho Emerson, dejándose acariciar por él, acariciando ellas, en justa correspondencia, cuanto miraba el terciopelo de sus ojos; de manera que, asaeteado por el zalamero mirar femenino, todo el ambiente palpitaba en intensa vibración, y hasta las palabras parecían romperse y flotar hechas trizas, ó flores, ó estrellas, ó diamantes, entrechocándose emocionadamente... La ciudad rescataba con creces en una sola hora de intensa palpitación sensual todo el forzado espiritualismo de su invierno tedioso.

El héroe, esperando el momento, almorzó en un café, cuidando de poner, mientras comía, la rosa en un vaso de agua; el salón estaba casi desierto, ya que la mayoría de los consumidores gozaban del sol en las mesitas de la calle. Para despedirse—sonrió—de los goces de la vida, tomó el postre, una taza de café muy cargado, vicio que hacía tiempo le tenían vedado los

médicos, y gastó media hora en saborear el veneno con toda suerte de voluptuosidades. Las palpitaciones que le causó la droga despertaron en él la emoción desaparecida, la impaciencia homicida, y anhelando el instante de matar empezó á temer, como un amante, que el cielo se nublase, que se levantara viento, que algo en la tierra ó en el cielo—presentimiento, enfermedad ó capricho—viniese á impedir la salida del rey... Pensó un instante hasta que pudiera morir de pronto, por causa natural ó por accidente, y sintió una angustia sobrehumana ante la idea de aquella posibilidad que pudiera redimirle del crimen. No; la muerte del rey había de ser cosa de alta justicia, castigo ejemplar, expresión viva de la venganza de todo un pueblo, ¡poco decir es eso!, de toda la humanidad ultrajada por la tiranía de un necio.

Y miró al cielo con el fervor de una muda oración en la mirada. Sí; él, descreído por convencimiento, llegó á acordarse de lo que es rezar para pedir que el rey no se quedara en casa, y anheló la existencia de los poderes sobrenaturales para clamar á ellos en busca de complicidad justiciera, como quien sufre intolerablemente, en busca de consuelo. Y volvió á padecer, en un instante, el dolor de los largos años de duda que, en la gloriosa juventud—de veinte á veinticinco—le trajeron del creer al negar.

Llevándose la mano al pecho para alivio de la intolerable inquietud, tropezó con la dureza del puñal, y

entonces se sintió sobrecogido por una ola de ternura inefable y apretó el acero contra el corazón como la mano de una muy amada. Casi desfallecía de deleite, y sacó el puñal, y estaba tibio, y le besó como á reliquia, y le volvió á guardar con reverencia y, olvidando la rca en el vaso, salió á la calle.

Tropezó en la puerta con una mujer: la cortesía le obligó á alzar los ojos y á pedir perdones. Era ella menuda y redonda, rubia, con ojos garzos y risueños. La boca grande mostró al sonrcir los dientes muy blancos, agudos y un poco desiguales. Iba vestida de azul, con telas baratas, pero graciosamente dispuestas; el cuello descubierto acaso en demasía; el sombrero cuajado de rosas; el mirar cándido y el andar libertino.

—¡No lleva poca prisa el buen mozo!

—¡Bah! Una infeliz de tantas...

Sentía el héroe cierto horror mezclado con lástima hacia esas «infelices» precisamente, y por ende, grandísimo rencor hacia las corrompidas civilizaciones, que, pensaba él, complicando la vida, fuerzan la debilidad de la hembra á vender lo que — dice el sire de Balzac — «fué hecho para darse». ¡Civilizaciones, instituciones, monarquías...; sí, sí, buena es tu obra, puñal morisco, santa tu llama, rubí piadoso la herida que has de abrir en el pecho de uno para bien de tantos...

Ya, en las calles, la multitud compacta hervía en

fermentación tumultuosa; ya, perdido todo espiritualismo individual, habíase formado por yuxtaposición esa bestia promiscua hecha de cien mil cuerpos jadeantes y de una sola alma lujuriosa é imbécil. Sobre ella, el sol de prima tarde llovía calentura; la serenidad del cielo, tan constantemente azul, era como ironía de lo muy alto. La bestia se dirigía al Parque, no por cierto en busca de la incipiente umbría primaveral.

Al Parque se encaminó también el héroe, hablando solo y apretando el puñal que había trasladado del bolsillo del pecho al del flanco, y que trocado en llamas definitivamente, le quemaba los dedos.

—¡Ah, fiebre, fiebre, hambre y sed de justicia, bendita seas!

Un puñado de flores deshojadas le dió en la cara, le hizo cerrar los ojos, se le entró en la boca que llevaba entreabierta para dar salida al tumulto del corazón. La agresión vino acompañada de una cristalina risa femenil. La agresora era rubia y vestida de azul... El héroe se la quedó mirando con un poco de asombro; ella le miró á él con gallarda insolencia:

—¿Conque has venido á ver las mascaritas?

La voz — ya lo había observado el héroe cuando á la puerta del café le llamó «buen mozo» — era un poco desafinada; mas, acaso por ello, extrañamente turbadora; cosa de escalofrío al oírlo, como al morder una manzana verde. Y el cuello blanco y ámbar, y el

rostro ámbar y rosa también tenían cierto aterciope-
lado de fruta inmadura, y los menudos, mas redondos
senos...

Un remolino de la multitud por ver pasar una ca-
rroza ocultó á la hembra.

—¡Mucho tarda el rey!

Es que ha habido banquete en Palacio; pero ven-
drá, se muere por las máscaras.

—¡Ya traen las flores para la tribuna real!

La tribuna estaba en la avenida principal del Par-
que. Á un lado y otro daban enormes pinos su guarda
fantástica; tras de los pinos se iniciaban los boscajes;
en ellos, las ramas frioleras comenzaban á cubrirse de
hojas tenues como plumón; sus sombras leves acaricia-
ban el mármol de las estatuas. La avenida larguísima
se cortaba en el fondo bruscamente como si se acaba-
se la tierra; de hecho se acaba, puesto que á ras del
último pino se tiende el mar...

—¡El mar! ¡Qué felices podrían ser los pueblos que
han tenido la suerte de arraigar en una costa tibia, si,
prescindiendo de complicaciones políticas y de con-
vencionalismos pseudo-sociales, quisieran vivir en
libertad y amor. Libertad, sencillez, vuelta á la vida
sana, dentro del materna! amor de la naturaleza, ¿cuán-
ta sangre nos costará logrártela, ¡oh, humanidad, que
torciste el camino!

—Está visto, hijo mío, que hemos nacido el uno
para el otro. ¡Tres encuentros en media hora! ¿Qué

vas ahí declamando con esa cara tan entusiasmada? Vamos á ver las máscaras juntos.

Sin aguardar respuesta, la «infeliz» se cogió al brazo del héroe estupefacto. Él quiso protestar, ¡no faltaba otra cosa!; pero el ademán de ella fué imperioso, y á través de las telas azules, hubo una sutil comunicación de calor que conmovió un poco la carne ayuna del regicida.

Ella se echó á reir ante la expresión cariacontecida del héroe. Y hay mujeres que tienen en la risa la llave de los corazones.

—No tengas miedo, hijo, que no me como á nadie...

Los dientes agudos parecían afirmar lo contrario con toda elocuencia.

—... Y menos á ti que me has sido simpatiquísimo. Anda, cuéntame eso en que ibas pensando tan serio.

El héroe, medio vencido por el dulce peso, que ella le dejaba caer sobre el brazo con toda malignidad, y por la lumbre zalamera de los ojos garzos, rompió á hablar, mas no para ella. Egoístamente, dijo en voz alta el interior monólogo que venía tejiendo:

—Porque este cielo azul está hecho para toda prosperidad, y este aire tibio para toda abundancia; y los hombres, junto á este mar, podrían vivir felices y libres, tomando de la tierra, misericordiosamente cultivada, lo necesario para la vida, y gastando los largos días de ocio en perfeccionarse en conocimiento, en

amor y en belleza; llegando á ser como estatuas hermosas, dentro de cuya carne sana habitase el espíritu perfecto, como una lámpara dentro de un palacio, mejor aún, como el rumor del mar dentro del nácar, color de carne, del caracol marino.

Ella le miraba, oyéndole, sin comprender la exaltada palabrería, pero sin atreverse á reir ante el iluminado fuego de los ojos de él, y, poco á poco, con ese instinto de religiosidad que está en el alma de toda mujer, le fué apartando de la multitud, como para librar de profanación lo que hubiese de santo en aquel misterio de palabras.

Él, encendido por el ritmo de su propia voz, envuelto en el perfume á violetas de ella, en el calor de su carne, en el magnetismo de sus ojos atentos, de su boca tan roja, entreabierta con extraña expresión de asombro ó de esperanza, se dejaba llevar, y seguía hablando como en sueños.

— ¡Y todo esto se ha de lograr el día en que, á fuerza de sangre y de doctrina, hayamos abierto los ojos de la humanidad! Hable por nosotros la elocuencia de nuestras vidas sacrificadas, de la sangre derramada que ha de reflorar en copiosa cosecha de trigo y de oliva, en paz de leche, en suavidad de miel. ¡Qué importa si matamos ó morimos! ¡Gloria á la muerte que ha de traer la vida!

Así seguía caminando y hablando, excitado sin darse cuenta de ello por la cálida complicidad de la carne

de mujer dorada á sol vernal. Y ella tuvo la sublime ciencia ó el magnífico instinto de callar oyendo y de acariciar callando; de tal modo que, cuando traída también á llama de deseo por la música de la palabra entusiasta y por el fuego de los ojos negros, se atrevió á poner los labios sobre los del héroe, y él despertó á la candente realidad del beso, estaban á la orilla del mar—sobre cuya paz declinaba el sol majestuosamente—, muy lejos del bullicio de la grande avenida... y era muy tarde para matar al rey, que sin duda ya estaba de vuelta en Palacio. ¿Y qué remedio, perdido el fruto heroico del día, sino resignarse con sabrosísimo remordimiento á una noche de amor?

Así se salvó un rey por la gracia de una cortesana. Lo cual enseña que va en interés de las dinastías reinantes el conservar en los dominios reales á estas pobres locas de su cuerpo que, á días, aciertan á reir con oportunidad.

FIN

ÍNDICE

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Pascua florida	7
DEDICATORIA.....	9
Almas ausentes	113
Torre de marfil.....	183
El agua dormida	271
Beata primavera.....	313

164291

LS.

M3871a

Author **Martinez Sierra, Gregorio**

Title **Abril Melancólico (novelas)**

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

